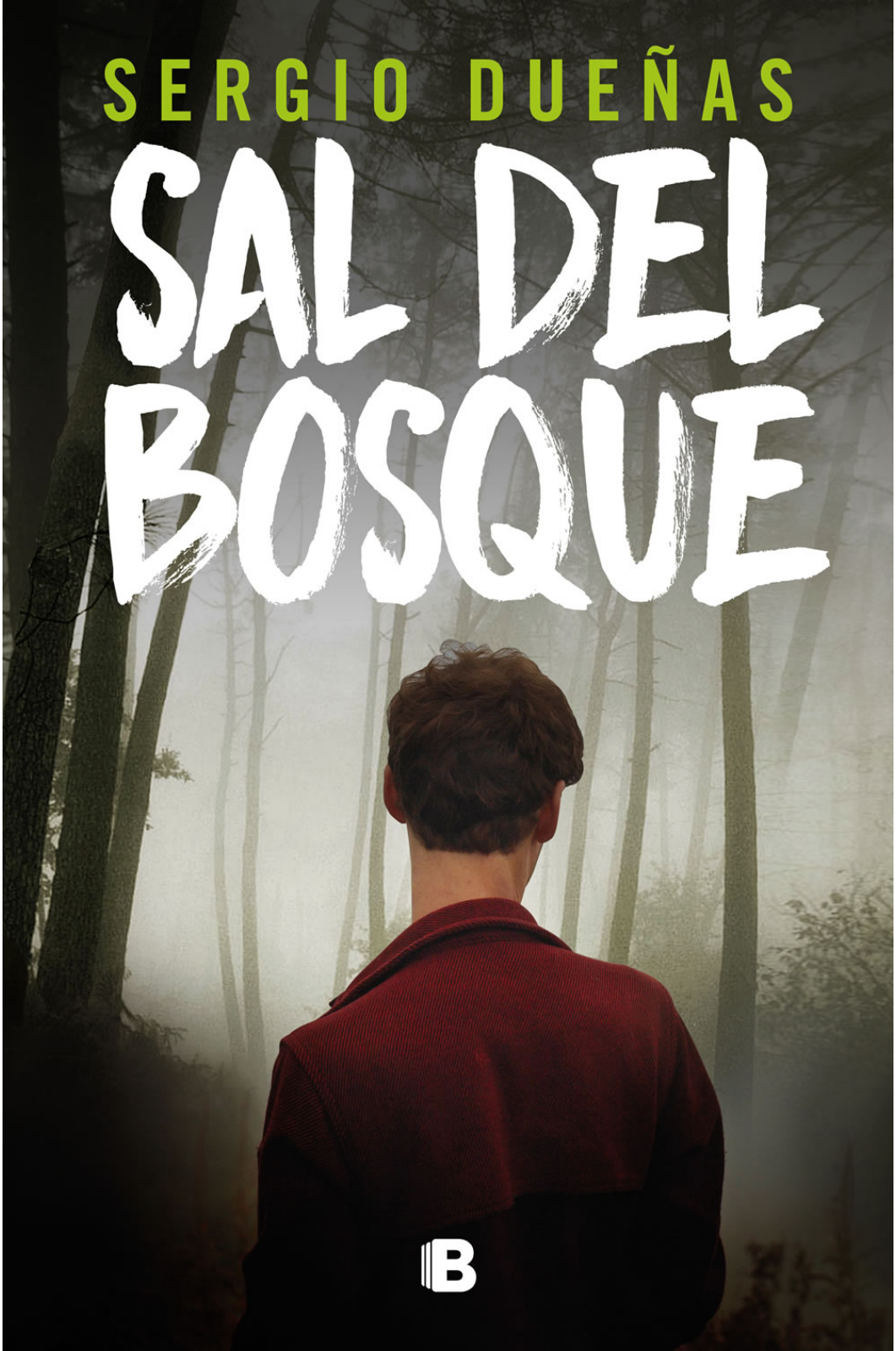
SERGIO DUEÑAS

SAL DEL BOSQUE



Sal del bosque

Sergio Dueñas

Para Alex, por animarme
a escribir esta historia en 2019.
Sin esperarlo, fue el punto de partida
de una nueva y maravillosa etapa de mi vida

Prólogo

Un nuevo alumno forma parte del atrezo del bosque. Las huellas que deja tras de sí podrían continuar allí al menos unos minutos, pero no lo hacen. Ni siquiera pretenden experimentar un periodo tan breve de amenaza, conscientes de lo que estas raíces tan profundas custodian.

El pelo negro y desaliñado de Quim contrasta con su piel blanca y sus facciones marcadas. A menudo se preguntaba si su rostro reflejaba las malas experiencias que había vivido, si lo ensombrecían. Y es que el nuevo alumno del bosque ha tenido la oportunidad de reír y disfrutar, de sentir esperanza y ternura, de confiar y experimentar gratitud, pero siempre de forma puntual. Nunca ha sido suficiente. Los cambios, la incertidumbre, la soledad y el rechazo jamás le han ayudado. Y en La Liande la felicidad va por clases.

Para él esto supone un nuevo comienzo, una oportunidad de cimentar algo más, de conocer a gente nueva y, quizá, de hacer amigos. Si bien es cierto que las gestiones para matricularse en el internado suelen ser lentas y desesperantes, por suerte para los huérfanos la piedad agiliza el proceso. Así que, a pesar de todo y antes de la primera clase del último año, Quim ya estaba allí, de pie en la entrada, con la maleta que le ha acompañado por La Mequissa, La Godasse y Las Pompas.

Se aprieta los cordones de los zapatos. Lo hace con rabia, frustrado e impotente. Tose y experimenta pequeños momentos de asfixia que aumentan su nerviosismo.

La primera vez que intentó atarse los cordones fue a los ocho años y medio. Desde una ventana, observó cómo una de las

enfermeras del orfanato le enseñaba a su hijo a hacerse el nudo correctamente. Le daba instrucciones con rimas, como si fuera un cuento, como si atarse los cordones fuese una gran aventura. Desde la ventana no distinguía algunos de los movimientos, y por eso siempre lo hace mal, porque nunca ha aprendido uno de los pasos.

El enfado le permite avanzar. Arranca moras de unos matorrales y hace marcas que hieren los árboles para saber si ya ha pasado por ahí. Quiere conocer la entrada del bosque, por si los traidores que le metieron ahí le recompensan con una visita. En su mente, solo así dará algo de tregua al dolor. Lo único que le desconcentra son las marañas de ramas con su movimiento arbitrario, capaz de ir contra el viento. Quim necesita aprender del entorno, memorizar el mapa de cada raíz y cada roca. Anticipar los estruendos, conocer su origen y diferenciar el punto cardinal del que proceden gracias a una brújula mental que —y esto lo sabe bien— es indispensable para sobrevivir ahí. Así, durante toda su vida, en cada etapa trascendental de su educación, ha sabido suplir la falta de oportunidades con esfuerzo.

No está ahí por casualidad o por una imprudencia; ha sido engañado por los que pensó que serían sus amigos. Es un retorno a lo que creía haber dejado atrás, una nueva traición. Siempre ha estado solo, pero conoce el momento exacto en que eso dejó de ser un problema para él. La noche en que ya no extendió la mano para encontrar otra que se la sujetara tras una de sus pesadillas, porque ahora eran de carne y hueso.

El sol hace acto de presencia. Ilumina el bosque como cualquier otro día, pero cuando un nuevo alumno entra en él, lo hace de otro modo, con un tono que despierta los temores de todo el que lo observa.

El timbre del internado anuncia el comienzo de las clases y del año académico. Con su sonido chirriante alcanza todos los rincones de La Liande, como en los cursos anteriores. Las nuevas incorporaciones afrontan el despegue con incertidumbre. Saben que lo que viene es desconocido; los veteranos, apáticos, ya no reaccionan al exceso de ruido.

Quim está lejos del timbre. Desearía estar ahí para escucharlo, marcando los tiempos de un nuevo hogar, pero las huellas que ha dejado a su paso ya se han borrado, y no sabe si se reencontrarán. Porque ahora, a través de él, lo único que ha hallado en su nuevo hogar es la venganza.

1

La verja de color burdeos

«Bosque» no es una palabra cualquiera para los alumnos de La Liande, un internado milenario situado en la frontera norte del país.

No es un término más porque los alumnos de este centro reciben indicaciones confusas, órdenes incoherentes, y les cuentan historias contradictorias sobre lo que debe suponer para ellos.

El bosque de La Liande llega hasta donde alcanza la vista. Cuentan las leyendas que hay animales exóticos en su cielo, criaturas en peligro de extinción en su tierra y peces sin catalogar en sus lagos. El patio limita con la entrada. Esta cercanía podría suponer la excusa perfecta para que fuera la seña de identidad del internado al que rodea, un orgullo, y que cada ceremonia de apertura y cierre de curso se celebrara en su interior. Podría servir también para algo más simple, como las excursiones. Pero eso jamás ha sucedido. Su acceso está vallado a lo largo de muchos kilómetros. Por estructura y forma, la cantidad de alambre recuerda al que ponen en las cárceles de alta seguridad. En este caso, el alambrado está recubierto de una fina capa de pintura de color burdeos que, si se examina con lupa, no tiene ni el más mínimo rasguño. Ningún alumno tiene permitido el acceso, y existe una división entre los que lo admiran y ensalzan por lo que cuentan de él y por lo que podría llegar a ser y aquellos que prefieren ignorar su imponente presencia al otro lado de la verja, temerosos de lo

que quizá se halle en su interior.

Pero hay algo en lo que todos coinciden: el deseo de que nadie se pierda en él. A lo largo de los años se han hecho bromas y suposiciones sobre lo que ocurriría si sucediese; si esas bromas llegan a oídos del director, son castigadas con severidad. Sin aliento, los profesores, con la piel pegada a los huesos y castigados por la profundidad de las cuencas de sus ojos, intentan atenuar esa fascinación que sienten todos los alumnos ante lo desconocido. Si el maestro de oratoria, medio senil y totalmente cojo, cuenta que una vez se adentró en él, todos le escuchan; si el de literatura, medio arrugado y muy desmotivado, exige una redacción sobre cómo se imaginan sus paisajes, todos la entregan; y si la maestra de filosofía, medio dictadora y consumida por el tabaco de pipa, cuestiona si está bien o mal visitarlo, todos participan en el debate.

Jonás, un chico de espaldas anchas y paso indiferente, recorre solo el pasillo del internado. Han dado comienzo las clases, y es el momento en que los profesores reparten los horarios de cada asignatura. Las puertas están cerradas, y de camino a Dirección solo se oyen sus pisadas sobre las baldosas huecas.

Va hasta el despacho con una mano en el bolsillo. En su interior juega con una moneda de plata limada que encontró en el patio su primer día de colegio a los tres años. Con la mano libre, balancea los cuadros de la pared que exhiben las orlas de cursos anteriores. Lo hace al ritmo de su paso, sin detenerse, a modo de juego.

El material de los marcos intenta imitar el color más sucio

del oro. En las fotografías de los alumnos se nota el paso del tiempo, pues van del blanco y negro más clásico al color en una versión moderna que, en ningún caso, deja de ser desvaída. Jonás se da cuenta de que algunas fotografías de antiguos alumnos están tan avejentadas y descuidadas que muchas caras son irreconocibles, nombres ilegibles que se han perdido en la historia de estas paredes.

Llega casi cinco minutos tarde. No es lo apropiado después de recibir una llamada urgente. La puerta de Dirección conserva un olor natural a pino, y el felpudo es un noventa por ciento mezcla de tierra y barro, quién sabe si por respeto a aquello que hay más allá de la verja de color burdeos.

En cuanto entra, el director, que revisa nervioso una caja de acero cromado llena de documentos y llaves de todo tipo, da un bofetón descontrolado a Jonás. El chico cae y se recompone al momento. La bofetada le desorienta, pero no quiere que el director vea signos de debilidad en él después de lo que ha hecho. Así que, con los dientes apretados y las rodillas flexionadas para no perder el equilibrio si se produce otro golpe, mantiene la mirada al hombre, que eleva el puño más que antes, y le iguala en actitud.

El arrebato —y la agresión— ha sido provocado por el paradero de Quim, el único de los novatos que no se ha presentado al recuento del ama de llaves. El director tiene a su gente de confianza, alumnos incluidos, un detalle inteligente en un internado en el que conviven más de quinientas personas. Horas después de que sucediera, ya le habían informado de que la noche anterior Jonás, Fane, Rei y Matías arrastraron a Quim hasta «el limbo», la zona que separa la entrada del bosque de lo que hay más allá. Solo los profesores y trabajadores de La Liande lo conocen por este nombre.

Para que Quim pudiera acceder, los alumnos no tuvieron que cortar parte de la verja, sino que cavaron un hoyo con una pala

que robaron del antiguo armario del conserje Marcial, del que se decía que había perdido la cabeza hasta que un día desapareció. Fue la forma más rápida que encontraron de hacerlo, ya que no hay en el mundo una escalera tan alta como para sobrepasar la verja. Cada palada bajo la luz de la luna recordaba más a la construcción de una fosa que a lo que debió haber sido una simple travesura.

Fane, Rei y Mati —nombre por el que es conocido por sus compañeros— esperan fuera del despacho del director. Han recibido la orden más tarde que Jonás y aguardan inquietos su turno. Rei, el más atractivo y atlético del grupo, se acerca a la puerta, por si en el interior están hablando de lo que piensan hacer con ellos.

—Rei, ven. Eso no sirve de nada —susurra Fane.

Con un gesto instintivo, se aparta el flequillo de la frente que, junto a su modo de llevar el uniforme, le da esa apariencia de elegancia descuidada que solo se consigue cuando no se busca.

—Si hablas, no me entero —responde Rei, que procura concentrarse en la conversación que se está produciendo dentro.

—Estamos perdidos... —añade el otro chico, que no despega la mirada del suelo. La poca distancia entre sus ojos y el punto al que mira, junto a su frágil constitución, contribuyen a minar su credibilidad.

—Mati... ¡Calla! —le ordena su amigo mientras vuelve a la pared en la que se apoyan sus compañeros.

De repente, el director sale del despacho con un portazo. Lleva a Jonás agarrado del brazo y una mochila desgastada y manchada colgada de los hombros. Es abultada y cuenta con decenas de cremalleras.

No saben durante cuánto tiempo han esperado frente a la puerta cerrada, pero ha debido de ser bastante, ya que el

pasillo ha empezado a llenarse de alumnos que se dirigen a la siguiente clase. La escena ha llamado la atención de los que pasaban cerca del despacho, que se han detenido y han empezado a cuchichear, como si se tratara de un espectáculo cuyo único objetivo fuera entretenerlos.

La profesora de química, Alejandra Elrich, que posee un aura de firmeza y dulzura que le ha granjeado el respeto de todos sus alumnos, avanza con paso firme hacia el director.

—No te los puedes llevar —advierte mientras intenta separar al director de Jonás.

—Este —empieza el hombre mientras suelta a Jonás para a continuación agarrarlo de la nuca y exponerlo— no quiere contar nada, y sospecho que los de la pared tampoco lo harán.

—Déjame charlar con ellos diez minutos. O deja que hable con los padres de Rei y Fane. Te prometo que no tardaré —dice la profesora Elrich, que intenta moderar al máximo su tono de voz.

—O me los llevo ya, ¡o el chico cruza! —responde el director, incapaz de contenerse—. Y ya sabes lo que significa eso.

—No vayáis... —les pide a los alumnos.

La expresión de la mujer cambia por completo. Su rostro muestra súplica y comienza a retorcerse las manos, claramente nerviosa ante lo que está a punto de ocurrir si no le detiene. Pero el director hace caso omiso a sus palabras.

—Avisa al resto de los profesores. Haz lo que te corresponde. Es la única opción —termina él, que vuelve a agarrar del brazo a Jonás.

La profesora aprieta los puños, lucha por no perder la compostura y traga saliva al tiempo que se resigna y mira a los alumnos implicados. A continuación, señala a los que se han reunido alrededor de ellos, que lo observan todo e intentan entender qué está sucediendo, para que vuelvan a las aulas. Estos, con un quejido unánime, desaprueban el aislamiento

orquestado por la profesora. Los pasillos presentan más vida que las clases. La estancia en ellos se ha convertido en un componente cultural del internado. Lo copian los pequeños de los mayores y los nuevos de los veteranos.

Quim es el más nuevo de todos alumnos que han llegado al centro. No lleva ni cuarenta y ocho horas matriculado en La Liande. Fue a la entrevista acompañado por un tutor temporal del que ni llegó a aprenderse el nombre. Estos tutores se encargan de que los niños causen buena impresión y tengan un aspecto impoluto, algo que no siempre es fácil de conseguir en el caso de Quim y su peinado indomable. También responden por los alumnos a las preguntas más difíciles del entrevistador. Ese día le tocó al profesor de educación física; no es el más cuidado ni el más inteligente, pero tiene un silbato que parece estrenar a diario en la preparación del juego estrella del internado: vida eterna.

Jonás, Fane, Rei y Mati forman parte del mismo grupo desde el principio. Mucho tiene que ver que sean los más antiguos del centro. Están en el último curso y entraron siendo muy pequeños.

Jonás, como Quim, es huérfano e ingresó por orden judicial cuando apenas tenía tres años. Antes había estado en un lugar que aún recuerda por la lluvia y el chirrido de las puertas, además de por el calor de una mujer que lo mecía cuando rompía a llorar por la angustia.

Mati entró un poco más tarde que Jonás, a los cuatro años. Sus padres lo tienen desatendido. Nunca tiene cita para llamadas o visitas. Por lo general, pasa el tiempo intentando resolver los puzles de la sala de juegos. Hay tantos que, aunque dedique años y cursos enteros a componerlos, no cree que termine con todos.

Rei y Fane entraron juntos. Los padres de Fane siempre cuentan que los dos cruzaron la puerta por primera vez cogidos

de la mano. Así se lo recordaban siempre, ensalzando la inocencia de su edad. Las familias se conocen de toda la vida, son amigos y compañeros de trabajo, tienen proyectos comunes por todo el mundo y prefirieron optar por un internado para que sus hijos, nacidos con apenas unos meses de diferencia, crecieran juntos. El problema es que tampoco tienen tiempo para llamadas o visitas. Desde hace ocho años, no ven a sus hijos, aunque suelen enviarles regalos para que nadie pueda decir que no se acuerdan de ellos.

Fane siempre enseñaba a toda la clase los regalos de su madre. Eso la hacía sentir mejor, al menos hasta que acababa ese momento y aparecía de nuevo el insomnio y la falta de apetito. Con el tiempo, se ha acostumbrado a guardar los regalos en el armario y jamás llega a usarlos. Algunos los intercambia con otras chicas, aunque el valor de los suyos no sea equiparable a los de las demás. Así consigue privilegios que le facilitan el día a día del internado, como la reserva de la mejor mesa del comedor durante un mes, una lámpara regulable que puede llegar a iluminar la habitación entera o un soporte para el incienso y grandes cantidades de lavanda que la acompañan en sus horas de meditación, esas que hacen llevadera su estancia en La Liande.

Rei es algo más despegado e independiente, y justifica la ausencia de sus padres con la ambición y el supuesto éxito laboral. Conoció a Jonás en una pelea, cuando este discutía con unos chicos de cursos superiores y tuvo que intervenir para evitar que el chaval se enfrentara a ellos solo y volviera a meterse en problemas. Desde entonces, aunque haya momentos en que no se soportan, saben que siempre pueden contar el uno con el otro. Su objeto más preciado es un reloj que Fane dejó bajo su almohada una madrugada de quinto curso, consciente de lo que le cuesta mantener la noción del tiempo.

El director forma una fila con ellos para salir al patio. Juntos, se dirigen a la verja de color burdeos que separa el patio del bosque. Los alumnos nunca se habían dado cuenta de que cerca hay un establo abandonado repleto de bebederos llenos de agua estancada.

—¿Y este olor? —le pregunta Fane a Rei que, desde atrás, intenta taparle la nariz.

—Es insoportable.

—Yo no voy a ninguna parte. Ya os lo digo —afirma ella, que busca la complicidad del grupo.

—Os lo advertí... —cierra la conversación Mati, al que no terminan de oír por la falta de fuerza en su voz.

El barro es cada vez más oscuro y profundo. No llueve desde hace semanas, pero parece que haya diluviado la noche anterior. Los primeros rasguños aparecen en los tobillos de los chicos por los escaramujos y las pequeñas plantas con espinas. Es habitual que en la entrada del internado haya zarzas con puntas afiladas que arrinconan los caminos. Antes de desaparecer, el conserje Marcial se encargaba de la poda. Desde que no está, nadie se ocupa de ello, lo que deja una imagen descuidada de La Liande.

Una vez frente a la verja, el director se da la vuelta y hace una señal a la profesora Elrich, que está asomada a la ventana de uno de los despachos más cercanos al bosque, para que proceda con la suspensión temporal de las clases, y así todos los alumnos, sin excepción, permanezcan en las aulas o en las habitaciones. El director no quiere que nadie ajeno al claustro vea la entrada al limbo, por eso aguanta allí delante, sudando

por la tensión y por el sol, que no quema pero incomoda.

Mientras tanto, los alumnos continúan en fila india. A Fane le han empezado a salir heridas en los talones. Ha estrenado los zapatos del uniforme y son un número más pequeño del que suele usar desde hace años. No entiende el error de su madre al encargar algo tan básico. Siente los pies apretados y se esmera por encontrar una posición que alivie el dolor.

Mati centra su atención en el cambio de color de la tierra. La red burdeos separa dos tonalidades y texturas fáciles de diferenciar: la que pertenece al internado y la otra, más arcillosa y de un tono más oscuro, casi negro, como el que deja tras de sí un paso reciente de lava.

—¿Qué hacemos aquí parados? —pregunta Rei.

El director sigue en silencio y alterna la mirada entre el edificio donde no parece haber movimiento y el bosque que tiene frente a él. Una vez hecha la señal, saca las manos de los bolsillos para atusarse su poblado bigote, que llega a moverse con algunas de las rachas de viento que parecen provenir del interior de la arboleda. Jonás, que cierra la fila, responde con una patada en el gemelo de Rei para que se calle. Este se gira, ceñudo, y Jonás le gruñe como respuesta.

Menos una, todas las persianas de la escuela se cierran de golpe, como si de un ejercicio de natación sincronizada se tratara. El brusco movimiento llega con tanta fuerza hasta la entrada del bosque que los alumnos lo sienten como una ráfaga breve pero afilada.

Es la señal que esperaba el director. Se toma una pausa, se cruje los nudillos de la mano derecha con fuerza, respira y retira con decisión uno de los pesados barrotes que soporta el alambrado. Para ello utiliza una de las llaves que rebuscaba nervioso en la caja de metal cromado de su despacho.

Mati, el primero en la fila, aprecia que ese barrote tiene una cerradura recubierta de pintura, camuflada, muy difícil de ver

a simple vista. La llave es discreta, y sobre ella no se refleja el sol. Pese a ser pequeña, se precisa de las dos manos para completar los cinco giros necesarios para que termine de abrir la cerradura.

Rei piensa en las horas dedicadas a cavar el hoyo y en lo útil que les hubiera resultado la llave en ese momento.

Fane se vuelve para buscar su habitación con la mirada. Llega a ubicarla y comprueba que su persiana también está bajada. Le resulta imposible no impregnarse de la sensación de aislamiento. Del silencio y del dolor de pies que le sube a la cabeza hasta formar un zumbido similar al que produce un mosquito.

Los alumnos se mantienen inmóviles y perplejos mientras el director da el primer paso para adentrarse en el bosque. Desde el interior, les apremia con gestos airados para que se den prisa. Mati posa el primer pie con cuidado, como si fuera una trampa que le condujera a una caída infinita. Una vez comprueba la dureza del suelo, cruza hasta situarse por delante del director, desde donde observa la profundidad, los desniveles en la arboleda y las montañas en el horizonte.

Rei pasa después de Fane, que no quiere entrar por nada del mundo. Pero no le queda más remedio. El director no atiende a razones, mucho menos con ellos, pues para él son delincuentes que carecen de dignidad y respeto.

Los primeros árboles son la línea de peones de un tablero de ajedrez, todos perfectamente alineados, con distancias muy parejas y el tamaño justo para que sobresalgan los que están al fondo.

Jonás, que desde que salieron del internado cierra el grupo, entra conforme, pues su comodidad se basa en tener por delante de él, y dentro de su campo de visión, al máximo número de personas posible. El barrote se cierra solo. Antes de dar el siguiente paso, el chico comprueba si se puede volver a

abrir y, tras un leve forcejeo, descubre que la puerta se ha bloqueado automáticamente.

El grupo avanza hasta la primera línea, y él se toma unos segundos para echar un vistazo al patio. Cuando todos se han internado en la espesura de La Liande, el centro vuelve a levantar sus persianas con la misma coordinación que dio paso a la bajada.

En el bosque reina la oscuridad. Está plagado de árboles frondosos; ningún claro permite que entre la luz. Con cada paso, los alumnos se ensucian un poco más el uniforme de pantalón gris, polo blanco y jersey granate. Los pantalones se manchan de barro, el polo pierde el brillo por la lluvia que empieza a caer y los jerséis sufren los primeros rotos al engancharse con las ramas que los rodean. No llega apenas claridad hasta su posición en comparación a la que había unos pasos más atrás.

El director va en cabeza marcando el camino. Se ha arremangado la chaqueta y recogido las perneras de los pantalones y no deja de repetirse «con decisión, con decisión, con decisión...» mientras se atusa el bigote y consulta con la linterna encendida un papel plastificado que hasta ese momento llevaba en el bolsillo.

Poco a poco el camino se estrecha y precisa de más agilidad y atención. Si se mira hacia atrás, es imposible situar el internado. Hacia los lados o hacia delante, solo se ve una repetición de madera, tierra mojada y vegetación.

—Si lo sé, me traigo una brújula —se ríe Rei. Por acto reflejo mira el reloj para comprobar que no lo ha perdido. Ha sido el primero en hablar desde que han entrado, lo que anima a los demás a hacerlo.

—Me arden los pies —se queja la chica, que cada dos por tres se detiene para ajustarse el calzado y que así le resulte algo más cómodo.

El director apunta con el índice al cielo, cubierto de hojas que se solapan. Los alumnos lo interpretan como una orden de silencio absoluto.

—¿¡Os dijo algo que yo tenga que saber!? —pregunta el director.

Silencio.

—No sabemos hacia dónde se fue —se atreve a intervenir Mati.

El resto calla. La tensión del ambiente se traslada a su garganta, en la que inmediatamente se forma un nudo después de hablar. También en la de Rei, al que le sudan las manos y necesita limpiárselas constantemente en el pantalón del uniforme. Fane ni siquiera ha estado atenta a la conversación, ocupada de nuevo en aliviar la presión de los zapatos, que ahora le sube a los empeines.

Todos procuran relajarse y avanzan por inercia hasta que se consumen en la monotonía. La rompe una caída brusca del director, que se tropieza con una raíz gruesa, fuerte, que sobresale unos centímetros por encima del resto.

Mati acude a ayudarle por compromiso, como haría con cualquiera.

—No os acerquéis a mí —dice justo antes de que el chico llegue a sujetarle del brazo.

—Tranquilo, que no voy a ir —añade Rei con un bufido.

Fane le manda callar de inmediato.

Jonás aprovecha para adelantarlos, sin acelerar el paso, a su ritmo, con las manos en los bolsillos. Hasta el momento, es el que menos se ha manchado y, de lejos, el que menos asustado parece. Ir en la retaguardia le ha permitido deleitarse con los tropiezos de los otros.

—¿Por qué estamos haciendo esto? —pregunta mientras sigue caminando y observa el próximo cambio de rasante.

—¡Porque tenéis la culpa y nadie se puede enterar! Habéis

sido unos irresponsables y ahora os toca asumir las consecuencias, así que callados y sin rechistar —responde con agresividad el director, al que le cuesta incorporarse—. En cuanto reconozca el límite, tendremos que volver —continúa el hombre con la respiración acelerada al tiempo que intenta aligerar el paso al máximo.

—Vamos siempre en línea recta. ¿No estaría bien girar de vez en cuando? —propone Rei, que se entretiene abriendo una de las piñas que ha encontrado en el suelo.

—Tendríamos que fijarnos en si hay rastros de algún tipo, como huellas —añade Fane, que procura ocultar sus muecas de dolor.

—Es el camino más lógico.

—¿A qué límite se refiere? —pregunta Jonás, que no pierde detalle de lo que dice el director.

Este lo ignora. Consulta el papel plastificado y, después de leerlo, lo guarda en el bolsillo. A continuación, se seca el sudor con un pañuelo de seda.

—Pasaremos la noche aquí. Mañana decidiré qué haremos —dice mientras les indica el paso para llegar a un sitio más resguardado de la lluvia que no les da tregua.

Fane, Rei y Mati reaccionan sorprendidos y con quejas. Tienen hambre y están cansados. No saben dónde dormir y tendrán que tumbarse sobre el suelo húmedo. Jonás, en cambio, no dice nada, pues algo ha llamado su atención. Antes de seguir por el camino que les marca el director, se lo señala a Rei.

—Mira.

Atado a una rama hay un trozo deshilachado de tela roja.

2

El limbo

De madrugada, el director saca la linterna de la desgastada mochila y cuenta en voz alta: «Matías, Fane, Rei...».

—¡Se ha ido! ¡Levantaos de inmediato! —grita el director.

—¿Adónde? ¿Quién? —dice Fane asustada.

Mati revisa el entorno, todavía somnoliento.

—¿Jonás?

Rei se levanta a mirar si la mochila del director sigue ahí, pero este le aparta con la mano, avanzándosele.

—Ha hurgado en la mochila —masculla el hombre mientras revisa cada bolsillo, buscando el papel plastificado.

Pero ha desaparecido.

—¿Por qué no te ha dicho nada? —le pregunta la joven a Rei.

—No lo sé...

El director le agarra del cuello.

—No sabes lo que está pasando aquí, muchacho —le dice, y le aprieta lo suficiente como para atemorizarle.

Fane, que no puede más, busca a su alrededor y coge una piedra del suelo, amenazando al profesor con ella.

—¡Deje de atacarnos! ¡Ya estoy cansada!

El director le hace caso y lo suelta. Acto seguido, vuelve a remangarse pantalones y chaqueta.

—Todavía es de noche. No pienso moverme de aquí. No voy a ir a ninguna parte —afirma Fane.

—No sabemos si se ha ido hace muchas horas o si... —

continúa Mati, que sigue los movimientos del director con la linterna para ver si hay alguna pista en el suelo—. No hay huellas, desde luego —añade, consciente de que la lluvia ya las habrá borrado.

—A lo mejor ha ido al baño.

—¿Qué baño? —pregunta Rei.

—Es una expresión. —La chica se deja caer junto a él, que no se ha levantado desde que el director le ha agarrado del cuello.

El silencio se prolonga durante un minuto.

—Si Quim ha cruzado los límites, todo cambiará. Si Jonás tiene intención de hacerlo, será una catástrofe. Debemos levantarnos y buscarlos. Enseguida —anuncia el director cabizbajo y con la voz entrecortada.

Con la mochila apretada entre los hombros, hace un gesto para que le sigan. Antes reparte una botella de agua a cada uno para que se hidraten.

—No la malgastéis. Jonás se ha llevado el resto —advierte.

El bosque de madrugada es más caluroso de lo que Mati podría haber esperado. Muchas de las noches en el internado las pasa arropado por completo, de los pies a la nariz, para no pasar frío, aunque su ropa ya sea bastante gruesa. Le ocurre desde pequeño. Las tiritonas le impiden pensar en condiciones. Y no hay nada que le irrite más que la mente nublada. Puede sentirse de muchas maneras, pero nunca incapacitado. Por eso avanza al ritmo del director para encontrar el momento perfecto que le permita hablar a solas con él.

—Tal vez si Fane o Rei entendieran la situación, le seguirían sin rechistar —le dice con voz tenue y calmada—. O tal vez Jonás no se hubiera ido.

Tras esas palabras, el chico se protege el cuello con las manos y cierra los ojos, asustado. La reacción que ha tenido antes el director con su compañero ha dejado, inevitablemente, un poso en Mati, que por mucho que lo intenta no despierta su

empatía.

—¿Qué había en ese papel plastificado? ¿Era importante? A lo mejor me lo puede contar —insiste.

El terreno empieza a volverse resbaladizo. Hace horas que ha dejado de llover, pero la tierra está más empapada de lo que debería.

—Sería más fácil si pudiera confiar en vosotros, Matías — responde seco el director, tras lo cual el grupo vuelve a quedarse en silencio.

Al cabo de un rato, llegan a un pequeño desnivel cubierto por hierba alta y, tras bajar por él, descubren que en la planicie hay diferentes tipos de morales, un hecho que parece extrañar al director.

—Esto no debería estar aquí... —susurra para sí.

Está preocupado. Si Quim ha pasado por allí y ha comido unas cuantas... No sabe si son venenosas, como casi todo en ese bosque.

En la parte baja de la cuesta recoge algunas moras y las inspecciona. Apunta con la linterna a una de ellas, la tira al suelo y la aplasta. Solo interrumpe el ritual, que a ojos de los alumnos parece de tarado, para atusarse el bigote de vez en cuando con la mano.

—Esto no debería estar aquí —le repite a Mati, que está a punto de meterse una mora azul en la boca.

La actitud del hombre hace dudar a los chicos, que optan por pasar hambre antes que correr el riesgo de comer algo potencialmente venenoso. El director se da cuenta de que no se

ha llevado comida, por lo que deja la mochila en el suelo y decide seleccionar algunas moras que no son azules y guardarlas en ella, tras lo cual se dispone a proseguir la marcha.

Se aleja de las plantas dando unos pasos hacia atrás. Mientras trata de ubicarse en el bosque, la diferencia de colores en el paisaje que observa al girar sobre sí llama su atención. Sin poder impedirlo, vienen a su mente algunos de sus recuerdos más traumáticos que lo sumen en un letargo. Nota la tierra demasiado blanda, pero no le da tiempo a descubrir que, de un momento a otro, el suelo bajo sus pies se va a derrumbar.

El director desaparece en un gran vacío negro del que a simple vista no se puede identificar su fin.

—¡¡¡No!!! —grita Fane, que se aleja a rastras del agujero. De la impresión, se ha caído al suelo y busca desesperada acercarse a sus amigos.

—¡No os mováis! —grita Rei, que también se sienta en el suelo para sentirse más seguro.

Los tres se arrinconan cerca del matorral. Mati tiembla, y Fane agarra con fuerza la espalda agarrotada de Rei.

—¿¡Qué ha pasado!?

—¡No lo sé! ¡Acaba de derrumbarse el suelo! —responde él.

—¿¡Al pisarlo!? —interviene Mati, que siente el cuerpo bloqueado y tembloroso.

—Acércate a ver, Mati, por favor— suplica Fane, que esconde el rostro en la espalda del otro joven.

—¡No! —El chico se aparta de ellos e intenta recuperar el control de su respiración—. Nos van a echar la culpa, ya veréis.

Ninguno se atreve a levantarse. Necesitan saber que ningún movimiento les pondrá en peligro. Primero se acercan a rastras, luego de pie, y los tres terminan por rodear el agujero.

Las puntas de sus zapatos dañados son el límite entre el foso y la tierra. El primero en gritar para ver si obtiene respuesta del

director es Rei.

—¿Qué haces? —pregunta Mati—. Si queremos encontrarlo, será mejor usar la linterna... —continúa mientras se encamina a buscar la mochila que el director ha dejado sobre la hierba. Al hombre no le ha dado tiempo a recogerla antes de que el suelo se viniera abajo.

—Tenemos que largarnos de aquí, Rei —dice la chica, que evita fijar la vista en el agujero por donde ha desaparecido el director.

—Podríamos haber sido cualquiera de nosotros —confirma Mati, que vuelve con la linterna y alumbra el fondo desde su posición alejada.

Rei se la quita, furioso.

—¡Desde ahí no verás nada! —le reprende mientras se agacha e ilumina las paredes. No alcanza a ver lo que hay al fondo, pero diferencia decenas de cuchillas pegadas en los laterales.

—Eso lo ha puesto alguien —interviene Fane. Aunque sabe que lo que ha dicho es una obviedad, necesita hablar para no sentirse aislada y mitigar así su creciente sentimiento de desamparo.

—Parecen oxidadas —observa Mati, que, desde una distancia prudencial, le pide a Rei que apunte a la que está más cerca—. A saber desde cuándo están ahí...

Se aleja para volver a sentarse cerca de las moras, que es el único sitio en el que cree que puede esperar seguro, mientras Rei se tumba delante del agujero y, con el brazo estirado, intenta tocar una de las cuchillas, pero están fuera de su alcance por apenas unos centímetros.

—Fane, tenemos que volver al internado y contarlo —añade mientras se sacude las manos para aliviar la tensión.

—No nos creerán —responde ella mientras se limpia la cara con la única parte de jersey que le queda limpia.

—Los guiaremos hasta la trampa para que la vean —rebate rápido Rei, para que no les dé tiempo a cuestionarle la propuesta.

Mati busca algún elemento distintivo en el entorno. Es una tarea difícil en un terreno de esas características, que parece creado a partir de un patrón, réplicas idénticas que se pierden en el horizonte. Pero por encima del agujero y de sus cabezas consigue diferenciar un trozo de tela que cuelga de una rama alta y se lo señala a los demás.

—¡Jonás ha podido caer en una! —grita alterado, pues empieza a ser consciente del peligro que acaban de esquivar. Se da cuenta de que hay una lógica macabra tras los trozos de tela colgantes.

Jonás está lejos de caer en una trampa. En las manos lleva el mapa plastificado que le ha robado al director, consciente de que los símbolos, las flechas y las ilustraciones que aparecen en él tienen un significado especial que despierta su lado más determinado y curioso. El terreno sobre el que se encuentra en ese momento se llama LIMBO, pues así lo refleja el cartel de esa zona del mapa, destacado en grande, con fina caligrafía clásica y subrayado.

Para él, la madrugada ha sido exigente debido al largo camino en cuesta y, sobre todo, a la falta de sueño. No se ha detenido a descansar por si el director o alguno de sus compañeros se despertaba antes de tiempo y decidía ir a buscarle. Las suelas de los zapatos se le han empezado a despegar por el desgaste, y tiene pequeños agujeros en los

pantalones y en el jersey. Sus manos han envejecido en un día lo que tendrían que haberlo hecho en un mes a la intemperie. Cuando se adentraron en el bosque se iba fijando por dónde caminaban los demás, lo que le ahorraba resbalones y arañazos. Pero ahora no tiene a nadie que cumpla esa función.

El chico repasa con asombro las indicaciones, intentando encontrar un sentido lógico a lo que tiene ante sus ojos. Cada punto del mapa coincide, por orden y distancia, con lo que ha ido hallando hasta ese momento, como el pozo sellado con cristal o la cueva de las inscripciones. Sin embargo, nada explica esa especie de portal formado por energía que tiene delante. Tal vez sea el límite que mencionó el director horas antes.

Desde donde está, puede tocar con un dedo ese límite tangible, materializado en una cortina fina y etérea apenas visible de cerca, pero que, de lejos, pasa casi inadvertida, salvo por algún reflejo brillante puntual que destaca sobre el entorno. Si toma distancia, cree que puede ver en su interior una continuación del bosque, aunque también podría tratarse de un espejismo. Sin poder resistirse, Jonás se acerca y lo toca. Prueba primero con el meñique de la mano izquierda, que desaparece tras la pantalla de energía, como si se tratara del paso a otro mundo o dimensión. El dedo entra y sale sin daño aparente. Envalentonado, decide pasar la mano entera, hasta la muñeca; por último, todo el brazo, hasta la clavícula.

Se aparta tan rápido y con tanta fuerza que pierde el equilibrio y cae hacia atrás. Nunca ha sentido tanta impresión como al ver su brazo desapareciendo en la nada para regresar, con su función y forma intactas, y se pellizca para comprobar que no ha perdido la sensibilidad.

Mira desconfiado a los lados y a su espalda. Busca alguna señal en el mapa que le anticipe lo que hay tras el cambio, pero solo se indican los pasos que se han de seguir dentro del limbo.

Pareciera como si el que lo representó no hubiera avanzado más allá de este punto, que aparece descrito como PRIMER CUADRANTE.

Decide descansar un rato, tomándose el tiempo necesario para asimilar lo que ha ocurrido en el último día, pero le asaltan una serie de pensamientos intensos e incontrolables: si se habla de un primer cuadrante es porque debe de haber más; si han creado un mapa tan intuitivo del bosque, es porque alguien se ha perdido antes en él.

Nervioso ante el rumbo que están tomando sus pensamientos, empieza a jadear y a mecerse como cuando era un niño que aún no había entrado en La Liande. Su situación no es buena. Está perdido y solo le queda una de las botellas de agua que le ha robado al director. Repasa por última vez el papel plastificado por si le falta algo por identificar, pero no.

De repente, se echa ansioso la mano al bolsillo, tanto que se desentiende del mapa y lo lanza a un lado, sin darse cuenta de que unas hojas movidas por el viento terminan ocultándolo. La moneda sigue ahí, intacta, con el color mate y sin el brillo que la caracteriza.

Sentado en el suelo y con la moneda apretada en el puño, examina con detenimiento su oportunidad. Piensa en cómo sería no volver al internado, no depender de nadie. En quién le acusaría y quién le defendería. La situación sería diferente si le hubiera pedido a Rei que le acompañara, pero él jamás se hubiera ido sin avisar a Fane. Y probablemente Mati se hubiera chivado al director.

La posibilidad de acceder al primer cuadrante, cuya entrada está delante de él, se le presenta ahora como una promesa de libertad.

Se sacude la suciedad con poco esmero. Le da igual. Sospecha que al otro lado no le juzgarán por su presencia o por su pasado. Se restriega la cara con las manos, con intención de

limpiársela, pero se la ensucia aún más. Se bebe el agua que le queda de un trago y arroja lejos de él la botella, con rabia.

Primero introduce el brazo izquierdo que, como antes, desaparece en la nada. El portal se mantiene intacto. Pasa la pierna izquierda. Todo sigue igual. Mira al cielo cubierto de ramas y hojas. Sale de golpe, se aleja y con una carrerilla de tres metros salta dentro del portal.

El viento destapa con violencia una de las esquinas del mapa.

3

Cómplices

Mati, Rei y Fane vagan por el bosque en silencio. Les une el desánimo. Solo tienen energía para mirar hacia arriba, por si en el largo manto verde que les envuelve hubiera un trozo de tela que les indicase la presencia de una trampa.

—No vamos en ninguna dirección, ¿verdad? —pregunta Fane, ya descalza, con los pies solo cubiertos por las medias finas que intercambió por una pulsera de oro hace unos días.

Hubo una ocasión en que caminó en condiciones similares.

Una noche, cuando todavía no había terminado el primer curso, tuvo una pesadilla. Agarrando con la mano su Insólito Peluche-Pez, salió de su habitación convencida de encontrar a sus padres en algún resquicio del internado. Alejandra Elrich se topó con ella en el piso superior, la vio descalza recorriendo los pasillos de suelo rugoso y áspero. Había probado a llamar a sus padres delante de más de cien puertas durante aquella madrugada, sin que le llegaran a abrir en ninguna. Desde entonces no soporta el contacto de la planta del pie con el suelo. Le provoca angustia y malos recuerdos. Jamás se lo ha contado a sus compañeros. Años más tarde, avergonzada, le hizo prometer a Alejandra que le guardaría el secreto. Fane recuerda que su profesora la miró con una sonrisa triste y le confesó que ella también echaba de menos a alguien. Después le dijo algo acerca de la importancia de dejar atrás el pasado y de buscar la felicidad en su interior —como comprobó en un libro de meditación que le regaló más tarde— hasta que un día

finalmente encontrara su propio hogar y su propia familia.

Mati ha ignorado la pregunta de Fane sobre si siguen alguna dirección concreta o no. Le ha dado vueltas a la posible respuesta, pero no quiere provocar una conversación sin sentido. Más cuando le parece que sus palabras están contadas en ese bosque. Desde que ha entrado, no sabe por qué, tiene un mal presentimiento. Una sensación terrible.

Le irrita la falta de patrones. Y que ni siquiera hayan definido a quién buscan o qué quieren encontrar. El pulso le tiembla, como cuando no supera un juego de lógica o algún profesor le corrige mal un examen.

De repente, se adelanta. Cree haber visto otro trozo de tela.

—Mati, no te alejes mucho —le pide Fane, que anda más despacio de lo habitual.

—Haznos caso, o te dejaremos aquí —le avisa el otro chico mientras se quita el jersey y se seca el sudor con él.

Mati confirma que hay algo extraño atado a una rama y lo señala apurado. Fane mira en la dirección que apunta el dedo.

—¡Aquí hay otra trampa!

Él se acerca al árbol con cautela. Tal como dice Fane, y a juzgar por lo ocurrido con el director, se trata de una señal de que justo debajo hay una trampa. No quiere pisar justo en la parte que, supuestamente, se derrumbaría. Ahora, por fin, piensa con claridad.

—¡Rei, intentemos recuperarla! Nos puede dar una pista sobre quién la ha puesto ahí —le grita desde lejos.

—¡Estás loco!

—Tiene razón, Rei —interviene Fane—. Tenemos que empezar a investigar.

—Además, eres el que mejor trepa — sigue Mati.

—¿Yo? ¡Sube tú! Eres el que ha tenido la idea —le responde de inmediato su amigo, que se sienta para descansar.

Mati comprueba la distancia que hay hasta la primera rama.

Desde allí, tendría que saltar a la siguiente para pasar de un árbol a otro, pero con cuidado de no caerse, porque la trampa debe de estar justo debajo.

—Sabes que no he subido a un árbol en la vida, y esta información nos sirve a los tres —intenta convencerlo Mati.

El ascenso requiere fuerza y agilidad. También valentía. Atributos que sabe de sobra que no tiene.

Rei se levanta.

—Si lo hago, me das la mitad de tu botella de agua, ¿entendido?

Mati acepta aliviado. Da un sorbo acelerado al agua y se pega al árbol para que Rei se impulse desde sus hombros. Fane también le ayuda para que tenga que hacer el menor esfuerzo posible.

—Tienes que comprobar que la rama aguanta tu peso —señala la chica, que sospecha que este esfuerzo puede tener recompensa.

—¡Poned el cuerpo recto, maldita sea! Si no, me caigo —grita Rei, muy nervioso—. Ya, quitaos.

Se suelta, y Mati y Fane relajan los muslos al ver que ya se sostiene solo.

Rei se araña manos, pies y cara con la corteza, pero sigue trepando con esfuerzo hasta que una astilla se le clava entre la uña y el dedo. Aparta la mano en un acto reflejo, pero rápidamente vuelve a ponerla en su sitio para seguir subiendo. Con cada resoplido se impulsa un poco más, hasta que alcanza una posición que le permite encaramarse a la primera rama que cree que puede aguantar su peso.

—¿Y si se cae y se queda paralítico? —Fane le mira asustada desde abajo.

—Ya está cerca, lo va a conseguir…

Tal y como le ha pedido Fane, Rei comprueba con el pie si la rama es lo bastante fuerte. Cuando se asegura de que no se

romperá bajo su peso, empieza a caminar poco a poco sobre ella manteniendo el equilibrio hasta llegar a la siguiente, que consigue alcanzar con un paso un poco más largo. Atada a esa rama está la tela. Rei se sienta a horcajadas, cubierto de sudor.

—¡Esto no vale media botella de agua, maldito! —le grita a Mati mientras intenta quitarse la astilla del dedo.

Fane aplaude entusiasmada.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Sin embargo, Mati no quiere perder el tiempo con celebraciones.

—Si tiras fuerte de la tela, se romperá, ¡ten cuidado!

—¡No te atrevas a decirme lo que tengo que hacer! —le responde Rei.

De cerca, sus sospechas se confirman: no se trata de un simple trozo de tela.

—¡Es el polo de Quim! —grita—. Espera... —dice, esta vez para sí mismo.

Se lo mete dentro del pantalón y se agarra del árbol para iniciar el descenso, pero, cerca del suelo, le fallan las fuerzas y, en vez de completar la bajada poco a poco, lo hace de un salto que provoca que le crujan las rodillas y el cuello por el golpe. Se reincorpora, agarra la botella de Mati y se la bebe entera.

—¡Eh, era solo la mitad! —se queja Mati, que se apresura hasta él para intentar quitársela antes de que apure las últimas gotas.

—¿Cómo ha podido llegar hasta ahí, si debe de estar medio moribundo? —plantea Fane, que examina el polo que le ha dado Rei mientras bebía e intenta limpiarlo con la mano para verlo mejor—. ¡Mirad! El escudo no es de este año.

—¿Qué? —pregunta Mati.

—Eso he pensado cuando estaba arriba —corrobora Rei, que se ha sentado para recuperar fuerzas—. No es de Quim.

—¿Hay más gente aquí? ¿De los mayores?

—Jamás había visto este diseño del escudo... —contesta Mati, que en las fotos antiguas que hay cerca de su habitación jamás ha identificado un símbolo similar.

—Seguramente Quim ya esté muerto, como el director. Ayer tenía sentido buscarlo, pero hoy ya no. ¡Debemos volver a casa! —implora la joven, que está a punto de perder los nervios.

—¿Desde cuándo llamas «casa» al internado? —replica el chico con ironía, al que le cuesta contener el enfado.

—Puede que Jonás y Quim ya estén en La Liande y seamos los únicos que quedemos por aquí —añade Mati.

—¿Los únicos? ¿O acompañados por el dueño de este polo? —le responde él con sorna—. ¡Aquí hay trampas, Mati!

—¡Quería valorar todas las opciones! No creo que ninguno de los dos esté en el internado. ¿Eso es lo que queréis escuchar? —Mati se dobla los pantalones del uniforme y empieza a andar.

—¿Qué hacemos con el polo? ¿Lo guardamos? ¿Lo enterramos? —Fane levanta la voz para que los dos la escuchen —. ¡Indica la presencia de una trampa!

—Yo no vuelvo a subir —se desentiende Rei, que también rodea la trampa para alcanzar a Mati—. ¿Por qué vamos por aquí?

—Tenemos que movernos todo lo que podamos. Quim se ha perdido por nuestra culpa, y el director ha muerto delante de nosotros. Nadie creerá nuestra versión si volvemos solo los tres —le explica con el máximo temple que permite la situación.

Fane deja el polo visible sobre un matorral y acelera el paso para alcanzarlos a tiempo de ver que Mati se adentra en una ruta en la que ha visto un pequeño camino con los árboles inclinados y algo más separados. El chico avanza lo más rápido que puede y espera que sus compañeros sigan el ritmo.

—¡Parad! —grita ella.

A su derecha, rodeado de pinos y con un camino de rocas hasta él, hay un pozo de piedra y un cubo de madera en el

suelo que indica que en algún momento le fue útil a alguien para sacar agua.

—Dejémoslo, está tapado —dice Rei, que no le presta demasiada atención.

Mati y Fane examinan la cubierta con detalle. Está llena de cristales raros con aspecto de mineral. Mati se toma un tiempo para observarlos, pensativo.

—Podría ser escolecita, ¿lo recordáis?

—¿Qué es eso? —pregunta Rei.

—Un tipo de mineral. No estarías atendiendo ese día en clase.

—¿De qué nos sirve saber el nombre de esto? No tiene agua, que es lo que necesitamos —responde conteniéndose. Le molesta la actitud arrogante de Mati.

—No sé por qué se forma aquí... —piensa Mati en voz alta.

—Lo ha podido traer alguien, la mayoría de los fragmentos no están pegados —interviene Fane, que intenta arrancar uno de los que sí lo está en vano.

Rei retoma el camino sin esperarlos. Le molesta que pierdan el tiempo. Sabe que lo mejor es avanzar con paso ágil y dejar de lado la investigación que propone Mati. Ni los trozos de tela ni las prendas ni los pozos están por encima del objetivo de encontrar a los otros y salir del bosque.

Mantenerse concentrados en todo momento les genera un gran desgaste. No pueden evitar fijarse en el agua que se desliza por las hojas de las plantas y que contrasta con la sequedad de sus gargantas; o en las rocas planas sobre las que podrían tumbarse

a descansar. Del mismo modo, sienten el impulso irrefrenable de protegerse, por lo que evitan ser quien cierra el grupo o quien lo lidera. El bosque les despierta instintos que no habían experimentado hasta ese momento.

El camino está en ligera cuesta, y a Mati le angustia cada vez más la sed. Traga saliva sin parar para engañar al cuerpo, y en la garganta se le empieza a formar una costra debido la sequedad que arrastra. Lleva un buen rato preguntándose cuál es la mejor manera de pedirle un sorbo de agua a Rei. Al final, elige hacerlo restándole importancia.

—Querías que trepara, ¿no? Pues el agua que queda es para nosotros —se burla Rei, que intenta camuflar con ese tono bravucón la debilidad mental y física que empieza a experimentar.

El chico no ha perdido de vista en ningún momento la botella de agua que lleva Fane. Cada vez que ella da un sorbo, su preocupación aumenta. No sabe cómo decirle que deben ser cautos. Las distancias son largas, y no tienen margen para evitar los síntomas y las consecuencias de la deshidratación.

Se ha bebido el agua de Mati para reservar la suya y dársela a Fane si la necesita.

—Me has cogido más de la que habíamos acordado —le reclama al tiempo que hace el amago de quitársela.

—¿Has visto los arañazos de mi cara? Esto tampoco lo habíamos acordado. —Rei se encara con él sin perder el tono de burla.

—Toma, bebe de la mía. Aún me queda —le ofrece la joven resignada, para evitar que discutan.

—¡No! —Rei le quita la botella—. Hicimos un trato. Querías el trozo de tela, y te lo di.

—¡Necesitábamos saber dónde estamos y quién pone las trampas! —le recrimina Mati.

—¡Pues haber subido tú a buscarla!

Mati se acerca a Rei para quitarle la botella. Está sufriendo una crisis por la sed, el cansancio y la desesperación que le provoca. Se siente indefenso. Y en el bosque encaja todavía menos con ellos que en el internado. Siempre ha sabido que se protegen entre ellos, mientras que su presencia en el grupo solo ha sido testimonial. Eso hace crecer su inseguridad, lo que a su vez le genera nerviosismo. La adrenalina hace acto de presencia.

Fane se interpone entre los dos, pero Rei consigue apartarla con un gesto del brazo y empuja a Mati hasta que este cae al suelo.

—No te vuelvas a acercar a mí, ¿entendido? Y ve siempre delante —le ordena mientras el otro le observa desafiante desde el suelo.

Cuando Rei se dispone a volver al lado de Fane, Mati le pone la zancadilla y consigue que tropiece y caiga a su altura. Una vez en el suelo, se abalanza sobre él, pero Fane consigue agarrarlo. No quiere que el enfrentamiento vaya a mayores.

Todos se quedan paralizados. La falta de líquido se hace más evidente con la gota de sudor que brota de sus cabezas. A Rei le cae en uno de los arañazos que tiene en la frente, lo que le produce escozor; a Fane, sobre las medias que separan sus pies del suelo; a Mati se le desliza hasta el ojo inyectado en sangre y que hace que sus párpados se queden pegados unos segundos.

Ninguno de los tres ha oído nunca un disparo, pero si lo hubieran hecho, sonaría muy parecido al sonido plano sin eco que les acaba de enmudecer. La incredulidad frena la pelea. Se reincorporan a un tiempo y echan a correr encorvados ladera arriba. Fane duda durante un momento y se detiene. Se fía de sus ojos, de lo que ve, pero considera que sus oídos pueden ser el origen de confusiones estúpidas.

Al igual que su amiga, Rei siente la tentación de descubrir el origen del estruendo. Pero el pánico vence a la probabilidad de

que todo haya sido producto de su imaginación. En ese bosque, las posibilidades de ser el objetivo de un tirador pirado no parecen ser muchas, pero después de la muerte del director, el alarmismo puede marcar la diferencia entre la vida o la muerte.

Mati huye despavorido, centrado en poner un pie tras otro sobre el terreno firme y libre de trampas. Sabe que no quiere estar en espacio abierto. Es mejor rodearse de árboles que le sirvan de protección en caso de que se repita lo que parecía ser un disparo.

Fane y Rei llegan a una curva que abre paso a una ladera que les permite volver a la parte baja de la que procedían, pero más escondidos. El viento se detiene.

—¡Mati! ¡No! ¡Por aquí! —le grita Fane.

—Déjalo, que continúe solo.

Rei la sujeta por la cintura con una mano, mientras con la otra le indica el camino de bajada. Tienen que seguir.

Mati sigue corriendo, cada vez más cansado. Ha oído que Fane le llamaba, y su voz parecía preocupada, pero está tan asustado que no puede pensar en parar y volver con ellos.

Cuando considera que está lo suficientemente lejos del peligro, se detiene a tomar aliento en la base de un árbol gigantesco que le sirve de apoyo. Hasta el momento, es el más alto y grueso que ha visto dentro del limbo.

Se muerde el labio para no gritar de impotencia. Da puñetazos al suelo. En su cara no se diferencia el sudor de las lágrimas. En sus nudillos, sin embargo, se ve la sangre, que brilla con intensidad. Se levanta descompuesto y avanza. Cae.

Se vuelve a levantar, pero le fallan las piernas. Tiene los talones en carne viva por el roce de los zapatos, y la humedad acentúa la irritación y el dolor. Al final, decide descalzarse. Necesita ir cómodo para pensar con claridad y no dejarse llevar por los impulsos.

Mientras se camina por el bosque es importante mirar arriba y abajo. Aunque esté a punto de ser vencido por la impotencia, no deja de hacerlo; presta atención a cada paso que da. De esta forma descubre a unos metros de distancia una esquina de papel plastificado enterrado bajo unas hojas. Según se acerca, la brisa lo termina de destapar. Mati recoge el mapa y lo observa con tanta atención que se le olvidan las lágrimas que aún surcan sus mejillas. Una vez completado el recorrido de símbolos, flechas e ilustraciones, solo tiene que mirar hacia la derecha para descubrir el portal que supone el final de lo que ya identifica como el limbo.

Empieza a entender el comportamiento del director, los nervios, la precipitación, incluso la agresividad que antes de esta experiencia jamás hubiera llegado a justificar. Pero lo hace. En solo un día en el bosque ya ha vivido todas esas sensaciones. Ha sido víctima de las dudas y de su naturaleza, y se ha enfrentado a sus compañeros, algo que nunca se había planteado.

Mati decide dejar el mapa en el suelo, con una piedra encima para evitar que el viento se lo lleve, con la intención de advertir —a Fane más que a Rei— acerca de la esencia del mundo al que ahora pertenecen.

Sus pasos son cortos. Se va frotando las manos sin llegar a posar la mirada sobre el portal, más por incredulidad que por miedo. A pocos centímetros de él, sopla para comprobar cómo reacciona la energía, que se expande formando un pequeño agujero que no dura abierto más de un segundo.

Sopla más fuerte, y el agujero se expande un poco más, pero

se cierra igual de rápido.

Si hay algo que puede curar el dolor de Mati es la redención. No puede volver al internado, eso lo sabe. No quiere reencontrarse. Además, es consciente de que Quim se ha perdido en el bosque por su culpa, porque no tuvo el coraje necesario para oponerse a la macabra idea de Jonás.

El primer encuentro entre ellos fue bastante frío. Quim se les acercó mientras hablaban en corro en las escaleras que conducen al portón del internado y le ofreció la mano en un gesto amigable después de haber hecho lo mismo con Jonás, Fane y Rei. Se había fijado en los bordados de último curso que llevaban en sus jerséis, y un brillo de esperanza había iluminado sus ojos al conocer a sus nuevos compañeros. Mati detectó rápidamente similitudes entre el carácter de ambos, a pesar de que no llegó a hablar demasiado con él. Incluso supo reconocer una mayor capacidad de socialización, pues a él le hubiera costado presentarse a un grupo de completos desconocidos.

Podrían haber encajado. Podría haber sido el respaldo que tanto necesitaba. Un nuevo amigo en La Liande es un escudo del que no se puede prescindir si se tiene la oportunidad.

Tal vez carezca de valentía, pero sabe reconocer sus defectos y cuenta con el firme convencimiento de que siempre quiere hacer lo correcto, independientemente de la exigencia del momento y del lugar. Entonces se pregunta qué pensarían sus padres si le vieran en el bosque. Si su desaparición podría servir de reclamo, como último recurso, para que le presten la atención que merece.

Decidido, entra de un salto en el portal y desaparece en su interior. La velocidad del viento aumenta al instante, y las hojas que rodean al papel plastificado planean a ras de suelo, como un pájaro que busca refugio en los instantes previos a la tormenta.

Fane y Rei permanecen escondidos en una pequeña zona rocosa, a oscuras y en silencio. Antes de entrar, han lanzado piedras a la pared del fondo para asegurarse de que no hubiera una amenaza oculta.

Al entrar, han visto inscripciones talladas en los muros, y aunque ninguno de los dos cuenta con la serenidad necesaria para interpretarlas, se han detenido —sin llegar a comentarlo— en el dibujo de una cautivadora cabaña esculpida en líneas finas, con proporciones tan perfectas que cuesta creer que se hayan hecho a ojo, con un toque artístico en las dos figuras humanas que la rodean. Esa imagen despierta una paz en su interior que habían olvidado desde que cruzaron la verja de color burdeos.

Oyen pasos en uno de los laterales de entrada a la cueva. Aunque no se ha replicado ningún sonido similar al de un disparo, sospechan que esas pisadas no pertenecen ni a Mati ni a Jonás, pues el ruido va acompañado del golpeteo de algo metálico.

Se pegan a la pared tanto como pueden, rechazando la posibilidad de adentrarse más en la cueva, ya que eso les arrinconaría sin darles la posibilidad de escapar. El corazón se les acelera. Las palpitaciones que sufre angustian a Fane, que controla las ganas de llorar tapándose la boca y la nariz, lo que hace que todavía le retumbe más el pecho.

El agobio de Rei pasa por la incertidumbre. No sabe qué hacer, pero entiende que la inacción les convierte en presas fáciles. Experimenta los principios de la cobardía, de la evasión, de quien no confía en enfrentarse a un obstáculo tan

exigente. Mira a Fane antes de que aparezca la sombra alargada.

Ante ellos surge una figura alta, con botas marrones de espuelas muy embarradas. Con una mano se sujeta la hebilla del cinturón con pistolera, que recoge una camisa grisácea que, seguramente, algún día fue blanca. Con la otra sujeta un revólver antiguo. A su atuendo solo le falta el sombrero de vaquero.

Les observa tambaleante, como una peonza a la que le falta fuerza, a punto de caer. Ella hace un repaso visual de arriba abajo y no aguanta más cuando llega al arma. Grita. Al oír el chillido, Rei reacciona y sale de la cueva para empujar a su agresor, que cae al suelo. Los dos salen corriendo. Como él es más rápido, la coge de la mano para obligarla a seguir su ritmo. Ha reaccionado por el temor a que a Fane le pudiera pasar algo.

Refugiados tras un árbol, comprueban que el Pistolero recupera la posición con un desequilibrio hipnótico. Con rapidez, descubre el escondite de los chicos, pero, en vez de perseguirles, les saluda desde lejos con la mano sin armar. Al no sujetarse la hebilla, se le caen un poco los pantalones.

Parece desdentado, lo que dificulta el control de las babas, que se le derraman por la barbilla cuando sonríe.

Ante la atenta mirada de los dos alumnos, quita el seguro del tambor, presiona el martillo de la pistola y, sin perder la sonrisa, se la arrima a la sien. Con el mismo tambaleo que ha mantenido hasta ese momento, aprieta el gatillo y se vuela los sesos. El sonido que produce daña los oídos de ambos jóvenes, que gritan asustados.

Fane aprieta la cara contra el pecho de Rei. No es que no pueda ver nada más, es que no quiere. Él observa perplejo el cuerpo de la persona que, sin motivo, se acaba de quitar la vida delante de ellos. Ninguno se atreve a moverse. No saben cómo

actuar, ni cuánto les costará asimilarlo. Ambos se acercan con cautela, por si se tratara de un terrible engaño.

—Tenemos que volver a casa, Rei.

—Los restos de su cabeza están esparcidos por el suelo... —Rei, agachado, revisa su indumentaria. En ella encuentra moras de diferentes colores y una caja de cerillas, donde se puede leer: PROPIEDAD DE GEREMIRE LA LIANDE.

—¡No te acerques! —le recrimina Fane, que le agarra del brazo e intenta apartarlo, haciéndole daño al apretárselo demasiado fuerte.

—Queda una bala en el tambor —dice, sin hacerle caso, y recoge la pistola—. ¿Habías visto antes una como esta?

—Ten cuidado con eso, por favor. Vigila dónde apuntas. —La chica se aleja unos pasos, muy nerviosa.

Rei le pone el seguro después de trastear con ella y decide guardársela en la parte trasera del pantalón del uniforme, junto con las cerillas.

—¿Qué acaba de pasar? Primero el director cae por una trampa mortal que se abre bajo sus pies, ahora un loco nos persigue y se mata delante de nosotros...

Fane, aturdida, se acuclilla mientras empieza a hiperventilar. Rei se acerca a ella y le pone la mano en la espalda para tratar de calmarla.

—No lo sé. Es... Era un desequilibrado. Espero que no haya más.

Rei aprieta el hombro de su amiga de manera cariñosa. Él, igual de asustado, siente que necesita un gesto similar.

—Los problemas empezaron cuando nos adentramos en el bosque. ¡No hubiera ocurrido si nos hubiéramos quedado en el internado! ¿Qué hacemos? No quiero ver morir a nadie más, ni voy a permitir que nos acusen de asesinato.

—Les contaremos lo que ha ocurrido. Que hay trampas y que el Pistolero se suicidó delante de nosotros.

—¿Se suicidó? ¿Cómo? ¿Con el arma que tienes en el bolsillo y que has manoseado? —pregunta ella, que pasa del enfado al reproche.

Rei se queda mudo. Los dos observan el cadáver desplomado del Pistolero. Descubrir que no están solos les ha generado una confusión que no saben cómo resolver. Miran a ambos lados, preocupados por si hay alguien más al acecho. Se sienten afortunados por haber sobrevivido, pero esta aparición les provoca demasiadas preguntas, y ya no tienen energía para correr, pensar o gritar con todas sus fuerzas que necesitan ayuda. Rebuscan con recelo en los bolsillos del hombre muerto y se reparten las moras que encuentran. Recuerdan que el director las aplastaba para comprobar si eran comestibles, pero no saben identificar qué las hace dañinas. Al menos, estas parecen provenir de un moral distinto al que han visto antes, si no las habrían rechazado, como el director en su momento.

Bajo un árbol, ya de noche y acompañados por la luna en cuarto creciente, deciden masticarlas, saborear su amargura y asumir juntos las consecuencias. Se duermen cogidos de la mano mientras hacen la digestión. Sienten la palma del otro muy ligera, como si no pesara. Para Fane, la mano de Rei es un alivio que camufla el sufrimiento y la fragilidad que ha descubierto allí; para Rei, la de Fane es una nota de color en un gris que ha marcado y parece que marcará el resto de sus vidas. Les quede lo que les quede.

Duermen en paz. Sin miedo ni remordimientos. Han hecho lo posible por sobrevivir. El último pensamiento de ella ha sido sobre la vida y el encierro. Sobre las habitaciones del internado y cómo les obligaban a bajar la persiana cuando todavía había luz fuera.

El último pensamiento de él ha sido sobre el tiempo y la distancia. En todos estos años solo han conocido la vida que les ha ofrecido el internado. Por eso todos los alumnos se parecen

en cuanto se gradúan.

Los profesores son, para ellos, seres mitológicos que provienen de otro mundo con los que no empatizan, a los que no respetan y por los que no están dispuestos a morir.

Antes de quedarse dormidos, piensan que, a partir de ese momento, solo vivirán para ellos mismos.

4

El manantial

Mati bebe de un manantial formado por varias corrientes de agua que caen de un amplio escalón de piedra. Estas alimentan lo que le parece una piscina natural situada en la entrada del primer cuadrante.

Su rodilla resbala sobre la piedra húmeda que separa la abundante agua de la tierra opaca, que en este lugar es de un color algo más amarillento. Los árboles están cubiertos de musgo, y la niebla impide que los rayos del sol lleguen hasta las mejillas hundidas y los labios agrietados del joven, cuya tez, que suele ser blanquecina, parece la de un muerto.

Ya ha comprobado que, desde el portal, no puede volver a la parte del bosque de la que procedía. En este lado, la energía tiene una consistencia más rígida y rechaza cualquier tipo de contacto. Cada vez que lo toca, el portal le impele varios pasos hacia atrás con un golpe seco y electrizante que le provoca hormigueo en la punta de los dedos.

Ni siquiera los soplidos, que no requieren de un contacto directo, reaccionan igual que al otro lado del portal. No se abre un agujero ni se expande la energía por mucha fuerza que emplee para conseguirlo.

Los hongos de la base de los árboles —que ha lavado a conciencia— han resultado ser comestibles. Su supervivencia es la mejor de las pruebas para demostrarlo.

Durante el reposo en el manantial, le ha dado tiempo a limpiarse las heridas y a dormir plácidamente sobre la tierra

húmeda. Lo ha hecho con los dedos tocando la superficie del agua, a modo de caricia, con la barbilla apuntando al cielo, como si fuera una planta del bosque más, nutriéndose de su humedad y buscando la revigorizante luz del sol.

Tras sobrevivir a los disparos y a la incomprensible magia del portal, se toma su estancia en el bosque con otra filosofía. Más serena. El peligro ahí es inevitable, y debe saber afrontarlo como si fuera el último. Cada ruido, cada cambio de temperatura, los peligros derivados de la oscuridad o el malestar general que le envuelve, pueden ser el indicio de lo más irreversible: la muerte.

Se creía inmortal, con toda una existencia por delante, hasta que el director cayó de repente en la trampa. Una mera pisada cambió su visión sobre la vulnerabilidad de los cuerpos. Porque a lo largo de su vida se ha considerado frágil, pero nunca tanto como para desaparecer en tan solo un instante.

Pronto anochecerá. El manantial está demasiado expuesto como para quedarse o deambular por los alrededores. Intenta avanzar con cautela, pero le cuesta controlar la sobreexcitación. No puede evitar acelerar el ritmo, a pesar de que el cansancio ya ha hecho mella en él.

Este primer cuadrante —según el nombre que ha leído en el mapa— es fácil de recorrer porque está formado por una gran cantidad de pendientes, lo que, por otra parte, ofrece una perspectiva más alta y con mejor panorámica que el limbo.

Pero no le exime de ir con cuidado, pues corre el riesgo de resbalar. Debe moverse clavando los pies en la tierra, e incluso, por momentos, arrastrar el culo, los codos y la espalda por el suelo para asegurarse el apoyo ante la excesiva inclinación del terreno. El espacio entre los árboles es escaso, están muy cerca unos de otros, y la cantidad de hojas y vegetación que techa el cielo es similar a la del limbo, lo que también le produce una sensación de agobio constante.

Se plantea si las señales de las trampas han cambiado. O si tal vez hay otro mapa plastificado tirado por el suelo como el que ha encontrado antes de cruzar el portal. Ya no se oyen ruidos en el bosque, más allá del sonido del viento. No es una tarde fría. Tampoco llueve. Mati se detiene y se empequeñece. Su instinto le corta el ritmo, le avisa de la existencia de una presencia a sus espaldas.

Se centra en recuperar la posición, erguir la columna, estirar los hombros, levantar la barbilla y crecer todo lo que puede. Experimenta una pequeña asfixia y se da cuenta de que, por mucho que intente enfrentarse al peligro, el miedo al dolor y a lo desconocido forman parte de él.

Presta la máxima atención al entorno. Los oídos empiezan a engañarle: si mira asustado a la derecha, cruje una rama en la parte de atrás; cuando se da la vuelta, el crujido suena a la izquierda; cuando se vuelve a la izquierda, el sonido proviene del punto de inicio. Es como si el origen de los ruidos quisiera que no dejase de rotar sobre sí mismo.

Por mucho que se esfuerza, no le da tiempo a llegar con la mirada a los crujidos que cada vez se repiten con mayor frecuencia. Por agotamiento, rompe su fachada y vuelve a ser pequeño, como es en realidad.

Empieza a oscurecer, y a Mati le resulta casi brusco y malintencionado. Como si el sol más allá del bosque hubiera escogido el peor momento para esconderse. El siguiente crujido lo oye prácticamente detrás de él. Se echa a temblar; no sabe lo que le espera. Siempre se ha sentido solo dentro del grupo, pero nada se puede equiparar al abandono que está experimentando en medio de la nada.

—¿Jonás? —pregunta al aire.

No hay respuesta, pese a que Mati siente que hay alguien detrás de él.

—¿Fane? ¿Rei?

Nota una respiración que no es la suya.

—No —responde una voz ronca pero familiar.

Echa a correr; no le importa caerse o hacerse daño. Cualquier opción es mejor que quedarse ahí parado esperando a que el extraño le alcance. Pero consigue reunir la entereza suficiente para entender que funciona mejor cuando actúa de manera racional. Por eso se detiene en seco, sin relajar los músculos del cuerpo, y adopta una posición de defensa.

—Puedes dejar de correr, no voy a hacerte daño —le dice Quim, que aparece bajo la poca luz que refleja la luna entre las ramas. Se muestra calmado y sereno. Habla con autoridad y no se precipita ni una milésima al hablar.

Va casi desnudo. Solo lleva unos pantalones remangados y el calzado; junto con el pelo revuelto, parece un salvaje. El aspecto que muestra es débil y vulnerable. Pero menos de lo que Mati se hubiera imaginado. El director salió a buscar a un chico al borde de la muerte. Fane hablaba de un moribundo, pero él ve a alguien castigado, aunque muy preparado para la supervivencia.

Mati es incapaz de razonar. Sus pensamientos son contradictorios. Se alegra tanto de que esté vivo que tiene unas ganas inmensas de abrazarle. También le alivia haber encontrado compañía. Pero no debe olvidar que sigue siendo un desconocido, por lo que ha de ser prudente y tratarlo como tal. Después de una larga pausa, cree que lo mejor para acercar posturas es obviar el odio que debe sentir Quim hacia él por ser cómplice del engaño.

—¿Has encontrado a alguien más? —le pregunta.

Está a punto de beber de la botella de agua que ha rellenado en el manantial, pero termina ofreciéndosela a Quim, en un gesto amable que el otro obvia.

—Os reconocí cuando aparecisteis en el bosque —le responde él con la mirada en el horizonte—. Y al día siguiente

vi que Jonás llegaba aquí. Lo hizo solo y de noche —cuenta mientras come un puñado de moras que ha sacado del bolsillo.

—¿Cómo? ¿Estabas en la entrada? —dice sorprendido Mati —. ¿Has visto a Jonás entrar en el primer cuadrante?

—¿Cuadrante? ¿Así se llama? —se interesa Quim, al que parece que le divierta el nombre—. En ese momento sí, cuando entrasteis estaba vigilando el acceso. Aunque la noche anterior la pasé recorriendo esa parte del bosque —sigue contando—. Por supuesto, no he hablado con Jonás. No tengo intención de hacerlo. Esperé a que pasara, aguanté un tiempo prudencial y después lo hice yo.

—No entiendo nada. ¿Por qué no volviste al internado?

—Porque desde allí no puedo vengarme.

A Mati se le cae la botella de agua. Se agacha para que se derrame la menor cantidad posible.

—¡Perdónanos! —grita desde el suelo en un esfuerzo desesperado por reconducir la situación—. ¡No sabíamos que esto iba a acabar con todos perdidos en el bosque y el director muerto!

—¿El director ha muerto? —pregunta el chico, sorprendido —. No tienes que pedirme perdón.

Mientras habla, se frota las manos para entrar en calor y rescata una mora negra de su bolsillo. Hace ademán de comérsela, pero tras rascarla con la uña del pulgar y comprobar su color, la tira.

—Te aconsejo que, si ves una mora de color azul con el relleno negro, la tires. Tengo picos de fiebre desde que la probé —le explica con otra en la mano.

—¿Por eso vas casi desnudo? —pregunta Mati, un tanto aliviado al comprobar que él no parece formar parte de la venganza de la que habla Quim—. Pero eso aquí puede ser hasta bueno...

—A veces le acompaña la fiebre. Yo que tú no las probaría,

pero, si quieres, guárdate una en el bolsillo, por si acaso —le ofrece este, con los bolsillos llenos de distintos tipos de frutos.

Ambos se quedan callados. Quim aprovecha para masticar tres moras rojas, que se mete en la boca de una vez.

—¿Y esas qué hacen? —inquiere Mati, que quiere huir de los silencios incómodos.

—Nada. Por el momento, son de las únicas de las que me fío. —Le ofrece algunas para que las pruebe.

—Gracias. —Mati recoge dos de su mano y se las mete en la boca—. Estoy en deuda contigo.

—Vamos a movernos, es lo mejor —resuelve el nuevo alumno, que le adelanta con la intención de servirle de guía.

Los dos andan por el bosque. Mati delega en su compañero la responsabilidad de avanzar. Por el momento cree que han acercado posturas, pero la palabra «venganza» sigue resonando en sus oídos, y eso le asusta.

—¿Y Fane y Rei? —Quim se vuelve para mirarlo a los ojos.

—No lo sé —responde el chico, que por el momento prefiere no revelar demasiada información. No hasta que le conozca más—. Nos separamos y... Solo quiero que esto acabe —termina.

—Si quieres que esto acabe, tienes que ayudarme —le replica de inmediato Quim, que solo obtiene un silencio incómodo y prolongado como respuesta.

Llegan hasta una zona despejada de árboles donde encuentran un saliente que rompe con la pendiente. Recorren el paso y desde ahí arriba pueden ver una parte del bosque que aún no conocían, con pequeñas cascadas naturales y cantos de ave que no habían escuchado hasta ese momento.

—Mira, Mati. —Quim señala al fondo, apuntando con el dedo índice al horizonte—. Primero tenemos que encontrar algo mejor para comer. ¡Estoy harto de las moras! Luego buscaremos la forma de encerrar al resto de los indeseables en

la profundidad del bosque. Para siempre.

—Pero ¿¡cómo!?—pregunta el otro chico, incapaz de encajar las palabras de Quim. Necesita ganar tiempo.

—Con tu ayuda, lo conseguiré. —Quim le agarra del hombro, sin quitar la vista de la parte más lejana de la arboleda.

A sus ojos, el bosque es una cárcel hecha de madera y llena de posibilidades para encerrar a sus enemigos.

Asume que hay un camino de salida, aunque no sabe a qué distancia se halla ni la exigencia del trayecto, por eso ha de ser cauto. El apoyo de Mati —que es el que menos hablaba, y su silencio y timidez le demuestran que jamás fue la cabeza pensante tras su ingreso en el bosque— es crucial para conocer y anticipar los movimientos del resto. Sus manías, vulnerabilidades y defectos. Necesita la información que le pueda proporcionar para poner en práctica su plan.

Que Mati esté solo le hace pensar en división y caos en el grupo, lo que le conviene. La prioridad es conocer el terreno y descubrir, tal vez, el camino para llegar al segundo cuadrante, pues parece que seguir adelante es su única opción.

Rei y Fane se encuentran delante del portal. Han llegado en silencio, procurando hacer el menor ruido posible, después de dormir toda la noche sin interrupciones. Ninguno ha hablado del Pistolero o de las moras que pensaban que eran venenosas y se comieron juntos.

Cuando han despertado esa mañana, han comprobado que ninguno de los dos tuviera síntomas digestivos preocupantes. No ha sido el caso. Se han mirado a los ojos, sorprendidos y

reconfortados. Están juntos y con la salud intacta. Una vez preparados, han comenzado a caminar para llegar a la ubicación en la que perdieron de vista a Mati, solo por si estaba allí, pero no lo han encontrado. Así que han seguido andando, a pesar de que les mortifica el hambre y los temores que cada uno se guarda para sí. Fane teme que la cantidad de tiempo juntos en el bosque termine por ser un obstáculo que haga que discutan y se sientan más como un problema que como una solución para encontrar la salida. Y Rei se ve menos preparado de lo que pensaba para enfrentarse a obstáculos de esa magnitud.

—A lo mejor los demás han encontrado la forma de arreglarlo todo —dice ella con el tono rasgado. Tras tanto tiempo sin hablar, a Rei le suena como si su amiga tuviera la voz de otra persona. De una persona muy distinta.

—Yo ya no vuelvo atrás —dice Rei, que se ha acostumbrado a ir tocando el arma que lleva en el bolsillo trasero para comprobar que sigue ahí. Cuando lo hace, pasa el índice por el seguro para cerciorarse de que sigue puesto y que no se le va a disparar en cualquier descuido o mal movimiento.

—¡Escucha, tenemos que plantearnos lo que haremos! O los problemas irán a más —advierte Fane enrabietada, superada al encontrarse constantemente con decisiones tan determinantes para su supervivencia.

Después de lo vivido, ninguno de los dos se extraña tanto como los demás por la presencia del portal. Se cuestionan lo que les conviene hacer, no se preguntan sobre la naturaleza de ese elemento al que se enfrentan. Se sienten afortunados por tener a alguien con quien compartir la responsabilidad de esa decisión. Aunque no sepan lo que encontrarán al otro lado.

—No sabemos volver al internado ni si nos van a culpar de la muerte del director o de la de Jonás, Quim o Mati. ¿Quién nos garantiza que haya menos peligros de camino hacia el

internado que si cruzamos por lo que quiera que sea esa cosa? —le pregunta Rei, molesto con la conversación.

—¡Si cruzamos y me pasa algo, te echarán la culpa! —grita ella, a la que le cuesta mantener la voz sosegada.

—Volver no sirve de nada. Quiero que, cuando lo hagamos, sea con la garantía de que vamos a estar bien, sin problemas que deriven de esta mierda.

—Es una locura... —Fane empieza a relajarse al darse cuenta de que tiene que aceptar la realidad—. ¿Y si cruza solo uno? A modo de prueba... —cuestiona, aunque lo dice mientras niega con la cabeza, sin estar del todo segura de que sea la mejor opción.

—Si lo hacemos, es con la condición de volver a por el que se quede —responde él al tiempo que mira convencido hacia el portal.

5

Catacumbas

Quim y Mati aprovechan los primeros rayos del sol para explorar el cuadrante. Es difícil tras una noche en la que dos extraños se han turnado para hacer guardia. El cansancio es tanto mental como físico, y que se hayan acostumbrado a dormir bajo la frondosidad de las hojas de los árboles solo les produce una falsa ilusión de vivir resguardados.

En cuanto pueden, buscan salientes elevados para observar el bosque desde arriba, aunque avanzar requiera de un descenso constante.

—Ha de haber una pista. Siempre las hay —dice Mati, que se cuestiona en silencio los métodos de exploración de Quim—. Tenemos que preguntarnos, por ejemplo, qué es lo más representativo de este cuadrante.

—Si no fuera por las condiciones en las que estamos, diría que eso te divierte —bromea el novato, que tiene que pararse unos segundos a descansar.

—Lo disfrutaría si nuestra vida no estuviera en juego —dice Mati, que elige medir muy bien sus palabras. No quiere que interprete que está a favor de su venganza—. No he valorado lo que tenía antes...

—¿Qué tenías antes?

—Cama, comida, agua, aseo... una rutina. Es más que suficiente —responde Mati. Sonríe, pues hace mucho que nadie se interesa por su vida o por cómo se siente—. ¿Tú no lo echas en falta?

—A veces me ha faltado agua caliente para ducharme, y otras, comida en condiciones, pero siempre he tenido un techo bajo el que resguardarme —le cuenta Quim, reacio a hablar de temas personales—. ¿Tú eres huérfano?

—No. Llevo desde los cuatro años en La Liande. Pero no soy huérfano... ¿Y tú? —le pregunta de vuelta, aunque sospecha cuál será la respuesta.

—Sí —contesta Quim con tono firme, sin mirarle.

—Lo suponía —asiente Mati, que empatiza con una media sonrisa—. Yo es como si lo fuera. Así que no te sientas raro conmigo. Me lo imaginaba porque los alumnos huérfanos que entran en el internado lo suelen hacer a última hora —aclara.

—Entré cuando me concedieron la entrevista. Me habían hablado bien de este sitio, ¿sabes?

—¿De La Liande? —Mati vuelve a reír—. Desconozco cómo de terribles son los sitios en los que has estado, pero este internado fue creado por el mismísimo Satanás —dice en broma.

—¿Y qué opinas de tus compañeros? —pregunta Quim, repentinamente interesado.

—Tengo muchas opiniones. Pero jamás podría hacerles daño —responde él y suspira resignado—. Rei y Fane se gustan desde siempre. Un día, durante el recreo, lo insinué delante de ellos y Rei me pegó. —Se ríe, pues le complace esa versión suya en la que se atreve a poner a prueba a los demás—. Fane tiene un mundo interior que no ha sabido explotar y se ha quedado en un nivel de superficialidad que me da pena. No la juzgo, el internado es así...

—¿Y Jonás? —le interrumpe Quim.

—¿Recuerdas al Satanás que acabo de mencionar? —suspira con la mirada perdida—. No tenía intención de separarme de Fane y Rei. Jonás ya se había ido, pero discutimos... y de repente oímos un disparo.

—¿¡Cómo!? ¿¡Un disparo!? ¡Eso no me lo habías contado! —Su acompañante vuelve a interrumpirlo, esta vez más exaltado. Sin embargo, le molesta enterarse tan tarde de que hay armas en el bosque.

Los dos se quedan en silencio.

—¿Cuál crees que es el origen de este bosque? —inquiere Quim, retomando la conversación.

—No creo que lleguemos a saberlo nunca. Tal vez ha sido siempre así. Obedece a leyes de la física superiores a nosotros —Mati hace una pausa—. Y lo del disparo son solo suposiciones...

—Esto no ha estado siempre aquí. Nadie construye un internado al lado de un sitio como este.

—O sí. El director llevaba un mapa. A lo mejor tiene sentido que estemos aquí encerrados —responde con una leve sonrisa de complicidad, sabedor de que, como dice su nuevo compañero, le divierte resolver enigmas—. Es lo que debemos averiguar —termina, mientras el otro le escucha con interés.

Quim se ha percatado de que, mientras ha estado conversando con Mati, sus ansias de venganza han aminorado. Aunque solo le hace falta un breve periodo de abstracción para que vuelvan a aparecer. Aún tiene cuentas pendientes en el bosque y desconoce lo que Jonás, Rei y Fane han preparado para él; los ve más unidos entre sí que con Mati.

Su prioridad es evitar que Jonás y Rei aúnen fuerzas, pues eso podría provocar el cambio de bando de Mati y que él se convirtiera en una presa vulnerable y sin escapatoria.

Jonás camina a un ritmo más lento que Quim y Mati. Aun así, gracias a su escapada de la primera noche, va por delante del resto. Jamás ha sido un buen estudiante, pero se ha asegurado de no ser de los peores de la clase. No soporta sentirse inferior.

Como ha sucedido con el mapa del director, a Jonás no le importa robar si eso le ayuda a paliar posibles debilidades. Durante los exámenes finales del último curso, se vio poco preparado para sacar las notas que esperaba, así que, en un descuido en el pasillo, robó los exámenes de la carpeta de Alejandra Elrich mientras esta hablaba con unos alumnos. Imparte clases a muchos cursos, pero además de profesora de química también es la jefa de estudios del centro; los alumnos bromean diciendo que está explotada por el internado, por lo que es fácil encontrarla desbordada, pese a ser un ejemplo de firmeza y control. El robo no se lo contó a nadie, ni siquiera a Rei, pues eso hubiera restado mérito a sus notas sobresalientes, de las que presumió delante de todos cuando se publicaron.

Desconoce la situación de los demás, pero no le inquieta. La de Mati ni siquiera le importa. La prioridad es él. Quiere conocer el funcionamiento del bosque a toda costa. Se ha mantenido alerta, pero no sabe ser constante, por lo que da varios pasos distraídos con tan mala suerte que con una de sus pisadas el suelo cede repentinamente.

No es una trampa como en la que ha sucumbido el director, a pesar de que el suelo se haya desplomado bajo sus pies de manera similar. No. Es un lugar de características extrañas, construido bajo tierra, piedra sobre piedra, que forma diferentes galerías.

Jonás levanta la cabeza del montón de zarzas sobre el que ha caído. Conmocionado, centra la mirada en el agujero que ha abierto en el techo, que antes era suelo. Se toma un tiempo para reposar sobre las zarzas, hasta encontrar la fuerza suficiente para incorporarse, aunque se clava decenas de

espinas durante el proceso.

Jadea arrodillado. Ve la sangre en la palma de las manos y siente un arrebato de ira imposible de controlar. Estampa el puño contra la pared y le vibra todo el brazo. Los nudillos gimen de dolor y el grito que le sigue recorre la galería de principio a fin. Contiene las lágrimas y respira hondo. Mira el puño herido y tembloroso, y se aprieta los dedos con cuidado para ver si se ha roto algo. El sufrimiento es más por haberse caído que por las heridas que ya colecciona. Iba bien, dentro del castigo físico que supone la estancia en el bosque. Estar allí encerrado es un contratiempo difícil de digerir.

Sentado en el suelo, intenta recomponerse y mira a su alrededor buscando una salida, pero no parece que haya forma de volver a la superficie, al menos desde ese punto. En la pared que tiene delante, que recibe la luz diurna que se abre paso a través del agujero que ha atravesado, ve un dibujo circular dividido en once apartados, de los cuales diez rodean a uno principal, que ocupa el centro de la imagen. No se detiene a apreciar todos los detalles, solo pasa la vista por el agua representada en uno de los apartados como una corriente ondulada; el siguiente dibujo es un cielo repleto de nubes y la copa de un pino en forma de triángulo. Lo que capta su atención es el dibujo abstracto que hay en el centro, una especie de espiral agobiante que le perturba. Rápidamente, rebusca en los bolsillos traseros del pantalón para coger el mapa plastificado que le ha conducido hasta el portal, por si le pudiera revelar información útil para salir. No lo tiene. Palmea y hurga en los dos por si acaso, aunque ya sabe que no lo encontrará.

Al instante, mete una mano en el bolsillo delantero y comprueba que la moneda de plata limada sigue allí. Pesa tan poco y es tan fina que es fácil de olvidar. Pero Jonás no la ha perdido en todos estos años y eso es porque le da la

importancia que merece. Es una de las pocas cosas que considera suyas. Y eso ya es mucho. Representa uno de los escasos momentos de fortuna que ha tenido en su vida. Así que la conserva como recordatorio de que la vida no siempre es tan cruel como le parece la mayoría del tiempo.

Al caminar, toca la pared igual que hizo cuando recorrió el pasillo del internado para ir al despacho del director. La luz se pierde y la oscuridad le atrapa. Hay aceite y antorchas sobre baldas de madera húmeda y desgastada. Estos utensilios le llevan hasta la clase optativa de latín, ya que son mencionados de forma recurrente por el profesor, del que a menudo se ríe con Rei por sus atributos deformes.

Le cuesta recordar el nombre de la construcción en la que cree encontrarse y tarda unos minutos en dar con la palabra correcta: «catacumbas». Necesita iluminar los pasillos para seguir. El tiempo apremia, porque el sol aún alumbra la parte abierta sobre la que ha caído, pero dejará de hacerlo de un momento a otro. No termina de comprender qué hacen esos pasadizos subterráneos en el bosque. Si estuviera en clase, preguntaría cómo eran las salidas de esos lugares, cuál era el propósito de los que dedicaban tiempo y recursos en construcciones así y por qué se eligió ese nombre de entre todos los posibles.

El último rayo de luz ilumina lo que identifica rápido como una tumba acoplada en un hueco de la pared. A Jonás le impacta leer el nombre AURORA en una placa y comprende la naturaleza del sitio en el que está atrapado. Se apresura a encontrar la forma de hacer fuego para encender la antorcha. Mira y palpa el suelo, lo que le produce un dolor inmediato porque las piedras pequeñas se le cuelan por las heridas.

Como si se le hubieran caído a alguien, cerca de él hay dos piedras desiguales con el símbolo de una llama a un lado. Jonás las examina y entiende que hay una zona reservada para ellas

junto a las tablas de la pared que soportan la antorcha y el aceite, solo que las que ha encontrado están fuera de lugar.

Intenta entrechocarlas con fuerza, de forma constante. Sin éxito. La situación le parece propia de los libros de aventuras de los que le hablaba Mati durante los recreos. Se siente incapaz y superado, y guarda cada piedra en un bolsillo, forzando al máximo sus costuras.

Decide adentrarse en la oscuridad, dando rienda suelta a su impulsividad y a su furia. Toca las paredes con las manos mientras tantea el suelo con los pies. Cada paso es una odisea y el silencio a su alrededor es total. Piensa en una posible caída, y el miedo le impulsa a buscar un punto de apoyo a ciegas. No sabe lo que puede aparecer, o encima de lo que puede caer, y por primera vez desde que ha entrado piensa que está en el escenario perfecto para sufrir una muerte terrible.

El olor de las catacumbas es muy diferente al del exterior. El ambiente es enrarecido, huele a quemado y por momentos se concentra un olor a excrementos. No parece que las heces estén ahí, pero, desde luego, lo estuvieron en algún momento.

Empapa la antorcha en el aceite, aunque gran parte de este acabe en el suelo. Saca las piedras de los bolsillos y las golpea con fuerza de nuevo. O enciende la antorcha o tendrá que convivir con la oscuridad hasta que amanezca.

Jonás se abraza apoyado en una pared desde la que percibe el salir y entrar de los insectos por los recovecos del muro. Se pega a ella para sentirse seguro. Prefiere estar ahí antes que en medio del pasadizo. Prueba a chocar las piedras de diferentes formas, hasta que hace coincidir el símbolo de fuego de cada una entre sí. De ahí sale una chispa, que debido a la impresión no aprovecha. Pero, tras varios intentos, consigue que formen un filo de fuego, que se extiende rápido por la antorcha empapada en aceite.

De inmediato, se apresura a ver lo que hay a su alrededor. El

fuego consigue que las pupilas se le agranden y que, inconscientemente, se quede embelesado con la llama. Descubre que en la pared hay flechas dibujadas con tiza, pero decide ignorar los caminos que no tienen indicaciones, aunque le generen curiosidad. Sabe que el aceite no es infinito, por eso rellena la vasija cada vez que encuentra una nueva tabla con provisiones.

Cuando baja a las galerías, siente un fuerte descenso de la temperatura. Con la situación algo más controlada —pues ahora tiene aceite de sobra para mantener vivo el fuego—, decide adentrarse en uno de los túneles que no están señalados con una flecha. De esa forma se resguarda y, de paso, da rienda suelta a su curiosidad. No necesita avanzar demasiado, pues a unos pasos encuentra más tumbas selladas, como la de Minerva. Llega a la conclusión de que cada pasadizo sin señalar pertenece a los muertos.

Lucía, Flora e Inés son tres de los nombres que consigue diferenciar al acercar el fuego a cada placa de madera que hay tallada a los pies de las tumbas; sus trazos parecen hechos con una navaja afilada. No puede evitar continuar hacia el siguiente pasillo. Quizá porque, de alguna forma, se siente conectado a sus inertes compañeros de las catacumbas.

Ignacio, Máximo y Víctor. Son los tres muertos que descansan en otro de los pasadizos de las catacumbas. Jonás aprieta los dientes y decide que ya ha tenido suficiente y que lo mejor será avanzar por el camino que señalan las flechas. Oye un ruido que le bloquea. Un grito lejano recorre las paredes de la galería principal y llega a él como una ráfaga de viento que le provoca un temblor. Mueve la antorcha de un lado a otro para averiguar de dónde proviene.

Jonás escapa. Un extraño corre hacia él.

Quim y Mati han intentado montar guardia, como la noche anterior, pero se han quedado profundamente dormidos, apoyados espalda contra espalda. Con la llegada del amanecer, abren los ojos con dificultad, pues los tienen pegajosos y llenos de legañas después de tenerlos cerrados durante horas, algo que echaban en falta desde que entraron en el bosque.

Al retirárselas con desgana, se encuentran con dos realidades muy diferentes del bosque. Mati se fija en un nido de pájaros, que juraría que no estaba ahí la noche anterior. Aunque tal vez no podía verlo por la niebla. Los polluelos pían, totalmente desprotegidos, hasta que llega su madre y les ofrece un poco de alimento. Siente que las crías se relajan y pían algo más suave cuando quedan saciadas, lo que hace que pasen más desapercibidas en el entorno. Bosteza tan relajado y a la vez con tanto ímpetu que le cruje la mandíbula y se le taponan los oídos. La reacción habitual en él sería intentar quitarse el taponamiento de inmediato, pero siente que en ese momento le beneficia, porque le aísla, y eso le permite concentrarse en la perfección de ese nido.

Quim tiene otra visión del entorno; se fija en un hormiguero pequeño que tiene delante. Alrededor de él hay pocas hormigas, apenas media docena, y ve que dos se pelean por la cáscara de un piñón, mientras que el resto las rodea e incluso parece jalearlas. Esta visión le incomoda, así que, de forma impulsiva, se levanta y arrebata la cáscara a las hormigas para, a continuación, lanzarla con resentimiento lo más lejos que puede.

El primero se reincorpora cuando Quim le quita la espalda de

repente y rompe su hermetismo preguntándole por el plan que van a seguir.

Los dos empiezan a buscar rastros de piñas por los alrededores, esperanzados. Habían dado por hecho que ninguna contenía piñones, pero al ver la cáscara tienen una prueba de que es posible hacerse con otro alimento que les pueda solucionar su estancia prolongada en el bosque.

—¿Las hormigas tenían buena pinta? —bromea Mati, con un ojo guiñado porque se ha hecho daño al quitarse la última legaña—. ¿Estaban jugosas?

—Podemos volver a por ellas —le responde el otro joven siguiéndole el juego—. En cualquier caso, soy más de cazar sabandijas.

—El director ha conseguido que eche de menos la comida del internado —comenta Mati mientras revisa el interior de una piña que ha encontrado en el suelo.

—¿Era mala? Yo no la llegué a probar —le pregunta el novato mientras mira entre los matorrales.

—Sí, pero no les culpo. Es difícil preparar comida rica para tanta gente.

Quim está a punto de preguntarle cuál es su comida preferida, pero un ruido capta su atención. Mati hace el amago de seguir hablando, pero este se lo impide haciéndole un gesto de silencio.

Los dos descienden por una brusca inclinación del terreno. Hacia la mitad, descubren a una persona moviéndose a trompicones entre las pendientes. Cada uno se esconde detrás de un árbol.

—¡Es Rei, es Rei! —exclama Mati, que se arrepiente al instante de haberlo dicho tan alto.

—¡No grites! —le responde el otro haciendo aspavientos.

Se acerca a Mati y lo sujeta del brazo. Ambos observan a Rei desde una distancia prudencial. Acuerdan adelantarlo por una

zona exterior, siguiendo con cautela sus pasos, algo complicado por el crujido de las ramas del suelo. Se suben a una roca, que se topa con la trayectoria de Rei.

—Fane no está con él. Ni Jonás —susurra Quim.

—Es muy raro...

Rei pasa por debajo de la roca. No le da tiempo ni a mirar —pese a que se pone en alerta unos instantes antes de percibir un movimiento sospechoso— cuando Quim se le abalanza desde lo alto. Los dos caen al suelo. Rei da golpes al aire, pero son inútiles. Ni siquiera ha reconocido a su agresor, que le inmoviliza colocándole muy rápido las manos en la espalda y la cabeza contra el suelo.

—¡Rápido! ¡Tu jersey! —le pide Quim a Mati.

Rápidamente le ata las manos con la prenda y se hace con otra para vendarle la boca. Rei mueve los pies e intenta hablar. Mati mira con desaprobación al asaltante.

—¿¡Es necesario!? —grita el chico, que sorprende a Quim con un empujón. Tiene la tentación de liberar a Rei, pero por el momento decide controlar su impulso.

Ahora Rei oye con claridad la voz de Mati. Le había parecido verlo, sentirlo cerca, pero le costaba tanto creer que estuviera involucrado en esa emboscada que prefirió negárselo hasta estar seguro.

Los alumnos empiezan a sentir el deterioro causado por el bosque, algo similar a la demencia, en el que las facultades —como la memoria o los razonamientos, antes sencillos— se ven drásticamente reducidas.

—¡Tenemos que protegernos, Mati! —Quim le devuelve el grito y el empujón—. ¡Es una amenaza! —exclama con más fuerza.

—¿¡Y no hay otra forma de hacerlo!? —insiste el chico, que se tapa la cara, superado por la rabia y la desesperación.

Quim levanta a Rei y lo mueve a empujones ladera abajo.

Antes, se dirige por última vez a su aliado:

—Sabes que no podemos fiarnos de él...

6

Secuestro

Fane se despierta delante del portal. Ha amanecido con lluvia, que cae sobre ella en forma de pesadas gotas. Cada una se siente como un impacto incómodo que anima a cubrirse de inmediato. Abre los ojos, se levanta y corre hasta el árbol más grande que ve, para que la proteja. Desde allí, busca a Rei con la mirada cerca del portal, bajo otros árboles o asomándose por los alrededores. Pero no está.

La confusión se apodera de ella, más aún cuando ve el revólver de su amigo al lado del portal, en el lugar donde se suponía que él estaba durmiendo. Se acerca hasta el arma, igual de empapada que el resto del ambiente. Su compañero también ha dejado la botella de agua que les quedaba.

Examina el revólver, mientras la lluvia, cada vez más constante y fuerte, cae sobre ella. En el tambor sigue la bala que le quedaba al Pistolero. No quiere pensarlo más, pero por unos instantes se le pasa por la cabeza que Rei podría haberlo utilizado igual que aquel hombre, tal vez superado por las circunstancias.

Sabe que nunca ocurrirá. Además, el cuerpo estaría tendido junto a la pistola. Pero las anomalías de este bosque y del portal que tiene delante hacen que no pueda evitar ese tipo de pensamientos funestos.

También sabe que si Rei hubiera querido volver al internado, se lo hubiera dicho. Nunca la hubiese dejado sola, igual que ella tampoco le dejaría solo. Durante un instante, esta certeza

la reconforta. Sin embargo, rápidamente el temor y la inseguridad se apoderan de ella, que se echa a llorar, tapándose la boca lo mejor que puede para minimizar el ruido. Cualquier sonido podría ser un reclamo para los posibles peligros del bosque.

Se obliga a ser racional. Puede que Rei haya cruzado el portal y sea incapaz de volver. Porque no puede o porque tras él se oculta un camino mortal. Todas las respuestas la conducen hacia el mismo destino, del que Fane es consciente antes de que desapareciera Rei. A veces, los presentimientos son tan reales que no hace falta un desencadenante para saber qué es lo correcto y qué no.

Pase lo que pase, la decisión es muy dolorosa. No puede volver sola al internado sin luchar. Sin encontrar respuestas. Sin dar el salto que, en el fondo, sabe que debe dar.

Entre los árboles y la lluvia, busca la rama más recta y fina. Hay una diferente a las demás, sin la corteza resquebrajada, que parece ser impermeable. La arranca con cuidado. Bebe la poca agua que le queda y se guarda la pistola en la parte trasera de la falda. Con el índice, comprueba que el seguro está echado y, arrodillada, dibuja una erre en el suelo con la rama especial.

El primer contacto de los otros alumnos con el portal fue progresivo: hicieron pruebas y quisieron entender la naturaleza mágica de lo que tenían delante. Fane, en cambio, se hunde en él como si fuera un ejercicio espiritual que formara parte de la experiencia completa en la que, sin poder evitarlo, se ha visto involucrada. Es una conexión que jamás ha experimentado, como si su mente y su cuerpo se separaran en entes diferentes y el exceso de luz fuera lo único que pudiera sentir mientras mantuviera la consciencia.

Así se sumerge en el recorrido de los cuadrantes del bosque.

La erre se desvanece poco a poco por la lluvia. Primero

pierde consistencia, luego se desdibuja e, inevitablemente, termina por desaparecer entre la tierra hasta que alguien vuelva a ese punto y, con esmero y cariño, dibuje otra vez una letra que simbolice aquello por lo que merece la pena vivir.

El nuevo grupo —con Rei maniatado y amordazado— ve anochecer sin haber entablado conversación. Se han sentado en uno de los límites del cuadrante, donde los árboles gruesos están tan juntos que ni un ratón recién nacido pasaría entre ellos. Las ramas han crecido como si estuviesen sincronizadas para abrazarse y, en algunos puntos, las raíces se levantan del suelo para formar, en apariencia, estacas afiladas.

No se han topado con los límites de sopetón. Según avanzaban en la caída, los árboles se acercaban cada vez más, a modo de advertencia, hasta que aparecían los más grandes y fuertes. El cambio ha sido progresivo, revelando que ese camino no conducía a una salida. Pero ninguno se anima a decirlo. Es difícil acertar y la tensión les obliga a hablar solo de lo necesario.

Mati se esfuerza por ver qué hay más allá de la barrera a través un pequeño resquicio entre los troncos, pero lo único que descubre son más y más árboles, repetición de lo que han encontrado hasta ahora.

Le han dado a Rei pequeños sorbos de agua, sin llegar a destaparle los ojos. Les sorprende que no haya intentado mediar palabra con ellos. Se mantiene impasible en el suelo, atado a uno de los pocos árboles delgados que hay en el bosque. Su respiración hincha y deshincha el trozo de jersey

partido y deshilachado que le cubre la boca.

—Hemos hecho lo correcto. Mañana lo veremos todo con más claridad. —Quim rompe el silencio e intenta convencer a su compañero del peligro que Rei significa para ellos.

—No podemos movernos por el bosque con él atado. Nadie merece algo así —le reprocha Mati, angustiado, sin saber cómo gestionar la situación, consciente de que la respuesta de Rei, si lo desatan, será agresiva.

—¿¡Yo me merecía entrar en el bosque!?—grita él, que ha estado conteniéndose hasta ese momento—. Pensaba que íbamos a entrar juntos, que era un juego. Luego me vi solo, sin poder volver. Tapasteis el maldito agujero. Me pasé horas intentando encontrar la forma de salir... Yo soy el que no merece estar así.

Se mantiene tenso, con las venas del cuello hinchadas. Se arrepiente de confesarle lo que siente. No quiere victimizarse, solo luchar y castigar a los que le han humillado.

—Solo puedo pedirte perdón. También en su nombre... —dice Mati, al que le cuesta pronunciar esas palabras—. No pensábamos que la broma fuera a terminar así.

—Esto no es una broma. Una broma es echarme sal en el café. La verja es altísima. ¿Cómo pensabais que iba a regresar a la habitación? Jonás sabía que una vez entrara no podría volver por mí mismo. ¿Dijiste en ese momento que yo no merecía algo así?

Mati calla, ausente, centrado en sus pensamientos y en su culpabilidad. Hubo un año en el que planearon una situación similar con un alumno nuevo que, al final, no pasó de los seis meses en el internado. No salió bien porque tanto Fane como él se opusieron a la idea, así que Rei y Jonás no pudieron hacerlo porque necesitaban varias personas para cavar. El resultado fue el vacío por su parte durante días. Fane estuvo irreconocible todo ese tiempo, y Mati experimentó un nivel de soledad y

desprotección como pocas veces había sentido.

—Desearía volver atrás. Ahora lo veo desde otra perspectiva... Quiero que nos perdones, que Rei deje de sufrir y que esto termine —suplica con las lágrimas a punto de brotar de sus ojos.

Quim lo mira fijamente.

—El problema es: si me duermo, ¿le desatarás?

En realidad, ambos están exhaustos. Les cuesta aguantar con los ojos abiertos. Los tienen irritados por los cambios de humedad, viento y temperatura. Con cada parpadeo, sienten una quemazón repentina que hace que se les peguen como si los tuvieran untados con pegamento.

La confianza entre ellos se ha reducido a raíz del secuestro. Quim teme que Mati le traicione mientras duerme, que los dos se asocien para reducirlo, o algo peor.

Rei, que parece que se ha quedado dormido por pura debilidad, ni se inmuta. Le han destapado los ojos y la boca para que no se maree y pierda la conciencia. Duerme, pero de manera intermitente, ya que se desvela rápido debido a la incomodidad y a las arcadas. En los momentos de desvelo, procura hacerse el aturdido, para que no le presten atención.

Pese a tener la posibilidad de hacerlo, le cuesta hablar o centrar la atención en un único punto. No hace mucho que ha sufrido golpes fuertes por el traslado. Y aunque, como el resto, necesita descansar, su cuerpo se mantiene en un estado de semialerta que le permite enterarse de lo que sus compañeros quieren hacer con él.

Percibe a Quim como una representación de la maldad, ya que ha orquestado fríamente esta situación para atacarlo. A Mati solo le ve como un ejemplo de falsedad. Piensa en la cantidad de veces que le ha defendido de los ataques de otros compañeros o de las burlas de los mayores cuando estaba solo en la sala de juegos, algo que en La Liande se ve como infantil

y de inadaptado. Es un desagradecido.

Si Fane le preguntara, le diría que solo confía en ella. Ni siquiera en sus padres, a los que ha justificado toda la vida y que ahora reconoce que lo han abandonado a su suerte. Se ha criado solo y no necesita a nadie que le ayude. Eso le ha hecho fuerte y no piensa rendirse. Su objetivo pasa por ser astuto, mantener la calma y encontrar el momento perfecto para huir y reencontrarse con ella. Quiso ser el primero en arriesgarse a cruzar el portal para asumir los riesgos que conllevaba esa decisión. Al instante se arrepintió, pues se vio en un nuevo espacio desconocido del bosque, sin la posibilidad de volver. Sin su amiga. Y sin su pistola cargada, que tanto echa en falta.

En ese momento, le pareció que lo más lógico era pensar que, si en una parte del bosque había un portal, sería porque existían otros similares. Por eso quiso recorrer el nuevo cuadrante de madrugada, para perder el menor tiempo posible y encontrar uno que le llevara de vuelta con ella.

Se relaja. Es mejor que la cabeza pare de darle vueltas. Guarda silencio, con la idea de que Quim se quede dormido el primero y pueda convencer a Mati de que le desate.

Quim se deja vencer por el sueño, aunque lo hace con una piedra en las manos. Una herramienta no demasiado pesada que, en caso de necesidad, le sirva para defenderse.

Su amigo no está en mejores condiciones, pero tiene que lograr encontrar un momento a solas con él. Es consciente de la oportunidad con la que cuenta y logra aguantar dándose pequeños pellizcos en los muslos.

Rei y Mati se miran sin complicidad.

—¿No vas a ayudarme, Matías? —le pregunta Rei mientras se remueve sobre la arena para conseguir una posición más cómoda.

La última vez que Rei le llamó «Matías» fue hace tres años. Él y Jonás se colaron en Secretaría durante la clase matutina de

educación física. A escondidas y desde el megáfono de la Dirección, citaron a Mati para ir a la sala de llamadas. Este esperaba que fuera una llamada de sus padres, porque solo ellos y el director se refieren a él por su nombre completo. Pensó que, a pesar de que siempre estaban ocupados, habían encontrado tiempo para hablar con él.

En el registro no vio ninguna llamada con su nombre, así que, algo extrañado, decidió ser él quien llamara, aunque eso le costara las pocas monedas que le quedaban de la asignación mensual. Después de varios tonos de espera, la respuesta de su padre fue cortante y seca. En un primer momento, ni siquiera reconoció el número del internado o la voz de su hijo, que, haciendo como si no pasara nada, improvisó unas preguntas rápidas de cortesía paternofilial. Ambos colgaron a la vez, sin saber muy bien a quién le tocaba ser el último en despedirse.

El camino de Mati hacia la clase fue lento y pesado. Hizo una parada en el baño, donde tiraba de la cadena o abría el grifo para que no le consumiera el silencio. Luego paseó por la parte exterior del patio, la que limita con el bosque en el que ahora está atrapado. Ahí agarró la verja de color burdeos con las manos y lanzó un grito desesperado hacia lo que por entonces no era ningún lugar.

Cuando volvió con el resto, el profesor le increpó por su ausencia, pero como no solía causar problemas, no derivó en un castigo que le machacara todavía más. Solo tuvo que unirse al juego de la vida eterna.

Jonás y Rei le pidieron airadamente que se sumara a su equipo, como de costumbre. Para ellos, la escapada a la Secretaría ya estaba olvidada. La prioridad pasó a ser que estuvieran todos unidos para ganar, pues es un juego de agilidad y estrategia en el que hay que estar muy concentrado.

Hay once casillas —distribuidas en dos filas de cinco, con una de ellas perfilada en rojo y una casilla extra al principio, a

modo de salida— pintadas en el suelo para cada equipo, formado por cinco integrantes. Lo normal sería que se dibujaran las líneas con tiza, pero en el internado se juega tanto que hay un campo delimitado para que no se pierda tiempo en la organización.

El terreno suele desgastarse rápido por las pisadas, pero se pinta con disciplina cada mes para que se mantenga en perfectas condiciones. De hecho, las clases de educación física suelen limitarse a practicar ciertos trucos y jugadas que se han ido perfeccionando con el tiempo.

En esas once casillas, de once metros cuadrados cada una y siempre numeradas, se reparten tres jugadores de un equipo y dos del otro; el juego consiste en que unos —los que están en superioridad numérica— tienen que huir y otros agarrar a los compañeros del equipo rival dentro de los cuadrados en los que esté permitido hacerlo. Para eliminar a un jugador no basta con tocarlo, hay que retenerlo, por lo que hace falta ser rápido y, sobre todo, tener buen rendimiento cardiovascular.

Los cuadrados válidos los determina el profesor: hace sonar un silbato impoluto y grita a continuación el número correspondiente a la casilla eliminatoria. Por tanto, hay que conducir a los rivales solo hacia esa zona; pero hay una excepción. Si dos compañeros del mismo equipo coinciden en cualquier momento de la partida en el noveno cuadrado —el que está perfilado en rojo— quedan automáticamente eliminados. Por eso es inteligente coordinarse y obligarlos a pasar a la vez por esa zona. Vence el equipo al que le queda, al menos, un jugador disponible en el campo propio.

En ausencia del profesor, durante los recreos algún alumno puede sustituirle, lo que promueve enfados y acusaciones de favoritismo. Por supuesto, siempre que juegan juntos, Jonás y Mati se colocan en los cuadrados de los enemigos para ser ellos los que pillen. Saben que es inútil gastar fuerzas en intentar

alcanzar a los rivales en las áreas validadas por el profesor, por eso se centran en acorralarlos de manera que coincidan en la novena casilla. Mientras, esperan que sus compañeros, que tienen que evitar que los pillen, sean esquivos y cumplan con su función. En ese bando suelen estar Fane y Rei, que saben darse las indicaciones oportunas para no coincidir nunca en el cuadrado eliminatorio.

Ese día, Mati ganó la partida por los demás. Pese a su flaqueza, fue más rápido que nunca. Incluso más que los otros dos chicos. Agarraba y por nada del mundo soltaba y hacía quiebros perfectos que provocaban que los contrincantes cayeran en el cuadrante que él quería. El equipo, eufórico, se acercó para celebrarlo con él. Entre aplausos y felicitaciones, él se limitó a secarse el sudor, mientras miraba ausente en dirección al bosque. Por unos instantes, deseó sumergirse en él para sentirse protegido, aunque fuera el lugar menos indicado.

Y ahora camina hasta el árbol en el que está atado su compañero, al que mira desafiante. A continuación, coge la piedra redonda con la que Quim pretende protegerse y se la lleva hasta su sitio para dormir con ella. Desde que le ha llamado Matías, Rei ha perdido su oportunidad. El dolor del recuerdo le ayuda a tomar la decisión: si alguien se tiene que proteger es él, tanto de Rei como de Quim.

7

La luna

La joven descansa sobre una de las rocas que hay cerca del manantial. Ha bebido toda el agua que ha podido hasta saciarse, y le han entrado dolores por la velocidad y la ansiedad con la que lo ha hecho. Mientras se repone, aprovecha para meditar, para reencontrarse consigo misma después del impacto que le ha supuesto pasar al primer cuadrante. También se permite sentir angustia, por si el bosque supone el final, y siente una tristeza que identifica como duelo en la que prefiere no ahondar, pues no podría soportar la idea de que algo le hubiera pasado a Rei. En cuanto al resto de sus amigos...

Ni siquiera se ha detenido a analizar el funcionamiento del portal. No ha comprobado si se puede volver a través de él. Solo ha hecho un tímido intento de avanzar entre los árboles, pero el temor a desorientarse en el bosque la frena.

En ese espacio abierto se siente bastante cómoda. Podría quedarse en él. Se ha sentado a esperar, como quien acepta que la lucha por la supervivencia tiene límites. Nunca había pasado tanto tiempo en el exterior, rodeada de naturaleza. Algo dentro de ella le insinúa que se podría adaptar a este tipo de vida. Si va un poco más allá, incluso se atrevería a preguntarle a Rei si comparte esa sensación. Eso si vuelve a verlo, claro.

Solo rompe su armonía alguien que se abre paso a lo lejos. Su intuición le recomienda que se esconda tras la piedra en la que está sentada, y desde allí observa con atención para averiguar si se trata de una amenaza. La figura se mueve

tambaleante, y Fane alcanza a ver sus heridas ensangrentadas, pero no consigue reconocerle.

Después de unos pasos, Jonás no aguanta el peso de su cuerpo y termina por desplomarse cerca del manantial, sin llegar a tocarlo. La chica corre para comprobar si es él. Va a la máxima velocidad que le permite su cuerpo y las medias que ya tiene prácticamente rotas. Nota que le fallan las fuerzas al dar unas zancadas, pero no deja de avanzar hacia él.

A los pocos metros confirma lo que intuía: pese a la suciedad y a la pérdida de peso que presenta Jonás —algo sorprendente por el poco tiempo que llevan ahí dentro—, es evidente que ese bosque funciona con reglas distintas a las del mundo que conocen. Se abalanza sobre él para reanimarlo, aunque sin saber cómo hacerlo.

Arrastra su cuerpo inconsciente hasta el manantial, y allí le moja la cara e intenta darle de beber. Observa que tiene uno de los puños cerrado con fuerza, como si estuviera protegiendo algo. Le abre la mano con dificultad porque, pese a estar débil, opone resistencia, y descubre que lleva restos de la escolecita que vio con Rei y Mati en el pozo. Se pregunta si él pasó por ahí y si la lleva desde entonces. Pero no entiende por qué.

Al notar las gotas deslizándose por su garganta, el joven tose y vomita en el acto. Fane lo inclina y, tras esperar unos segundos, se esfuerza para que beba algo más. También trata de limpiarle los restos de sangre que parecen pertenecer a otro cuerpo, cuyas manchas se concentran en el pecho y en el cuello, donde no tiene ninguna herida abierta.

Le acaricia el pelo, desconcertada. Jamás le había visto tan vulnerable. Siente su fragilidad, lo que la enternece y bloquea los sentimientos de odio que le provocó su abandono.

La noche está al caer y le preocupa tener que cuidar de él desde una posición tan expuesta. Por eso decide animarle a gatear hasta que llega a la zona que le indica, detrás de la roca.

Le cuesta, pero Jonás, al fin, apoya la espalda en ella y se queda dormido.

Fane, en cambio, es incapaz de dormir. Se remoja los pies en el manantial, hasta los gemelos, y apoya las manos en las rodillas. No está en guardia ni pendiente de lo que sucede a su alrededor. Ese instante contrasta con todo lo vivido hasta el momento. Solo lo interrumpe de vez en cuando para comprobar que su compañero no ha despertado y ha huido, como pasó durante la primera noche con el director.

La suciedad de Jonás le hace reflexionar sobre la suya y en lo poco que ha valorado el acceso a la limpieza diaria a lo largo de su vida. La existencia de agua caliente. Del jabón con aroma a lavanda.

Evoca el olor y con los ojos cerrados, como un animal hambriento que huele un asado, avanza dispuesta a alcanzarlo. Mete todo el cuerpo en el manantial, excepto la cabeza. Lo hace sin que salpique demasiada agua y sin perder en ningún momento la sensación de picor en las orejas que le transmite ese olor que, en el fondo, sabe que es producto de su imaginación.

Bracea y se pasa la mano por el pelo, frotándolo para intentar lavarlo. Es una experiencia que va mucho más allá de los baños aburridos y monótonos del internado. El olor a lavanda es su escapatoria. Por eso es básico tanto en el internado —donde tiene a una persona de confianza que se lo consigue— como en el manantial.

Por la noche, con el brillo de la luna, aparece una luz azul en la parte más profunda de la fuente. Fane la descubre cuando desaparece por completo el olor a lavanda que ha creado en su mente. Despierta. Lejos de querer volver a la orilla, se queda mirando la fuerte y constante luz que proviene del interior.

Jonás grita desorientado. La chica lo oye desde el agua. Ve que se incorpora. Ha pasado tiempo desde que lo recogió

desfallecido y, como era previsible, lo primero que hace es abalanzarse sobre el manantial para beber. Tanto que se descontrola en el movimiento y mete la cabeza y el cuello enteros.

Fane bracea con fuerza hasta la orilla, con la intención de evitar que Jonás se sumerja del todo y termine por ahogarse. Se siente responsable de él.

Ya fuera del agua, lo reincorpora e intenta intercambiar las primeras palabras con su compañero.

—Comida —pide el chico, al que le cuesta mantenerse en pie.

A Fane le quedan algunas moras de las que recogió con Rei en el limbo, así que le ofrece tres para que coma algo. Ha visto hongos cerca de ella, pero no sabe si son venenosos.

—Hay un loco —dice él. Le cuesta masticar.

—¿Dónde, Jonás? ¿Dónde hay un loco? —Fane mira a su alrededor preocupada y teniendo en mente al Pistolero, que es lo más parecido a un loco que ha visto en su vida.

—En las tumbas —responde, desvaído.

—¿T-Tumbas? ¿D-Dónde hay tumbas? —pregunta sin estar segura de querer conocer la respuesta. Los cementerios siempre le han producido un pavor desmedido, aunque nunca haya estado en uno.

—Más adelante. Creo que el Loco ha muerto. Creo que se ha caído. No vendrá más a por mí. —Le cuesta mantener la mirada de su compañera, cada vez más temerosa de lo que le está contando.

Fane se toma un momento para tratar de entender la situación y así vuelve a la pregunta que le surgió cuando vio, de cerca, la luz al fondo del manantial. ¿Es posible que sea el portal que conduzca hasta el siguiente cuadrante del bosque?

Un grito lejano rompe el sueño de Quim, Mati y Rei. Los tres responden con un primer movimiento impulsivo, basado en sus preocupaciones de la noche anterior.

Quim se protege la cabeza, condicionado por la sospecha de que los otros dos intenten atacarlo mientras está con la guardia baja; Mati aparta la piedra redonda que le ha quitado a este, y a la que ha dormido abrazado, para que al verla no piense que pensaba usarla contra él; y Rei se apresura a tapar los restos de orina que se ha hecho encima durante la madrugada. Lo hace removiendo la tierra con los pies para que no se aprecie a simple vista.

Todavía sentados, ven acercarse la figura de un hombre vestido con el uniforme de La Liande. Demasiado mayor para ser alumno, pues es canoso y con barba larga. Se mueve descoordinado, lo que les asusta todavía más.

—¿¡Quién es ese!?—grita Mati, que sujeta el brazo de Quim a modo de advertencia.

—¡Viene a por nosotros! ¡Levanta! —le exige este, que espera en posición de defensa la llegada del hombre, que no es otro que aquel del que Jonás está hablando con Fane.

Se arrinconan en el límite del cuadrante, apretados contra los gruesos árboles. Mati se fija en su amigo, atado y desprotegido, así que decide llamar la atención del extraño para que no se acerque a él. El hombre no se fija en Rei ni en los métodos de distracción de Mati y se abalanza sobre Quim para estrangularle. Su agresor no vocaliza con claridad, solo emite quejidos. Está magullado y tiene heridas abiertas por todo el cuerpo.

—¡Quítamelo, Mati! ¡Ayuda! —grita mientras se esfuerza por apartarlo, pero la sorpresa ante el ataque repentino le resta fuerza para defenderse.

La apariencia del atacante intimida al chico, que no termina de atreverse a agarrarle. Quim se protege el cuello y lanza patadas al estómago del extraño. Entre los balbuceos que emite, se da cuenta de que en dos ocasiones le dice: «No sé nadar».

Mati decide desatar a Rei para que les ayude. Lo hace apresurado y sin reparar en las posibles consecuencias. El hombre ve lo que está haciendo y suelta de inmediato a Quim para ir a por ellos, pero se tropieza con un saliente y, atónitos, observan que le cuesta demasiado incorporarse. Durante ese tiempo, el otro chico recoge la piedra redonda del suelo y se la lanza a Quim, que la recibe, la aprieta decidido entre las manos y asesta un golpe con ella en la cabeza al hombre, que suelta un berrido y comienza a tambalearse sin control.

Da pasos hacia atrás, intentando mantener el equilibrio, hasta que queda arrinconado en el límite del cuadrante, algo que aprovecha Quim para darle una patada a la altura del estómago que provoca que termine ensartado en una de las raíces con forma de estaca. El hombre echa sangre por la boca mientras balbucea. Intenta hablar, puede que para emitir un mensaje coherente, pero llega un momento en que no es capaz de abrir la boca. Con las manos no acierta a separarse de la estaca clavada y, al fin, queda atrapado e incapacitado para liberarse de su agonía.

Se hace el silencio y un pitido resuena en los tímpanos de Quim. Se tapa los oídos para intentar calmarlo y, cuando lo consigue, empieza a toser sin control, hasta que Mati se acerca a ayudarlo.

Cuando se le pasa la tos, se tumba. Mientras, su compañero atina a ver una última imagen de Rei huyendo ladera arriba.

No haberle escuchado ni percibido durante la lucha le ha dado pistas de lo que iba a suceder. Por eso no se sorprende. Ni se inmuta. Solo reconoce y acepta el error que cometió al atarlo. Él también se tumba.

Ambos están magullados y desplomados en el suelo. Se hunden en la tierra, que les cubre parte de los tobillos y las manos. Jadean, quieren recuperar el aliento antes de hablar. Saben que en cuanto se levanten verán el cuerpo clavado del hombre y el jersey con el que tenían atado a Rei tirado por el suelo, ya inutilizable, por los restos de tierra, humedad y orín que acumula.

—Está muerto —dice Mati reincorporado, viendo que el torso del hombre está caído, sin vida, sobre la estaca, cuya punta tiene restos de vísceras y sangre.

Quim trata de digerir lo que acaba de hacer. Sabe que no tenía otra opción. No le afecta el hecho de la muerte como tal, pues la vida de ese desconocido le resulta indiferente. Es el haberla provocado de manera directa, con sus manos, las que ahora apoya en la tierra para que le ayuden a levantarse.

—Creo que me quería decir algo —sugiere Quim mientras se limpia las manos en los pantalones, ya de por sí manchados—. Me ha parecido entender que no sabía nadar. Aunque puede que solo sean imaginaciones mías... —continúa sin querer aludir a la huida de Rei.

—No te quería decir nada. Te quería matar. Igual que a mí. —El joven trata de reconfortarle.

—Estaba consumido. Y alguien así puede decir cualquier tontería, pero tengo la sensación de que eso tenía un significado especial para él.

—¿Nadar? ¿Qué más le daba no saber nadar aquí? —pregunta Mati, que cree que Quim está provocando esa conversación para olvidarse de lo que ha hecho—. Echaría en falta bañarse en el manantial... En ese caso, son unas últimas

palabras bastante raras —continúa en tono irónico para intentar hacerse fuerte ante la presencia de un cadáver y para camuflar que él también está huyendo de una conversación importante—. El año que entré en La Liande había una profesora que nos cantaba una nana. En esa época yo tampoco sabía nadar y en sus estrofas encontraba el ánimo para aprender a hacerlo. La canción hablaba de la luna, una luz y un manantial. —Hace una pausa. Sus propias palabras le crean confusión—. Una luz y un manantial... —repite susurrando.

La voz de la maestra resuena en su cabeza. Ya por entonces sentía que, cuando ella cantaba, llevaba un tempo acompasado con el latido de su corazón. Era especial para ellos porque conseguía que los elementos que aparecían en sus canciones les gustaran, provocando que los niños pequeños no se quisieran ir a dormir para ver la luna o que dibujaran constantemente lagos donde aparecían bañándose, o luces que te hacían progresar en tu historia...

Llama a Quim, que sigue absorto en sus pensamientos. Ni zarandeándolo consigue que le preste atención, por eso le grita.

—¡Quim! ¿Me dejas que te cante una nana? —le dice más alegre de lo que la situación permite. Guarda las manos en los bolsillos para ocultar su estremecimiento.

Su ánimo impostado choca con la seriedad de Quim, que le mira malhumorado.

—¿Crees que después de soltar a Rei estás en situación de vacilarme? —le pregunta este mientras hace el amago de levantarse amenazante.

—¡Desaté a Rei para que nos ayudara! ¡Ya tendremos tiempo de hablar de eso! —le grita fuera de sí—. Ahora necesito que escuches la nana que nos cantaba la profesora de primer año, por favor —le pide juntando la palma de las manos. Acto seguido se da cuenta que todavía le tiemblan y que le resulta imposible controlarlas.

Quim la escucha con desgana. Hay tantos peligros que no sabe cuál afrontar primero. Ni siquiera cómo gestionar que Rei esté suelto y que se pueda juntar con Jonás, que también está en ese cuadrante.

—¿Qué te parece? —le pregunta.

—¿El qué?

—La nana... ¿No la has escuchado? —Mati se mueve ladera arriba y señala al punto más alto—. Creo que la canción se refiere al próximo cambio de cuadrante.

—Permíteme que lo dude. Tu profesora no ha estado aquí. ¡Hubiera muerto! —replica Quim mientras se levanta—. Que es lo mismo que nos pasará a nosotros si estamos pendientes de estupideces.

Se cubre el rostro con las manos, desmoralizado.

—Dame una oportunidad. —Mati le aparta las manos de la cara—. Si no es como digo, buscaremos otra salida. Pero hay que probar —continúa, con la mirada de nuevo en la ladera.

—Más vale que estés en lo cierto. No podemos perder el tiempo. ¿Qué tenemos que hacer? —Hasta que se le ocurra una idea mejor, Quim delega la responsabilidad en Mati.

Rei sube la ladera lo más rápido que puede. La rabia le da fuerzas para no frenar, aunque sienta pinchazos en el estómago y crujidos constantes en los brazos y en el cuello por haber pasado tanto tiempo atado. Lo que más le hiere son los pantalones empapados por el orín, que hacen que no pueda olvidar lo que ha vivido con Quim y Mati. Además, debido al clima del bosque, costará que se le terminen de secar. Siente

odio, quiere desahogarse, pero sabe que jamás se lo podrá contar a nadie. Es el tipo de humillación que no se olvida en La Liande.

Echa de menos a Fane y está resentido con Jonás por abandonarlos. Ese hombre que les ha atacado le ha asustado tanto que ha agradecido no tener que pelear con él. Se ha sentido tentado de hacerlo con Mati cuando ha visto que se acercaba para desatarlo, pero ha tenido la suficiente sangre fría de guardar silencio y respirar hasta verse liberado. Solo ha mirado atrás un momento y ha sido para ver el rostro de su antiguo amigo mientras se alejaba. Ha querido hacerle todo el daño que no le ha hecho años atrás, pero con el hombre fuera de sí y Fane desaparecida, sus prioridades estaban claras.

No está orgulloso de su comportamiento, pero cree que ha demostrado inteligencia ante una situación tan exigente. Los profesores siempre le han reprochado que está anclado en la mediocridad, que rechaza todo su potencial y que la falta de esfuerzo le condena a una vida sin aspiraciones. Son palabras a las que resta importancia delante de los demás, pero por dentro le influyen y le duelen.

Atardece. Comprueba la hora en el reloj que le regaló Fane. Acaricia el cristal para retirarle las motas de suciedad. Está en malas condiciones, pero conserva el brillo y sigue dando la hora a la perfección. Ese es su objetivo, y lo cumple.

Él tiene también un compromiso. Acordó con Fane que el que entrara primero tendría que reunirse con el que se quedara. Por eso no va a descansar hasta que la encuentre. Sigue su camino.

Fane planifica mentalmente la noche para explorar el portal de lo más profundo del lago cuando se retire el sol. Lamenta no haber aprovechado la oportunidad que tuvo para investigarlo, pero Jonás se despertó afligido y fue incapaz de dejarlo solo.

Sabe, incluso, que esa decisión le ha supuesto un día de retraso. Y no quiere perder más tiempo. Sobre todo cuando ya ha decidido que va a avanzar en las condiciones que sean necesarias. Concentra las dudas en otros asuntos, como en si Rei ha cruzado, como sospecha —pues él pasó de noche y podría haber visto el portal desde un primer momento— o en los futuros peligros que pueda encontrarse. Pero está dispuesta a digerir la experiencia en el bosque con resiliencia y decisión.

Ha pasado todo el día distraída recogiendo más moras como las que comió ayer con Jonás, quien ya está despierto y mucho mejor de lo que se podría prever, pero distante con ella. Aunque ella lo desconozca, Jonás tiene el orgullo dañado. Su experiencia en las catacumbas le ha generado inseguridades que intenta reparar. Le cuesta dormir y ni siquiera recuerda haber hablado con ella del Loco o de las tumbas. Tiene imágenes borrosas de lo que ha vivido, y eso le provoca una angustia que transforma en distancia.

Ni siquiera le ha dado las gracias por rescatarle. Solo sujeta entre las manos la moneda de plata limada y cierra los ojos, reflexivo. También custodia en sus bolsillos las piedras para hacer fuego que encontró en las catacumbas y que no sabe si le pueden servir de ayuda en el futuro.

—¿Dices que el segundo cuadrante está ahí abajo? —levanta la voz Jonás.

—¿Cuadrante? Llámalo como quieras. Para mí es la salida y tal vez el lugar donde se encuentra Rei —responde seca Fane, que lo mira con gesto de desaprobación—. ¿Vienes o te quedas? No voy a seguir pendiente de ti.

—Yo no te pedí que me ayudaras.

—De hecho, sí. Me pediste comida. Y te la di después de que te fueras sin avisar el primer día. —Fane está cada vez más molesta—. No sé si lo sabes, pero el director murió en una trampa... Y puede que tú seas el que más culpa tiene de todos nosotros —termina y se mete en la boca una de las moras que ha recogido.

—¿Yo? ¿Por qué? —pregunta él, que se ha levantado—. Me fui para evitar ese tipo de problemas. Había que estar chalado para quedarse allí —dice riéndose con chulería—. Parecíais un grupo de *scouts* cutre.

—Esos *scouts* eran tus amigos, pero ya veo que te da igual.

Fane se aleja y se dirige a la otra punta del manantial. Quedan pocos minutos para que se ponga el sol. Mira con nostalgia el horizonte, por si es la última vez que lo ve.

Mientras tanto, Jonás guarda sus pertenencias en los bolsillos. Parece que también ha decidido sumergirse en el manantial para comprobar si la chica tiene razón y hay un portal similar al que encontraron en el limbo gracias al mapa.

La espera se dilata. Jonás se impacienta. No retira la mirada del manantial, y en su cuerpo empiezan a aparecer tics, como en los párpados y en las manos. Mientras, ella respira hondo con los ojos cerrados, con la intención de que los segundos que pasan lo hagan a su favor. Se llena de paciencia e intenta retomar el control de la situación. Como dicen, en ella está la virtud.

Se oculta el sol. Pero el portal no aparece.

—¿Otra vez en los mundos de Yupi, Fane? —le grita el joven desde el otro lado del manantial.

Jonás siempre se ha reído de ella por meditar. Esas burlas llegaban siempre en el momento más inoportuno, cuando Fane experimentaba un pico de estrés que le exigía recurrir a esto para relajarse. Sin embargo, ahora no va a dejar que la desconcentre. Es algo que le ha permitido durante mucho

tiempo, pero ya no está dispuesta a seguir consintiéndolo.

Por fin, la luz azul se enciende y se intensifica en el fondo del manantial. Acostumbrados a la oscuridad, les revitaliza ver el bosque iluminado. Los dos se preparan para lo que van a hacer. Pero un grito les reclama.

Rei acaba de terminar de subir la cuesta. Se apoya en un árbol para darles tiempo a que comprueben su identidad. Pero es innecesario. Ambos lo reconocen de inmediato y Fane corre hacia él para recibirle. Jonás hace lo mismo, aunque camina a un ritmo más pausado, sin perder de vista la luz del manantial.

Con cada zancada que Fane da hacia Rei, esta pasa por una emoción diferente, que va desde la sorpresa al descubrirlo hasta el miedo de que esté herido; la ira hacia quien le haya podido causar dolor y la alegría de saber que podrá, a partir de ahora, contar con él.

Rei se aparta de Fane cuando ella está a punto de abrazarlo. Le pide que frene. Tiene miedo de que, al tocarle, sienta el olor o la humedad del orín. Improvisa una excusa.

—¡Manteneos lejos! —grita apurado—. Creo que me he roto una costilla.

Jonás llega con parsimonia hasta él. Hace el gesto de querer darle un apretón de manos, pero en ese momento Rei mira a Fane a los ojos y ve en ellos el rechazo que siente por su acompañante. Su reacción es apartarle el brazo de un manotazo.

—¿Y a ti que te pasa? —pregunta este ofendido—. Estáis un poco raros —dice con sorna.

—He dicho que no te acerques —le responde Rei muy serio.

Fane le da un abrazo repentino, saltándose sus indicaciones y cortando de golpe la conversación con Jonás.

—Hemos encontrado la forma de salir de aquí. Hay otro portal al fondo del agua —anuncia con la voz temblorosa por la emoción.

—¿De verdad? —Rei apoya, derrotado, la frente en el hombro de Fane—. Perdona por haberme ido sin avisar...

—¿A él le perdonas que se vaya sin avisar y a mí no? —interviene Jonás, con intención de provocarle.

—¡Cállate, Jonás! —responde de inmediato Fane, con la paciencia al límite.

Rei no reacciona. Se siente vulnerable. Quiere hablar a solas con su compañera, pero ambos necesitan tener a Jonás de su lado.

—Mati y el chico nuevo están aquí. Me han tenido secuestrado desde que entré. —El comentario cae como una bomba, que rompe con la marea de sensaciones de Fane y con la calma de Jonás, que tensa los músculos de manera inconsciente.

—¿Mati? ¿Está aquí? ¿Con Quim? —A Fane se le acumulan las preguntas, mientras que a Jonás le cambia el gesto y momentáneamente se olvida de los dos que tiene al lado.

—¿Dónde están? —pregunta él al tiempo que se coloca entre ellos—. ¿Qué dice el chico nuevo? —continúa. Ahora se dirige a Fane—: Tenemos que darnos prisa, o corremos el riesgo de que el portal desaparezca.

—¿Han sido ellos quienes te han roto la costilla, Rei? —grita ella, incapaz de controlar el volumen de su voz—. ¿No vamos a buscarlos? —pregunta, pero Jonás niega con la cabeza, consciente de que en el bosque Quim puede ser un peligro para él.

—Voy a seguir. No deberían ser mi problema ni el vuestro —dice mientras se aleja de ellos.

Jonás nota que Rei está en shock. Cree que no es el momento de avasallarlo con preguntas, pues eso solo aumentará su agobio. Lo mejor es avanzar, dejar que se recupere y que más tarde les dé la información que tiene.

Fane y Rei se dan la mano. Van a saltar al manantial juntos.

Jonás es el primero en hacerlo, no sin antes comprobar que todo lo que lleva en los bolsillos sigue allí.

8

Ascenso

Los tres amigos reposan sentados y empapados sobre el terreno árido del nuevo cuadrante. Han accedido a él desde una pequeña charca, que conecta a través del portal con la gran superficie de agua.

La respiración se les entrecorta por el esfuerzo que han hecho para bucear. También sienten que les cuesta llenar de aire los pulmones. Necesitan mantener la boca abierta para no experimentar la sensación de ahogo.

Están ante una extensión minúscula de terreno en comparación con el limbo y el primer cuadrante. En este hay árboles gigantes, casi infinitos en altura, muy ramificados y conectados entre sí, como si fueran telarañas. Jonás se encarama a uno para comprobar su resistencia. Parecen secos pero fuertes y aguantan su peso sin problema. Fane intenta ocultar su decepción para no condicionar a Rei. No sabe si esperaba una salida, un nuevo mundo o regresar al pasado. Pero creía que habría mucho más en el segundo cuadrante, pues este la intimida y no soluciona ninguno de los problemas que han tenido hasta el momento. Mira al cielo y se siente abrumada por la altura de los árboles. Para ella es milagroso que no se hayan torcido o caído con la cantidad de años que habrán necesitado para crecer tanto. Se plantea si están protegidos por algún tipo de fuerza que desconocen, como la que ha originado los portales.

Tras explicarle a Fane que no pueden volver por donde han

accedido, Rei mira hacia la entrada preocupado, consciente de que el chico nuevo puede aparecer y volver para hacerle daño. Por una parte, le gustaría que ocurriera. Se siente mejor, capaz de enfrentarse a él, aunque teme que, llegado el momento, la humillación que ha sufrido le deje huella y le paralice.

Agradece que los tres se hayan sumergido en el manantial. Al empaparse los pantalones por completo, su color ha cambiado, es como si los hubieran lavado, y eso le permite dejar de preocuparse por si huelen o se aprecian manchas en ellos.

Jonás clava el pie derecho en la corteza de un árbol.

—¿Qué haces? —le pregunta Fane.

—Ir hacia arriba —responde él, que ya ha notado que algo del ambiente le provoca náuseas y sensación de vértigo. Además, quiere poner tierra de por medio con Quim. Le hubiera preguntado a Rei sobre lo sucedido, pero su actitud le genera confusión.

Rei siente flaqueza y escalofríos. Le cuesta levantarse.

—¿Vas a trepar? —pregunta mientras se acerca a la charca a beber un poco de agua y lavarse la cara.

Jonás avanza sin responderle, con el torso pegado al tronco para que no se le cansen las extremidades. Ambos se fijan en cómo lo hace, pues Fane solo se considera hábil para nadar, y Rei lo hace de una forma mucho más brusca, sin técnica.

Él se acerca a Fane mientras Jonás se agarra a la primera rama, aprovechando el momento a solas.

—El chico nuevo es peligroso. No nos podemos quedar aquí —le susurra—. No comparto las prisas de Jonás, pero ahora mismo parece la opción más inteligente —continúa mientras se pregunta cuál es el árbol más fácil de subir, para proponérselo a Fane.

—Pero ¿para qué vamos a trepar? —le pregunta ella, que no entiende lo que pretenden conseguir subiéndose a los árboles.

—Puede que la salida esté arriba —le dice mientras él

también clava el pie en la corteza de uno de ellos—. Treparemos uno diferente cada uno, para no molestarnos.

—A lo mejor tenemos que esperar a la próxima noche —comenta la joven, que no está muy convencida. Además, se siente con capacidad de decisión después de haber sido ella quien encontrara el portal del manantial.

Sin embargo, termina haciendo caso a su amigo, que la anima a subir. En el primer intento se resbala, al igual que en el segundo, pero en el tercero consigue, al menos, mantenerse agarrada al árbol. Las medias se le enganchan con los salientes del tronco. Mientras tanto, el otro chico ha seguido subiendo, y ya es imposible alcanzarlo con la vista.

—¡Venga, Fane! ¡Jonás se aleja! —grita Rei con dificultad. Por alguna razón, nota que se le obstruye la garganta por momentos.

—¡Deja que se vaya, da igual! —le grita ella a su vez, irritada por verse incapaz de aguantar mucho más.

—Si es necesario, nos pararemos en cada rama para descansar. ¡No te preocupes! —concede Rei, que también sufre asfixia por momentos.

Jonás siente los mismos síntomas, solo que él no se frena por nada del mundo. Descansa apurado en cada rama, pero lo hace el menor tiempo posible. No quiere alargar una experiencia tan peligrosa. Es consciente de que una caída desde esa altura supone una muerte inmediata.

Aprovecha esos momentos para mirar abajo, en dirección al portal, que ya ve representado de forma minúscula. También busca a sus amigos, y, por último, mira hacia arriba. No sabe qué encontrará, pero algo que ha aprendido desde que está en el bosque es que la celeridad premia a quien la aplica.

Ya ha elaborado una teoría sobre cómo parece funcionar el bosque y, en su imaginación, cree que tiene los componentes de una carrera: hay una meta y un premio para el ganador. Lo que

más le preocupa es el desconocimiento de las amenazas que están por venir y que el chico nuevo le desvíe de su objetivo y le dé problemas.

Conoce bien a sus compañeros, y no se imagina a Mati sirviendo de apoyo al chico nuevo y mucho menos para secuestrar a alguien. Sabe tratarlos y es consciente de las ventajas que le supondría su apoyo a la hora de resolver el enigma del bosque.

Pero Quim es imprevisible. Y si ya tiene de su lado a Mati es por su poder de captación, al menos cuenta con un discurso convincente para que se una a su causa. Tiene que lograr salir de ese cuadrante y a ser posible que Rei también. Sin embargo, está demasiado pendiente de Fane, a la que considera una molestia. Si quieren salir victoriosos, o al menos vivos, de ese bosque, ella supone una carga.

Mati recoge hongos al lado del manantial. Ya sabe identificarlos por su color y forma. Mientras, el novato busca plantas con un aroma que le resulte familiar y que puedan ser provechosas para mejorar su tos. Piensa en la menta. En una de las visitas al invernadero de La Godasse le contaron que tiene propiedades beneficiosas. Lo que no consigue recordar es si también sirve para calmar la irritación.

La tos del chico cada vez va a peor y es más constante. Ha pasado a ser estridente y suele ir acompañada de flemas con un extraño color marrón. A lo largo del día, la frecuencia con la que ha tenido que parar para recuperar fuerzas ha ido en aumento.

De camino hacia allí se han topado con un lugar que les ha parecido llamativo. Tenía una puerta de madera —arrancada y manchada de sangre— con antorchas colgadas en las paredes de piedra. También había vasijas de barro rotas en el suelo. Si no estuvieran tan cansados ni tuvieran tanta prisa, se hubieran detenido a explorar, por si les pudiera servir de ayuda algo del interior, pero la prioridad era llegar al manantial para saciar su sed y probar la teoría de Mati. Cerca de él se han separado para echar un vistazo por los alrededores. No saben dónde está Rei ni si durante ese tiempo ha conseguido reencontrarse con Jonás.

Quim sospecha que el resto de los alumnos les rehúye. Con el secuestro han demostrado de lo que son capaces, aunque haya sido una mala idea hacerlo sin planificar. Pero ha aprendido una lección importante que aplicará a partir de ahora: la venganza no debe ejecutarse de inmediato, sino cuando llegue el momento oportuno.

Asumen, por otra parte, que son aliados por descarte. Su camino se ha cruzado por una serie de circunstancias, y Mati sabe que después del secuestro ya no podrán volver a su antiguo grupo.

El trato entre ellos es cordial, cercano, casi amistoso, pero la agresividad y las ansias de venganza de uno, así como las dudas del otro, hacen que el círculo de la confianza no termine de cerrarse.

Entre estas reflexiones, llegan a su destino.

—Aquí no hay nada —dice resignado Quim, que acaricia el agua para entretenerse.

—Hay que esperar —responde Mati, que tararea la nana en su interior—. Tiene que ser de noche. —Él también se inclina para tocarla.

Los dos esperan a que termine de ocultarse el sol.

—¿Quién nos dice que en caso de aparecer sea bueno para

nosotros? —pregunta Quim, que ya ha olvidado la sensación de lo que es cruzar un portal.

—Nadie —responde él con media sonrisa—. ¿Alguien te dijo que cruzarlo en el limbo era bueno para ti?

El joven se queda en silencio.

Su compañero continúa:

—Entonces ¿por qué necesitas que esta vez sea diferente?

No obtiene respuesta.

Le cuesta aceptar que Mati tenga razón. Entró en el bosque solo y tuvo que aprender a defenderse sin ayuda de nadie. Se fijó sus propias metas, pero no contemplaba contar con una figura como la de su compañero.

Mati se siente orgulloso de haber dado con una de las claves del bosque. En su interior, mantiene la esperanza de que así sea y piensa en cada una de las canciones que le han cantado durante sus años en el internado por si en alguna descubre algún vínculo de interés.

De confirmarse el poder de la nana, habría una serie de cuestiones que debería plantearse. La principal trata sobre la profesora de primer curso y su interés por reflejar en una canción el funcionamiento de ese cuadrante. Eso significa que ha estado en ese lugar. O que ha conocido a alguien que ha resuelto el enigma y se lo ha cantado a ella. Pero no puede ser. Ella hubiera advertido el peligro, hubiese alertado a los alumnos para que no entrasen.

Se hace la noche y aparece el portal. Sienten la fuerza que brota desde el interior del agua, como si se estuviera formando un maremoto a pequeña escala. Ambos saben que ha llegado la hora. Las opciones son sumergirse para cruzar, con los riesgos que eso conlleva, o condenarse a vagar por el primer cuadrante hasta reunir el valor necesario para hacerlo.

Mati es el primero en tirarse de cabeza. Es su descubrimiento. Y, para él, nada puede fallar cuando todos los

mensajes te empujan en una única dirección, como es el manantial del bosque. Con cada brazada, se acerca más y más al momento del primer salto, cuando dejó atrás el limbo. Siente que es capaz de controlar el pánico, de superar la incertidumbre, de afrontar lo desconocido.

Quim le sigue. Ve desaparecer el cuerpo de Mati, algo que le causa una impresión tan repentina que frena en seco su descenso a nado. El aire no le da tregua. Se le pasa por la mente la posibilidad de aparecer en medio de un océano profundo. Le aterroriza que el aire, en ese caso, no le dé para alcanzar la superficie, o que le fallen las fuerzas antes de llegar hasta una orilla segura. O...

Le falta el aire. Pero no permite que las dudas ganen y, como ha hecho su acompañante, entra.

Rei recorre la mayor parte del camino mirando hacia abajo para no perder de vista a Fane, que sube a un ritmo más lento. Le da indicaciones para que dé pasos más ágiles o seguros, pero esta las rechaza con aspavientos y malos gestos, pues está demasiado concentrada en realizar cada movimiento y siente que los gritos de este la molestan.

A pocos metros está la primera conexión entre los árboles, en la que las ramas de unos y otros se cruzan formando un puente que los une. Rei quiere aprovechar para esperar ahí a Fane, para transmitirle apoyo y pedirle que no mire al suelo bajo ningún concepto. Un solo tropiezo, un descuido y la perderá para siempre.

Espera en la rama que hace de puente con el árbol de Fane.

Maldice a Jonás por meterles presión. Apenas han podido hacerse a la idea de lo que tenían que hacer, y es posible que el esfuerzo no sirva para nada.

—¿Puedes respirar? —le pregunta cuando esta llega a su altura. Está muy afectada, con la mirada perdida y la cara morada.

—No —responde de mal humor, irritada y con mareos que hacen que todo le dé vueltas.

—Hay que seguir subiendo. Sé que es difícil, pero aprovecha para descansar un instante y continúa.

Una tarántula sale de la corteza del árbol sobre el que se apoya Rei. En el tronco hay un nido que se puede ver a simple vista, aunque presenta un color similar al del árbol, que le sirve de camuflaje. No ha reparado en él por estar pendiente de Fane. En otras condiciones, lo hubiera visto.

La tarántula va directa hacia su pie. Se recrea en él: acaricia el zapato desde el talón hasta el empeine; se pasea por el pantalón hasta llegar a la rodilla; luego retrocede e inyecta su veneno en el tobillo, en la única zona desprotegida que no llega a tapar el calcetín. Rei nota un pellizco doloroso. Rápidamente, mira hacia la zona que empieza a escocerle y comprueba que ha sido lo que a sus ojos es una araña asquerosa, a la que da una patada y ve caer desde el árbol hasta desaparecer.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunta Fane, que le ha visto hacer un movimiento repentino.

—Nada. Creo que me ha mordido un bicho. —Se acaricia el tobillo para intentar calmar el escozor—. Vamos.

La chica le obedece. Se levanta y comienza a trepar, aún afectada por los mareos. Adelanta a Rei, que se queda traspuesto en el puente de ramas. Siente una bola sólida en el estómago, a la que pretende restar importancia, pero la acompañan problemas de visión. Ve doble y eso le impide acertar con los movimientos de pies y manos en el tronco.

Procura tragar saliva, respirar y concentrarse. Fane lo llama desde arriba.

Mati y Quim salen de la charca como náufragos que pisan tierra firme tras años a la deriva. Palpan el suelo con gratitud, pues no deja de producirles pavor el hecho de cruzar portales de naturaleza desconocida.

Se han acostumbrado a convivir con la muerte. A aceptarla. Porque en cualquier momento puede aparecer un pirado, pueden caer en una trampa o alguien puede desaparecer mágicamente sin dejar ni rastro. Llegados a ese punto, todo parece posible. Y no es fácil entender qué supone una ayuda y qué un peligro.

Hacen un barrido del entorno, por si detectaran la presencia de Jonás o de Rei. Deciden recorrer juntos cada rincón, por si estuvieran escondidos, pero no hay nadie. Les resulta llamativo lo pequeño que es ese cuadrante, acostumbrados a tanta exigencia en cuanto a distancias largas con subidas, bajadas y terrenos de todo tipo. Les parece un regalo del destino.

—No tendremos que andar mucho —dice Mati, que se agacha y se masajea los tobillos.

—Entonces ¿qué tenemos que hacer? —pregunta Quim, concentrado en descubrir los entresijos que oculta el segundo cuadrante. Mientras piensa, escurre su ropa para soltar la acumulación de agua en las prendas.

—Ni rastro de Rei. Parece que hemos sido los primeros en descubrir cómo pasar —comenta el joven orgulloso—. Deberíamos probar si desde aquí podemos volver al cuadrante

anterior, solo por si acaso —propone convencido, mientras se acerca para intentar traspasar el portal con la mano, pero como sucedió con el otro, este se la repele de un golpe seco y electrizante.

Miran con detenimiento el paisaje. Mati cuenta los árboles que hay en total, porque, al ser tan pocos, puede suponer una pista. Le salen algo más de un centenar: ciento diecisiete. *A priori*, el número no le dice nada, aunque sospecha que tiene algún tipo de relevancia.

De pronto, se sienten fatigados. Se esfuerzan por detectar movimientos o alguna señal que les indique qué hacer. Observan el cielo, después de seguir con la mirada la agrupación de árboles gigantescos.

—¡Hay alguien ahí! —le señala Mati a Quim—. ¡Esa es...!

—¡Es la chica, no me lo puedo creer! —grita perplejo. Es la primera vez que coinciden desde su traición en el internado—. ¿Ves si hay alguien más? ¿Va acompañada?

—No lo parece —responde de inmediato mientras intenta fijar la mirada en los árboles contiguos al de Fane. Espera no encontrarse con Rei o Jonás, pues eso podría precipitar la rabia de su compañero, y él, de momento, solo quiere ganar tiempo para no tener que lamentar más desgracias.

Pensaban que la presencia de los otros no les iba a alterar tanto, pero, llegado el momento, lo ha hecho.

—¿Por qué está ahí arriba? ¡Es altísimo! ¡Si se cae morirá! —exclama, intentando encontrar el sentido lógico a tal acto de osadía.

Espera la réplica de Quim, que clava el primer pie en la corteza, como Jonás en su momento.

—Si está ahí arriba es por algo —dice mientras se impulsa y da los primeros pasos—. Tal vez se derrumbe el suelo o haya algún peligro cerca —le previene.

—¡No, no! Yo no voy a subir.

Mati se aleja del tronco. Empieza a ponerse nervioso y tiembla al pensar en subir hasta donde está Fane. Decenas de ideas se le pasan por la cabeza sin ser capaz de detenerse en ninguna. No puede pensar. El corazón le va rapidísimo y se siente al borde del colapso.

—Tenemos que ser rápidos. Por suerte, no nos ha visto —le grita Quim cerca de la primera rama.

Mati consigue reaccionar. Se siente incapacitado y con la mente nublada, que es lo que más odia. Vuelve a experimentar tiritonas, como durante el segundo día en el bosque.

No sabe qué hacer. Palpa uno de los árboles como ha hecho con la tierra al cruzar el portal. Lo toca con rechazo y falta de convicción. Le tiemblan los pies al recordar que Quim le ha dicho que el suelo se puede derrumbar, como la trampa en la que cayó el director.

Llega a la copa del árbol casi inmovilizado por la tos. Los principios de asfixia hacen mella en Jonás. No respira bien y en los múltiples esfuerzos por conseguirlo se salpica con flemas que contienen restos de sangre fresca. Deja que su instinto le conduzca entre las ramas que forman puentes entre los árboles, ignorando el peligro de una posible caída que eso supone.

Ha basado el ascenso en detenerse lo menos posible y en conseguir que su cuerpo haga los movimientos necesarios para seguir subiendo. Desde lo alto ve el internado a lo lejos, muy pequeño. Justo como se sentía él en sus aulas. Podría desear estar ahí, pero lo cierto es que nunca lo ha considerado su hogar. Ni siquiera se siente agradecido por su acogida. Pero de

eso se ha dado cuenta con el paso de los años.

Él jamás pidió entrar. Le dejó un amigo de la señora, esa que lo mecía cuando lloraba. Iba con ropa limpia y recién planchada, que en ese momento sentía suave y perfumada. Como no le gustaba la sensación de la colonia, la señora se la ponía en las camisas para evitar sus quejas. Cuando la mano del hombre le soltó frente a la puerta, fue como si desapareciera la calidez. Como si los nervios que llegaban hasta la muñeca perdieran la capacidad de experimentar calor.

Los pasos de iniciación los dio acompañado de su mochila favorita, repleta de dibujos de *El equipo Milterreno*, en el que los protagonistas perseguían con coches de exploración el tesoro más buscado y escondido. Todavía la conserva. Está custodiada bajo su cama, con pegatinas y cromos de una colección que le fue imposible acabar.

En una ocasión, estuvo a punto de pedirle a Fane que se los consiguiera. Estaba convencido de que alguien de La Liande tenía los que le faltaban para completar el álbum, pero le avergonzaba que se enterara de sus gustos, pues no dejaba de ser un entretenimiento para críos. La colección y su moneda de plata limada son las únicas posesiones que valora. Son, de hecho, las únicas que tiene.

El siguiente portal se encuentra bien visible a su izquierda, rodeado de hojas que lo cubren sin llegar a tocarlo. Pero su vista está fija en un esqueleto que reposa en un tronco a varios metros de él. De inmediato piensa que pertenece a alguien que llegó hasta allí y no se atrevió a bajar.

Al acercarse a él, comprueba que lleva un uniforme de La Liande bastante deteriorado. Eso le asusta. No sabe cuánto tarda en descomponerse un cuerpo, pero le abruma imaginarse el proceso.

Se sienta mientras toca el escudo incrédulo. Esa ropa le puede servir, si deja a un lado lo macabro que es quitársela a

un muerto. Pero lo hace. Siempre ha tenido una concepción lejana de la muerte. Inalcanzable. La parte buena de no tener familia es que nunca tendrá que presenciarla. Tampoco llorar de añoranza o ir a visitar tumbas en fechas señaladas. Le termina de quitar los calcetines y deja los calzoncillos por algún tipo de consideración que no sabe muy bien cómo interpretar.

Cargado con la ropa, le cuesta moverse entre las ramas. Podría ponerse alguna prenda, pero eso aumentaría la sensación de agobio. Mira hacia abajo y en ese momento ve a Fane sujetando apurada a Rei. Se concentra en ellos para intentar averiguar lo que pasa. Han avanzado más de lo que esperaba. Se plantea bajar a ayudarles. Tira la ropa sobre una rama, se da golpes en el pecho para recuperar la respiración intermitente y entonces ve otra figura que trepa a gran velocidad. Parece el chico nuevo. Pero se niega a creerlo. Al lado, más abajo, le parece reconocer también a Mati.

Sin pensar mucho en lo que hace, pero recordando el estado de Rei al escapar del chico nuevo y su supuesta costilla rota, Jonás cambia de objetivo. Va a por el esqueleto.

Fane sujeta a Rei, que se muestra ausente y le cuesta moverse. Le da la sensación de que, si no consigue reavivarle, en cualquier momento desfallecerá.

—Necesito que terminemos de subir, por favor —le ruega angustiada, mientras le agarra la cara con fuerza—. Arriba nos tumbaremos y descansarás, te lo prometo —sigue animándole y, aunque intenta calmarse, no puede evitar darle una bofetada

para que espabile—. ¡¡¡No nos podemos quedar aquí!!! —grita.

Están en uno de los puentes de ramas, y su mayor temor es que caiga inconsciente. No podría descender al suelo ni continuar trepando con él a cuestas. Le desespera imaginar que eso pueda ocurrir. Es una situación límite.

También le da miedo que, de un momento a otro, pierda la fuerza durante el ascenso y que ella no pueda hacer nada. Supondría su muerte.

—Estoy bien. No te preocupes —le responde Rei, que mira a todas partes sin lograr fijar la vista en ella.

—Inténtalo —le pide mientras coloca las manos en la corteza —. Me pongo debajo para sujetarte. —Fane es consciente de que no puede sostener su peso. Confía en que él, una vez empiece, sepa desenvolverse como hicieron en el limbo, cuando trepó para alcanzar el trozo de tela.

Rei pone los pies sobre una rama. En cuanto lo hace, entre todas las heridas que tiene el chico, Fane distingue una picadura morada y abultada en el tobillo.

A este le cuesta, pero consigue clavar manos y pies en el árbol y llegar a la siguiente rama. Cada movimiento le supone un mundo, un esfuerzo sobrehumano, al contrario que a Fane, que al ver la indisposición de Rei saca fuerzas de flaqueza. Es como si supiera que no puede quejarse o sentirse débil ante esa circunstancia. La experiencia junto a Quim y Mati y la falta de oxígeno seguro que tienen algo que ver con su estado, pero ese bulto del tobillo tiene mal aspecto.

—Ahora sígueme —le ordena, apremiándole para que no se detenga. También le marca los movimientos y le abre pequeños espacios en la corteza para que le resulte más fácil agarrarse a ellos.

Los dos se paran en la siguiente rama. Solo les falta una para llegar a un nuevo puente donde tumbarse. Fane no quiere demorarse y se propone reanudar la marcha, pero Rei se mueve

sin margen de reacción por su parte y le vomita encima, manchándole el jersey de bilis, debido a la falta de alimento en su estómago. Le traspasa el tejido y el líquido llega a su piel. Pero decide reaccionar, restarle importancia y continuar trepando.

—¿Te encuentras mejor? —le pregunta mientras hace el gesto de querer levantarlo.

—Me encuentro mejor —le responde este, sin ser consciente de lo que acaba de hacer.

Llegan al puente. Fane está a punto de romper a llorar, poco convencida de que puedan conseguirlo, pero algo corta sus lágrimas de manera repentina. Un objeto ha caído a sus espaldas.

—¿Lo has visto? ¡Ha caído algo del cielo! —le comenta, para ver si su respuesta tiene lógica.

—Sí, era un esqueleto —contesta Rei, lidiando con otra arcada.

Ella lo mira preocupada, por si está teniendo alucinaciones. Vuelve a sujetarle la cara.

—¡Un último esfuerzo, Rei! ¡Vamos! —le dice con una vitalidad impostada—. Arriba descansaremos —continúa, mientras concentra su energía en volver a colocar las manos de su amigo en el árbol.

Se mira el jersey lleno de vómito. Ahora sí que rompe a llorar. Se tapa la boca con la intención de hacer el mínimo ruido posible, para que Rei no la vea ni la oiga y se sienta peor de lo que está. En el fondo, lo que más la entristece es que, en su estado, ni teniéndola delante se daría cuenta de que llora, pues está fuera de la realidad. Tiene que armarse de valor y aguantar.

Quim está a punto de alcanzar a sus compañeros, que han bajado mucho el ritmo desde que Mati y él iniciaron el ascenso. Ve que tienen dificultades y que se están tomando demasiados descansos.

Podría haberlos adelantado o empujado desde esa altura para darles su merecido por encerrarlo en el bosque. Pero prioriza ir más despacio para que Mati pueda seguirle sin quedarse atrás, algo que, sin duda, le frustraría, pues en su interior debe de creer que lo está haciendo bien.

Es la primera vez que coincide con Fane desde la noche del encierro. Pensar en ello le provoca un resquemor incuestionable, aunque reconoce que apenas habló con ella cuando tuvo la oportunidad porque, como Mati, se mantenía en un segundo plano. De Jonás o Rei podría hablar sin problemas. Son fanfarrones inseguros que vuelcan sus frustraciones sobre los débiles, ya sea por su aspecto o por su situación. Son seres detestables que no merecen piedad ni consuelo. No permitirá que le consideren frágil. Solo era el chico nuevo que pecó de exceso de confianza. Pero está a tiempo de conseguir que cambie esa imagen que tienen de él.

Mati avanza abrazándose a los árboles. Hasta ahora no lo sabía, pero cree que sufre vértigo. Quizá no sea ese el nombre exacto, aunque en esta situación eso es lo último que le preocupa; cada movimiento le cuesta demasiado. Por mucho que intente impedirlo, no puede evitar mirar abajo espantado. Necesita razonar y parar un momento, valorar sus opciones. El ascenso de los árboles se le ha presentado de una forma demasiado precipitada.

Agarrado al árbol, en una de las pocas veces que ha osado mirar arriba, ve que algo impacta con fuerza sobre la espalda de Quim. Desde abajo, Mati observa que este pierde el equilibrio y, tras unos segundos intentando mantener la posición, termina por separarse del tronco y se queda colgado de la rama con las manos como único soporte.

Los dedos tienen una resistencia finita, y uno se le suelta de inmediato sin que encuentre la forma de volver a colocarlo en su sitio.

—¡Ayuda! —grita Quim al cielo, intentando que Mati le oiga.

No lo hace, pero ve que está en apuros. Desconcertado, coge una bocanada de aire —pues ya ha comprobado que falta en ese cuadrante— y se apresura a llegar hasta él. Decide no mirarle para evitar ponerse más nervioso. Se centra en dar los pasos adecuados para avanzar.

—¡Por favor, ayúdame! —le grita de nuevo Quim, al que le falla otro dedo.

Esta vez sí que le oye. La tensión se le ancla en el cuello, que siente más rígido que nunca. Se resbala. Eso hace que pierda algo de altura, pero en cuanto sus pies tocan la rama base, recupera el equilibrio. Quim se tambalea y piensa en la posibilidad de que vuelva a caer un cuerpo como el de antes. Sus muecas de dolor son evidentes. No resistirá un golpe más; depende de que Mati lo socorra.

Le ve llegar jadeando mientras avanza a gatas por la rama a la que se sujeta a duras penas.

—¡Suelta una mano! —le pide Mati, mientras busca la mejor posición para agarrarlo. Procura transmitirle tranquilidad para que no haga movimientos impulsivos que le arrastren a él también.

—No... ¡no! —le grita—. ¡Levántame! —suplica, con otro dedo suelto.

Sabe que no aguantará mucho más. Al ver que una mano casi

se le va a soltar del todo, decide confiar en Mati y obedecerle. En ese instante, este le agarra del brazo y con un fuerte tirón de espalda le aúpa hasta que medio cuerpo descansa sobre la rama. A partir de ahí, Quim consigue terminar de subir, ayudándose con los pies. Los dos se tumban, exhaustos. El pánico se refleja en la cara de Quim, que no sabe qué hacer. Solo toca el tronco nervioso para asegurarse de que está a salvo.

—Te debo una... —le dice tras unos minutos en silencio—. Gracias —continúa con la voz aún temblorosa.

Ambos están totalmente desgastados por la experiencia. Mati se levanta primero.

—Tenemos que seguir. Aquí estamos en peligro.

El joven se plantea lo que ha hecho. Y si ha sido lo correcto. Se ha expuesto por alguien a quien apenas conoce y ha secuestrado a uno de sus amigos de toda la vida. Se pregunta cómo es posible que todo haya cambiado tanto y en qué momento las cosas empezaron a tomar un cariz tan delirante.

Continúan subiendo. El novato le sigue en silencio, consciente de que, sin él, hubiera muerto. Desconoce qué es lo que ha caído, de dónde y por qué. Cuando consiguen llegar arribar y ponerse de pie en el último puente de ramas, comprueba si hay algún objeto de características similares al del golpe. Solo ve copas de árboles y el portal, que lo interpreta como un símbolo de salvación, pues esta ha sido su peor experiencia desde que entró; y también a Fane cuidando de Rei, que está desplomado sobre una parte algo resguardada. Quim reúne fuerzas y va hacia ellos con actitud violenta, pero Mati se interpone y le frena con la mano.

—Quieto —le ordena mientras se acerca a ellos para comprobar cómo se encuentra Rei.

Fane está llorando.

—Apenas habla y no se mueve —le explica. Acto seguido,

empieza a reprocharle su actitud—: No quiero que te quedes con nosotros —le dice sollozando mientras Mati masajea las extremidades a Rei para desentumecerlas.

El chico tiene los ojos en blanco y los dedos de las manos agarrotados. Por mucho que le hablen, no responde. Fane le aparta con cuidado y comienza a asestar puñetazos y bofetadas a Mati, que apenas se esfuerza en defenderse.

En ese momento, Quim decide intervenir:

—Podemos ayudaros a que crucéis el portal, si es lo que Mati quiere —se ofrece en tono sobrio. Luego se dirige a este—: Después seguiré solo o contigo, como quieras. Eres libre de elegir. —Mira a Fane—. No os debo nada, ¿entendido? Él es el único responsable de su estado —dice señalando a Rei con la cabeza.

—¡No te atrevas a hablar de él! —le grita ella, que levanta la mano amenazante. Por un segundo se siente tentada a sacar la pistola, que guarda ajustada en la falda y que, sorprendentemente, no ha perdido durante el ascenso.

—¿Le ayudamos o no? Mi deuda es contigo. —Quim espera la decisión de Mati junto al portal. Ve a Rei derrotado. En estos momentos, Jonás es el principal objetivo de su venganza.

La picadura de la araña impide que Rei pueda moverse, pero es capaz de darse cuenta de lo que sucede. Tiene el cuerpo rígido y siente calambres en el abdomen que le dificultan la respiración pero, si pudiera hablar, le pediría a Fane que se alejara de ellos. También de Jonás. Y que continuara sola buscando la salida del bosque. No hay más que conocer, ni por lo que pelear. Tiene que encontrar la forma de volver con vida.

—Marchaos —dice Fane, que mira con desprecio a Mati.

—Tu problema es que reaccionas así cuando te interesa. ¿Dónde está Jonás? —pregunta este, demasiado tranquilo. Tras la experiencia del ascenso, su estado anímico ha pasado por tantos picos que en ese momento solo encuentra la templanza

—. ¿Por qué no le hablabas a él así en el internado?

—Ya que te interesa tanto la situación de Jonás, se ha ido por ahí. Saludadlo de nuestra parte —le responde y les da la espalda.

—Deja que te ayudemos. No quiero irme así —dice Mati.

—Cuando pasó lo del Pistolero, te estuvimos buscando. Solo quería que lo supieras —termina diciéndole Fane, que se niega a darse la vuelta para seguir hablando con él.

La chica se sienta junto a Rei y lo explora. Como ha cerrado los ojos, le sujeta la lengua para que no se la trague. Le palpa también el cuerpo para ver si hay alguna zona que le duela más.

Desprotegida, no sabe cómo mantener el honor y salvar sus vidas en el bosque. Mientras Quim y Mati desaparecen por el portal a sus espaldas, Fane se deja llevar por sus emociones. Lleva conteniéndolas desde que entró.

9

Después de la lluvia

El tercer cuadrante recibe a Jonás con unas lluvias torrenciales que le impiden ver lo que tiene a su alrededor. Lo único que distingue es un monolito de piedra plano que destaca por su enorme tamaño. Esconderse bajo los árboles es inútil, pues el agua cae en diferentes direcciones, de modo que ni un centímetro de bosque permanece seco.

Improvisa un turbante con la ropa que le ha robado al esqueleto para que le dé un margen de visión que le permita moverse. Enseguida nota otro cambio drástico en relación con el cuadrante anterior: ha recuperado el aire y ya puede respirar con normalidad.

Con las manos, hace un cuenco para beber el agua de lluvia; está sediento. Le da para pequeños sorbos, porque el choque de las gotas es tan potente que llega a hacerle daño. Nota que el suelo se reblandece, que la tierra pierde firmeza, señal de que este clima es reciente. Camina sobre barro inconsistente y lleno de desniveles con los que es fácil tropezar o quedarse atrapado en ellos.

Se está calando hasta los huesos y nota el peso del turbante, que en poco tiempo ha acumulado demasiada agua. Busca con ahínco un lugar donde resguardarse cuando una luz, que parece proceder de una cueva significativamente alejada del monolito, capta su atención. Se pregunta si el resto cruzará pronto. Fane y Rei no deberían tardar demasiado en hacerlo, pero no quiere depender de nadie ni esperar en medio de ese

temporal tan agresivo.

Cuando llega a la cueva, no sabe si entrar, así que se queda haciendo tiempo en el umbral, resguardado de la lluvia. Desde ese punto es incapaz de ver el interior, solo la luz que ofrece, que puede ser de una hoguera o de un portal. Aunque después de un ascenso tan exigente la opción del portal le parece menos probable.

Escucha tararear a alguien. Al cabo de unos segundos, la voz pasa del tarareo a cantar algo que, para él, suena a otra época. El individuo entona entusiasmado y, cuando termina, aplaude eufórico e imita vítores.

Jonás se asoma.

—¿Otro niñato? —Un hombre con un parche en el ojo le mira impasible, sin levantarse de su butaca de madera—. Ahora iba a ver quién había pasado. Te he preparado un buen recibimiento, ¿no? —continúa mientras agita el fuego.

La reacción de Jonás es de absoluta sorpresa. No siente miedo, más bien incredulidad. No cree que ese señor vaya a hacerle daño, como el Loco. De por sí, es una alegría encontrar a alguien en el interior del bosque que no se comunique con balbuceos, que sea capaz de completar frases coherentes.

—¿Cómo sabía que vendría alguien aquí? —plantea a la vez que, prudente y sin salir de su asombro, se mantiene a cierta distancia.

—El tiempo cambia cuando entra alguien en el cuadrante, muchacho —le explica con una sonrisa compasiva, seguida de una carcajada.

El hombre se levanta y hace unos estiramientos de gimnasia frente a él. El chico, al ver los movimientos, se pone en guardia. Cree que puede ser una fachada para que se relaje en su presencia.

—No voy a hacerte daño, criajo —le dice a la vez que mira una foto en blanco y negro que tiene clavada en una de las

paredes de la cueva.

—¿Quién es usted? —inquiere Jonás, que aprovecha que está de espaldas para robarle un puñado de frutos secos de un cuenco—. ¿Es de La Liande? —continúa mientras mastica con descaro.

—Esos frutos secos te los doy yo, no creas que me los quitas, maleducado —le riñe el hombre, que deja de mirar la foto y se ríe, sin contestar a la pregunta.

—Gracias —responde él, que coge el cuenco y sigue comiendo—. ¿Hay más de estos? —le pregunta con la boca llena.

Vuelve a no recibir respuesta. Jonás examina al extraño. El parche que cubre uno de sus ojos está hecho con una hoja sujeta con una especie de cuerda, como si fuera un trozo de liana; el cabello le llega hasta los hombros y enmarca una mandíbula cuadrada. Le resulta llamativo que vaya tan bien afeitado. Se pregunta cómo lo hará, pero le basta un vistazo rápido para darse cuenta de que hay filos de navaja repartidos por toda la caverna. Viste una especie de chubasquero hecho de hojas de tamaño medio cosidas, provenientes de un tipo de árbol que Jonás cree que no ha visto nunca, y zapatos de velcro que parecen quedarle grandes.

El espacio en el que se encuentran está muy bien acondicionado para vivir. Observa también que sobre una mesilla artesanal hay unas piedras similares a las de las catacumbas que se guardó él.

—Tenemos las mismas. —Y le enseña las suyas, que se saca de los bolsillos. Se las cambiaría por más frutos secos sin dudarlo.

El señor le mira desconfiado, acariciándose el mentón.

—Tú has estado donde no debías.

El joven guarda las piedras, cauteloso ante el tono del hombre.

—Ahí descansan los muertos, chaval —sigue mientras recoge algo de ropa del suelo y la apila en una silla—. Pero te entiendo, la primera vez todo resulta demasiado confuso.

—En las catacumbas me atacaron —le cuenta Jonás, aún cabreado por el episodio—. Un señor como usted, pero no hablaba. Tenía un aspecto horrible.

—No deberías haber entrado a molestar —le amonesta en un tono más serio—. El viejo Ulises lleva años cuidando de los caídos. Hace mucho que no le veo... ¿Ha dejado de hablar? —pregunta, más para sí mismo, mientras coge un puñado de almendras que guarda en una caja.

—No entré, me caí. El suelo se abrió bajo mis pies y terminé en una de las galerías —se defiende, al tiempo que procura controlar la forma de dirigirse a él—. ¿Los fallecidos eran sus amigos? —le interroga.

—Todos los que entran ahí me cuentan que se han caído. Suena a una historieta mala de adolescentes con ganas de meter las narices donde no deben —comenta muy serio. Pero cuando ve que Jonás no sabe qué contestar, empieza a reírse—. Es broma, querido. ¿Los de tu generación no hacen bromas? —se burla.

Este le mira extrañado. No sabe si considerarlo una amenaza, si es alguien de quien se puede aprovechar o tal vez le ayude. Decide que lo mejor será continuar con su camino, no sin antes ver si puede llevarse algo de comida.

—Creo que me voy a ir...

—Aquí nadie es mi amigo. —El señor retoma la conversación, ignorándolo. Quiere aprovechar para deleitarse con una voz ajena, cansado de escuchar solo la suya—. Conocidos de vista, eso es lo que hay por aquí —le dice haciéndose el interesante.

—Pero... ¿Usted quién es? ¿Qué es este bosque? —suelta Jonás cansado de tanto juego.

Sin embargo, vuelve a quedarse sin respuesta, pues fuera ha dejado de llover. Los dos se dirigen hacia la entrada de la cueva.

—¿Esperas visita, joven? —le pregunta el señor, que se apresura a volver al interior a por una de sus cuchillas—. Uno entra en mi cueva; dos, ya no —le advierte en tono amenazante.

Jonás piensa en Rei y Fane. Se plantea salir corriendo para avisarles y atracar la despensa del hombre entre los tres. Luego recuerda a Quim y a Mati, y duda sobre qué hacer.

—Te lo vuelvo a preguntar, figurín. ¿Esperas a alguien? —repite mientras rebusca entre sus utensilios, sentado sobre una banqueta.

—No, no espero a nadie —le responde él con poco convencimiento—. Entraron varios conmigo a través del limbo, si es lo que quieres saber —añade.

—¿El limbo? ¿Vas de experto conmigo? —ríe, pero rápidamente cambia el gesto—. Vamos a ver cómo está el clima. Acompáñame y no hagas movimientos sospechosos —le dice justo cuando ve que pretendía quitarle unas moras que ha encontrado.

Hay una tormenta de nieve. Los copos caen con fuerza y se acumulan en el suelo, formando una base de varios centímetros en cuestión de minutos. El señor echa a correr hacia el interior de la cueva. Cuando vuelve, lleva una pipa de tabaco encendida.

—Odio la escarcha. Puede estar nevando durante meses —comenta, contemplativo—. ¿Fumas? —pregunta, como si estuvieran manteniendo una charla intrascendente.

—No.

—Mejor —aprueba mientras pisa la nieve que se acumula en la entrada de la cueva—. Odio la nieve que intenta entrar en mis aposentos... Voy a avivar el fuego.

Jonás se queda en la entrada observando el entorno, ya cubierto por un manto blanco. Apenas puede ver varios metros más allá. La tormenta lo tapa todo, así que decide volver al interior.

—No me ha dicho quién es usted... —insiste el chico.

—Soy el Firmante —se presenta con orgullo—. El nombre me lo puso uno que ya está muerto, que conste. Lo mantengo en su honor. Era un tipo legal, aunque no tanto como yo —explica mientras recoge madera seca que guarda en una esquina, junto a un hacha.

—¿Quién era él? —Jonás, a pesar de verse sobrepasado por el carácter del Firmante, intenta recopilar información.

—Se llamaba Máximo. Un hombre bajito. Tú le sacarías una cabeza.

—Había un Máximo enterrado en las catacumbas. —Jonás intenta seguir el sentido de la conversación, cada vez más confuso—. ¿Era ese?

—Sí, que en paz descanse —responde mientras vuelve a hacer estiramientos—. Antes de levantar peso, hay que calentar —explica ante la cara extrañada del chico.

—Estoy en un bosque muy extraño. Con portales mágicos, tumbas y repleto de pirados. ¿Puede explicarme, por favor, qué carajo hace aquí? —Y esboza una falsa sonrisa, haciendo gala de una compostura que jamás hubiera imaginado que podría mantener—. Estoy harto de que todo el mundo me oculte la información importante —le dice ya con el rostro más serio.

—Tienes toda la vida para descubrir quién soy, orejudo. —Pega su frente a la del muchacho—. Estás en mi cueva. Y te respondo a lo que me da la gana —le dice mientras se aparta y da una calada a la pipa, echándole el humo en la cara.

—No. No tengo toda la vida. Ese es el problema —le responde este, que aprieta los puños, ansioso por descargar parte de su ira.

—Sí. Si la tienes. —El Firmante se ríe, burlándose de él.

Jonás, movido por un arrebato, tira al suelo una de las vasijas de barro que hay en una mesilla. Se rompe contra el suelo y los trozos se esparcen por toda la caverna.

Los dos se miran desafiantes. El alumno se da la vuelta y corre hacia la entrada. Pero no puede salir de ahí. La nieve ya le llega por las rodillas, quedaría atrapado en poco tiempo.

—*Arrivederci, ragazzo* —le grita el Firmante desde el interior.

Rei permanece tumbado. Apoya la cabeza en las piernas de Fane, que se limita a contemplar el horizonte. No se había percatado hasta ese momento, pero desde ahí se ven las torres de La Liande.

—¿Qué te gustaría hacer cuando estemos a salvo? —le consulta mientras le acaricia con mimo la frente.

Ha hablado mucho con él desde que están anclados en la parte más alta del segundo cuadrante, pero ahora Rei reacciona:

—Irnos de vacaciones —le responde con dificultad.

Fane da un grito, exaltada. No puede creer que sea capaz de articular palabra después de tanto tiempo. Se esfuerza por mantener viva la conversación:

—¿Dónde? ¿Dónde quieres ir de vacaciones? —le pregunta mientras busca una forma de incorporarlo sin hacerle daño.

—Lejos de La Liande, a algún sitio con chimenea, donde haya comida rica y estemos los dos solos. —Aún le cuesta hablar, nota que se ahoga.

—Yo también quiero un lugar así —afirma ella, conteniendo

las lágrimas. Tiene que aprovechar que está consciente para terminar de despertarlo; no puede venirse abajo—. Una casa pequeña y acogedora, lejos del resto del mundo.

—¿Crees que dejarán que nos marchemos? —suelta mientras se acomoda en las piernas de Fane.

—Seguro que sí. —Le acaricia la cara, que nota caliente por la fiebre—. Pero para eso tenemos que movernos, ¿vale? ¿Crees que puedes? —le dice con la esperanza de que así sea.

Rei está adormilado. El malestar le impide seguir hablando. Oye a Fane de fondo, pero solo piensa en descansar, desconectar y aparecer en un sitio mejor. Pero eso es imposible.

—Necesito que hagas un esfuerzo —insiste la chica—. Voy a tirar de ti hasta el portal, pero sin tu colaboración no podré conseguirlo. Estoy agotada...

—Vale —asiente.

Gira para apartarse del cuerpo de Fane, que le agarra de las manos y empieza a arrastrarle. Con cada paso, Rei levanta un poco las piernas para aligerar su peso. Sin embargo, la chica no puede con él y cambia de posición para probar a gatas. Le tiemblan los codos y las rodillas, pero se pone metas sencillas, como avanzar centímetro a centímetro. Mira el portal. Solo desea tocarlo. Una vez lo haga, se desentenderá y aceptará el futuro que esté por venir. El tiempo se hace eterno para la joven; desolada por no poder hacer más, le consuela como puede. Juntos, miran el portal.

—Tú primero —le pide Fane, a la que le destroza verle así, a gatas, imposibilitado, incapaz de levantarse.

—Los dos a la vez —responde él, que agota sus últimas fuerzas para mirarla.

El chico nuevo y Mati están retenidos en una cueva. Han visto perplejos cómo las capas de nieve se han ido acumulando a un ritmo acelerado durante el camino, convirtiendo el entorno en una trampa casi mortal.

—¿Cómo ha podido suceder tan rápido? —se lamenta Mati, palpando las paredes del fondo del refugio.

—En algún momento tendremos que salir de aquí, aunque sea en estas condiciones —reflexiona Quim, preocupado—. ¿Qué haces? —le pregunta, algo irascible.

—Tal vez si apretamos la piedra adecuada se abra una compuerta —aventura, concentrado.

—¿Cómo se va a abrir una compuerta? —se burla el otro, desaprobando su empeño.

—Solo hago pruebas. Es mejor que quedarnos de brazos cruzados —le responde, pero al poco se da por vencido—. No hay nada. —Se rinde al tocar la última piedra que le faltaba por pulsar, que corresponde a una de las esquinas de la pared —. ¿Cómo estarán los demás? —pregunta mientras se sacude las manos.

—¿Qué más da? No tendríamos que habernos entretenido con ellos. Es posible que en ese rato nos hubiera dado tiempo a esquivar la tormenta —le reprocha.

—Si no me hubiera entretenido ayudándote tal vez la hubiera evitado, sí —le contesta en el mismo tono, cansado de las quejas de Quim.

—Perdona... —le dice cabizbajo—. Te estoy muy agradecido, pero no entiendo que quieras ayudarles. Ellos no harían lo mismo por ti.

—Es algo que no me planteo —afirma convencido y cambia de tema—: Seguro que existe una forma de salir todos vivos de aquí. Y que podamos ser felices fuera, aunque sea por separado.

—¿Podrás serlo? —pregunta Quim de repente.

—¿El qué?

—Feliz, después de todo lo que ha pasado.

—Confío en que sí, claro. Si no, ya me habría rendido —responde Mati—. ¿No crees que vas a ser feliz a partir de ahora? —le pregunta de vuelta, con una media sonrisa que relaja la tensión del momento.

—No. Al menos hasta que cierre esta etapa. El encierro me supuso demasiado... —confiesa con la mirada perdida, sumiéndose en sus pensamientos por un instante.

—¿Son ellos los que te han causado el dolor? —le interroga su camarada con intención de comprender la verdadera razón detrás de su comportamiento.

—Sí. —Quim hace una pausa—. ¿Cómo hubiera sido mi año en el internado si me hubiera quedado callado, sin reaccionar?

—Es posible que nadie se enterara. A lo mejor solo tenías que esperar a que un profesor te viera, volver y no dirigirnos más la palabra.

—Creo que eso es lo que te ha pasado a ti, que te has conformado con que nadie se enterara de cómo se comportaban contigo. Pero yo no soy así —le reprocha mirando el techo de la cueva.

—¿Te merece la pena verte así? ¿Desnutrido, con dolores que seguramente se te queden para siempre y con una tos que terminará por ahogarte? ¿A nuestra edad? ¿En serio? —le pregunta Mati, que se siente más cerca de su objetivo.

—¿Qué tiene que ver la edad? —replica.

—Ni siquiera somos adultos...

—Si no me hago respetar ahora, tampoco lo haré cuando sea adulto. Sí. Me merece la pena —declara Quim, al que en ese

momento siente cómo se le intensifica el dolor de la espalda y el cuello.

—¿Cómo le explicarás a la gente lo que ha pasado con Fane y Rei? ¿Y con Jonás? —le azuza Mati, que también siente un repunte de dolor por todo el cuerpo—. ¿No hay otra forma mejor que condenarlos a una muerte segura? Eso te convierte en un asesino.

—Les he metido aquí, como hicieron ellos conmigo. Es lo justo —le explica, haciéndole un gesto de equilibrio con las manos.

—No me hables de justicia, Quim. Sabes que esto no va de eso... —le recrimina este.

—Yo no conocía los peligros que había en el interior —le interrumpe.

Ambos se quedan en silencio.

—¿Existe alguna manera de que tu resentimiento se quede aquí? —exige saber Mati, dándole la espalda.

—No. ¿Por eso te juntas conmigo? —repone él, dolido, pues se está replanteando muchos de sus principios con esa conversación.

—Eres una buena persona... Te diré algo: todos aquí estamos tocados por la soledad, en eso no somos diferentes. Una vez superes el sentimiento de venganza, estoy convencido de que serás feliz —le dice volviendo a mirarle.

Jonás está atrapado, inmóvil, cubierto hasta el pecho por la nevada. Experimenta los primeros signos de hipotermia. Su pulso es débil, tiene sueño y, en caso de que pueda salir de ahí,

se siente incapaz de dar un paso. Ha intentado volver a la cueva con el Firmante, pero cuando ha tomado la decisión ya era tarde. Imposible. Nevaba demasiado, ni siquiera podía ver el monolito, y jamás hubiera acertado con la dirección correcta.

No sabe si se ha ido llevándose bien o mal con él. Y duda sobre ese vago recuerdo que le indica que alguno de sus compañeros ha cruzado el portal después de él, así que igual está cerca y puede rescatarle. Ninguno lo haría.

Rei está obsesionado con Fane, solo piensa en estar con ella y concederle todos sus deseos. Una triste evolución que empezó a ver desde que se formó el grupo y que confirmó durante el camino por el limbo. Solo estaban pendientes el uno del otro, con sus códigos y miraditas absurdas. Por eso se alejó de ellos en cuanto tuvo oportunidad, consciente de que él les brindaría su ayuda, incondicional, como siempre, sin recibir nada a cambio. Llegado el momento, tiene claro a quién elegirían. Está aprendiendo a aceptar que él no es la prioridad de nadie.

Mati es un ingrato, un interesado que solo hará lo que le convenga para sobrevivir, sin pensar en lo que han hecho los demás por él. Como Jonás, que lo acogió cuando era un niño abandonado en el patio del internado, visiblemente débil y expuesto a la crueldad de los alumnos mayores presas de la desdicha, que tenían que descargar en alguien.

Le enfurecería que Quim lo encontrara vencido, enterrado bajo la nieve, en esas condiciones tan deleznables. Y que fuera él el que, empujado por el pusilánime de Mati, cumpliera con su objetivo de castigarle por una broma a la que han tenido que enfrentarse muchos de los alumnos de La Liande.

Ha dejado de nevar. Mira hacia arriba para confirmarlo y se queda ensimismado mirando el cielo descubierto, que no había tenido la oportunidad de disfrutar desde que entraron —pues hasta el momento ese es el único cuadrante que no está cubierto por árboles—. Acto seguido, siente que la nieve que le

oprime empieza a derretirse. Esa misma que aprieta sus ropas mojadas y que empieza a hacerse inconsistente al tacto de sus manos, que le castigan con un hormigueo constante.

Se queda tumbado sobre un charco. Le incomoda que su nuca esté en contacto con el agua fría, pero es lo que lo mantiene despierto, lo que evita que se desmaye. Se levanta. No ve bien. Su capacidad de orientación está mermada y se asusta al pisar los restos de hielo.

A tan solo unos pocos pasos descubre la cueva del Firmante. Así que ha estado cerca de ella en todo momento. Entra sin ver al hombre por ninguna parte, bebe del cubo de agua de madera y se tumba a dormir junto a la hoguera.

Unas pisadas despiertan a Quim y Mati, que duermen sobre el suelo de la cueva. Todavía adormilados, ven ante ellos a un señor con un parche en el ojo perfectamente afeitado que les observa de pie con las manos en los bolsillos.

Quim se levanta enseguida y advierte a su compañero con un golpe para que le imite. Los dos están a la espera de que hable, alertados por su posición, que les bloquea la salida.

—Lo primero, me vais a permitir que os diga que hacéis muy buena pareja. —El señor sonríe. Tras esperar unos segundos y ver que no reaccionan, arranca a aplaudir—. En mis tiempos, lo vuestro estaba muy mal visto. ¡Así me gusta, sois unos chicos muy valientes! —ríe emocionado.

—Nosotros no... —Quim se traba con las palabras, confundido. No esperaba esa actitud amistosa por parte del desconocido.

—¿Quién es usted? —le pregunta el otro joven.

—Soy el Firmante —se presenta mientras hace el gesto de querer darles un abrazo, pero, de golpe, se frena—. Pero primero contadme, ¿qué hacéis en mi cueva? —les interroga sin perder la sonrisa.

—¿Su cueva? ¿Tiene dueño? —replica Mati, que mira a Quim para saber si él entiende lo que está pasando.

—Sí, ahí está mi nombre —responde el Firmante señalándoles la pared del fondo.

Los dos se vuelven para comprobarlo.

—¡Es broma! ¿Cómo voy a ser tan codicioso como para poner mi nombre ahí? Esto pertenece a la madre naturaleza —les dice entre carcajadas.

—¿Qué hace aquí?

—De momento, las preguntas las voy a hacer yo, si no es molestia. Vuestro amigo ayer fue un tanto grosero conmigo, y quiero saber si a vosotros os han educado mejor en La Liande —les explica mientras abre un saco y da una calada a su pipa —. Tomad, unos frutos secos. Seguro que tenéis mucho apetito —les ofrece.

Ambos comen los frutos secos con ansia, aunque sin despegar la vista del Firmante.

—Enviar a dos amantes al bosque... La crueldad de La Liande no conoce límites —se lamenta el Firmante, negando con la cabeza.

—No somos novios, y tampoco nos ha enviado nadie —le responde Quim.

—¿Cómo que no os ha enviado nadie? —repone el Firmante sorprendido—. ¿Fumáis? —Les ofrece la pipa, todavía humeante.

—No.

—Mejor. —El hombre se muestra satisfecho.

—¿Cómo era el chico grosero? —interviene Quim.

—Recuerda que las preguntas las hago yo —le advierte el Firmante.

—Mis compañeros me dejaron encerrado una noche en el limbo —le explica—. Hasta ahora solo nos hemos encontrado con perturbados. ¿Por qué deberíamos fiarnos de usted?

—Entiendo —le responde pensativo el Firmante—. Hay mucha distancia desde el limbo hasta aquí. Enhorabuena, la mayoría se estampa contra el suelo en el anterior cuadrante —afirma orgulloso.

—¿La mayoría? —le pregunta Mati.

El extraño le observa mientras fuma.

—No entramos con nadie —aclara el chico—. Yo entré con el director y tres compañeros para buscarle a él. —Señala a Quim.

—*Oh là là!* —exclama el Firmante—. ¿Su Majestad, el director, se ha atrevido a pasar? ¿Y dónde está, para que pueda darle un fuerte abrazo?

Quim le da un toque a su compañero en la espalda para que deje de revelar información.

—Si nos lo permite, nos gustaría irnos —pide con un tono amable, pues se ha dado cuenta de que el hombre ha podido entrar en la cueva porque la nieve se ha derretido.

—¡Claro que sí! Dejadme que os dé antes un poco de comida para que no desfallezcáis en el próximo cuadrante —les dice el hombre con tono eufórico y alegre—. ¿Tal vez algo de ropa? Tengo un vestuario apto para cada clima, pero vosotros...

El Firmante deja una mochila en el suelo. Saca varios objetos de ella, entre los que hay una cantimplora, un saco de dormir, comida, una foto en blanco y negro y un colgante con un fragmento de cristal de un reluciente color burdeos.

Mati iba a preguntar sobre el cuarto cuadrante, pero reconoce en la foto a Alejandra Elrich, su profesora de química.

—¿Por qué tiene una foto de la señorita Elrich? —pregunta Mati.

—Nos ha dicho que no le preguntemos nada —le advierte su compañero, pero el hombre no parece tomárselo a mal.

—Eso sí me lo podéis preguntar. —Guarda la foto en la mochila y se levanta despacio—. ¿La conoces? ¿De qué?

—De que me da clase —le responde Mati, que no logra establecer la relación entre ese señor y su profesora—. Se conserva muy bien. Está igual que en la foto —dice con una sonrisa impostada para restar importancia al asunto.

El Firmante se queda de brazos cruzados, pensativo.

—Mucha suerte en vuestro viaje. Ojalá volvamos a vernos —les dice serio mientras les da una caja con comida—. Os podéis quedar con la cantimplora y el saco. Tengo más en otra cueva.

—Venga, vámonos —le insta Quim a Mati.

Mati sigue dubitativo. Ve que el novato guarda apresurado los víveres. Se contiene para no preguntar más al Firmante, pero prefiere hacer una última petición.

—Señor, no quiero abusar de su hospitalidad, pero nos acompaña un chico enfermo. Es probable que se lo encuentre. Si es así, ¿podría ayudarlo? —le pregunta sin saber todavía si puede confiar en él.

10

Interrogatorio

Rei y Fane están a la sombra del monolito del nuevo cuadrante. El calor es extremo e insoportable. La densidad de la vegetación es menor y eso hace que estén más expuestos a los efectos del clima. Y aunque desde ahí la chica ve varias cuevas que les pueden dar cobijo, desconfía de lo que albergan en su interior y, de todos modos, ya le resulta imposible mover a Rei.

—No estoy acostumbrado a esto. —Un señor aparece a sus espaldas con un camisón cómodo y fino que le protege del sol y un parche en el ojo. Mira a Fane con resignación—. Me estáis haciendo mucha compañía últimamente —ríe.

La muchacha se asusta al oír su voz y, de forma impulsiva, echa mano del arma que guarda en la falda para defenderse.

—¡Tranquila! Soy un enviado especial. Vengo a curar a tu amigo de parte de esos chicos tan fantásticos que no ponen límites a su amor —le explica, causando aún más confusión en Fane, que relaja la mano con la que agarra el arma, pues si bien esta visita inesperada puede ser una amenaza, también podría ser su salvación.

Le sorprende que tenga una apariencia tan diferente a la del Pistolero o la del Loco —según le contó Jonás—, incapaces de tener un diálogo fluido, violentos y con claros signos de daños cerebrales. Aunque el hecho de que lleve un camisón de abuela le mantiene en alerta, pues podría manifestar cualquier tipo de enajenación de un momento a otro.

—Pero —continúa ante el silencio de ella— antes tengo que

haceros unas preguntas. Bueno, mejor te las hago a ti, que si me responde el cadáver que te acompaña me asusto. —Suelta una carcajada espontánea.

—¡No vuelva a llamarlo así, se lo advierto! —le grita nerviosa. Sin darse cuenta, ha sacado la pistola y apunta al hombre con manos temblorosas.

—Reconozco esa pistola —le dice el señor con camisón, que ni se inmuta ante la amenaza de un arma—. Y no deberías tenerla tú. ¿Qué ha pasado con su dueño?

Fane calla. El señor la observa.

—Voy con las preguntas, si no tienes inconveniente. —El señor se pone las manos a la espalda y empieza a andar de un lado a otro—. ¿Por qué no le abandonaste en el segundo cuadrante?

—Porque es mi amigo. ¿Cómo le voy a hacer eso? —responde incrédula—. ¡Por favor, si puede ayudarle, hágalo ya! —le suplica desesperada, conteniendo las lágrimas.

—¡Vamos con la siguiente! —celebra eufórico—. ¿Cuál es tu animal favorito? —dice, mientras espera la respuesta con ansia.

Fane, cada vez más enfadada, no responde.

—Tengo que dejarte elegir entre tres. El tigre, el orangután y…

Fane vuelve a apuntarle, esta vez más decidida.

—No me ayude si no quiere, pero no se atreva a reírse de nosotros —le advierte, habiendo perdido la esperanza de que alguien sea capaz de curar a Rei.

El señor suelta una carcajada y aparta la pistola de su trayectoria.

—Tercera… ¿Te suena de algo el nombre Alejandra Elrich? —pregunta mientras se sienta a la sombra junto a ella.

—Es nuestra profesora de química —responde la joven, reprimiendo las ganas de encañonarlo de nuevo.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. La conozco desde pequeña —contesta después de tragar saliva.

—Hace calor. — El hombre se levanta de pronto—. Sujétalo de las manos y yo le cogeré de las piernas. Le llevaremos a mi cueva favorita.

La temperatura les sofoca. Con el cuerpo de Rei a cuestas, tienen que detenerse a descansar y a beber de la cantimplora que, amablemente, el señor comparte con ellos. Al fin, llegan hasta la entrada de una cueva y, con cuidado, dejan a Rei en el suelo.

—¿Una hoguera con este calor? —pregunta ella que, al inspeccionar el interior, observa hollín en el suelo.

—Aquí hay que estar preparado para todo —responde el hombre, que saca hojas de una cajita y empieza a machacarlas —. ¿Por qué crees que está así? —inquiere mientras señala a Rei con la cabeza.

—Le picó un bicho. ¿Tiene solución?

—Haz que mastique estas hierbas —le indica el señor.

Fane le hace caso y las introduce en la boca de Rei, obligándolo con cariño a que las masque.

—¿Cómo se llama? —le interroga, mientras comprueba que su amigo se ha tragado las hierbas.

—El Firmante —responde a la vez que examina la herida en el tobillo del muchacho.

—¿Y qué ha firmado? —replica extrañada, aunque algo más alegre.

—Eres como el resto, solo haces preguntas y más preguntas —le contesta el señor riéndose.

Fane empieza a darse cuenta de que el hombre se ríe todo el rato, por lo que decide no tomárselo como un ataque personal.

—Vale. Creo que le puedo curar —afirma—. Pero a cambio me tienes que dar la pistola. No es tuya. Es del mozo que se encarga del establo y los caballos. —El Firmante la mira serio

—. Siempre le chiflaron las películas de vaqueros. Y estaba dispuesto a todo con tal de ahuyentar a los ladrones de caballos. En esos tiempos...

—Pero no puedo hacer eso. Rei me la dejó para que cuidara de nosotros —le interrumpe Fane, que duda sobre qué hacer.

—Es eso u os tendré que pedir que os marchéis. —El Firmante se levanta a por la pipa que ha dejado en uno de los muebles de madera—. Espero que no me juzgues por apropiarme de algo que pertenece a la naturaleza.

—Ese hombre... El Pistolero... Está muerto. Ya no la necesita —le explica la chica, angustiada, haciendo caso omiso a su amenaza de expulsión.

—¿Lo habéis matado? ¿Dónde?

—Se disparó a sí mismo, en el limbo. No hicimos nada, se lo juro. Solo nos quedamos con su pistola y unas cerillas —responde Fane temerosa. Sabe que su versión es fácilmente cuestionable.

—Muéstrame las cerillas —le pide él—. Te voy a dar uno de mis camisones para que estés más cómoda —le ofrece al ver que la chica se quita las gotas de sudor de la frente, en parte por el calor, pero también por la tensión acumulada.

Esta agradece el cambio. El vómito que le echó Rei en el jersey desprende un olor nauseabundo. Mientras Fane se cambia, el Firmante estudia las cerillas con atención y se echa a reír.

—Creo que el Pistolero, como tú le llamas, también es un poco ladrón —dice—. Estás cerillas son de Geremire, una leyenda.

—¿Una leyenda? ¿Por qué? —replica Fane mientras comprueba que el calor corporal de Rei ha disminuido desde la última vez que lo ha tocado.

—Según cuentan, es la primera persona que logró salir del bosque —revela con voz enigmática—. Y ya te he contado

demasiado. Puedes estar contenta —termina mientras va a por más hierbas para frotarlas en la herida de Rei.

—Entonces ¿se puede salir? ¿Cómo lo hizo? —le pregunta la chica, a la que la asaltan multitud de dudas.

El Firmante da una calada profunda a su pipa, pensando en la respuesta.

—Soy un simple observador. He aprendido a serlo.

—Señor, lo único que quiero es que Rei mejore. —Hace una pausa para respirar y aclarar sus ideas—. ¿Nos puede indicar cómo se sale de aquí?

—¿Salir? —se extraña el hombre con la mirada perdida.

Quim y Mati se resguardan del calor extremo en otra de las cuevas altas que han encontrado, desde la que no se ve el monolito de la entrada. Apenas han hablado durante el camino. Se sienten perdidos; la figura del Firmante les ha generado mucha confusión.

La última vez que experimentaron algo similar fue con el Loco. Aunque dentro de la sorpresa y el susto —y el trauma que conlleva matar y ver agonizar a una persona—, les podía encajar la presencia de un perturbado que vive como un animal en el bosque. Pero a ese tipo, en cambio, se le ve cabal e inteligente, a su manera. A ambos les dio la sensación de que sabía más de lo que les decía y que medía sus palabras para averiguar lo necesario sobre ellos sin dar a conocer sus motivaciones.

—Tenemos que encontrar la forma de ir al siguiente cuadrante —le dice Quim a su compañero, que descansa

tumbado al final de la cueva—. Aquí no hacemos nada.

—¿Cómo? —Mati se siente limitado por la temperatura y de nuevo le cuesta pensar con claridad.

—El Firmante sabe dónde está el portal. Estoy convencido —afirma Quim ya de pie, con el pelo empapado. Lo tiene demasiado largo y empieza a molestarle.

—Puede que viva aquí porque no lo ha encontrado desde que entró —le responde el otro, cada vez más desmotivado.

—Deberíamos intentar reencontrarnos con él. —Quim, resuelto, se pone a palpar la pared del fondo, tal como Mati ha hecho en la otra cueva.

—¿Qué haces? —le pregunta este.

—Lo que sea. Es mejor que quedarnos de brazos cruzados —le contesta con una sonrisa para animarlo.

Mati se pone de pie a su lado. Cree que el novato está en lo cierto y que lo más inteligente es centrarse en la única pista que tienen sobre este cuadrante: que alberga a una persona que lo conoce y es capaz de interactuar con ellos.

—Si vamos a buscarlo, tenemos que acordar cómo abordarlo. Es raro. Y no admite preguntas —reflexiona el chico, que agradece que Quim tire de él para no derrumbarse.

—¿Por qué nosotros nos asustamos y él no? —le pregunta este.

—Porque nos despertó… —le responde Mati como si estuviera diciendo una obviedad.

—Nos hubiera asustado igual, aunque estuviéramos despiertos. Además, conoce La Liande y tiene una foto de vuestra profesora.

—También dijo que quería darle un abrazo al director.

—Pero eso fue en tono irónico. Más bien diría que le molesta —dice Quim, que se da cuenta de que la mente analítica de Mati a veces hace que se pierda ciertos matices.

—Y ama a la señorita Elrich. Es la única justificación para

que guarde su foto.

Quizá hay cierto tipo de detalles que Mati entiende —piensa Quim—, y sale a comprobar si ha bajado la temperatura.

—Pasamos de la nieve a un calor extremo. Jamás había visto algo así.

—Lo de ver cosas inexplicables hace rato que ha dejado de sorprenderme. El tema es: ¿por qué ha cambiado? Algo ha tenido que provocarlo. —Sale con él para observar el entorno con detenimiento.

—A lo mejor lo provocó el Firmante para hablar con nosotros —aventura Quim, que con un gesto le pide que vuelvan al interior.

—¿Y para qué haría nevar? ¿Para atraparnos? No tiene sentido —responde su acompañante, que recuerda lo que sufrieron para salir del cuadrante del ascenso. Prefiere encontrarse en esa situación que en la anterior, pero no está dispuesto a echar a perder su esfuerzo. Por eso se presiona para encontrar un remedio a su estancamiento.

Quim, por otro lado, confía en que su compañero sepa ver algo que a él se le escapa. Ya ha comprobado que es ágil de mente y que sabe responder ante la presión mucho mejor de lo que esperaba. En temas relacionados con el internado, él no sabe nada y prefiere delegar las conjeturas en un alumno que vive allí desde los cuatro años. Después de todo, se da cuenta de que hacen un buen equipo, que se compenetran.

—La profesora de primero nos cantaba una nana que está relacionada con lo que vimos en el manantial. Hay adultos con el uniforme de La Liande. Y la única persona cuerda que nos encontramos en el bosque tiene una foto antigua, en blanco y negro, de una profesora —piensa en alto Mati—. Que, por cierto, está igual que hace unos días, cuando la vi por última vez.

—¿Has visto que alguien envejezca en La Liande? —le

pregunta Quim, que sabe interpretar sus sospechas.

—Yo he envejecido. Y mis compañeros también.

—¿Y los profesores? —vuelve a preguntar el chico nuevo.

—A decir verdad, no —contesta Mati, que repasa a todos los profesores que recuerda—. Tampoco vemos a otros adultos como para poder comparar —le explica.

—El Firmante dijo que el director se atrevió a entrar. Recalcó esa parte. ¿Por qué iba a tener miedo? Es un bosque —le comenta Quim, que comienza a encontrar rarezas en los comentarios del Firmante.

—Porque el director ha estado aquí antes. Y conoce los horrores que existen. —Le empiezan a temblar las piernas por los nervios—. Por eso tenía un mapa y se mostraba tan agresivo... —le responde, aclarando para sí muchas de las dudas que tenía hasta ese momento.

—¿Quién te parece más mayor, el Firmante o el director? —le pregunta él.

—El Firmante —responde Mati convencido.

—¿Y la profesora?

—Diría que de la misma edad que el director.

—Si vamos a hablar con el Firmante debemos orientar muy bien la conversación. Tenemos que conseguir que crea que puede confiar en nosotros —dice Quim, ansioso. Desearía tener la oportunidad de hablar con él en ese instante.

—El Firmante sabe que estamos en este cuadrante. Es cuestión de tiempo que vuelva a buscarnos para tenernos localizados. Habla de las cuevas como si fueran suyas.

—Entonces, esperemos a que venga a por nosotros.

El Firmante prepara una sopa de verduras que termina de cocerse a fuego lento en la hoguera. Rei ya está consciente, pero apenas ha abierto la boca desde que ha despertado, avergonzado por haber supuesto un problema para Fane, a la que ve contenta porque él esté mejor, pero también identifica una mueca permanente en su rostro a causa de todo lo sufrido hasta ese instante.

El joven tiene recuerdos borrosos desde que le picó la asquerosa araña. Y ni siquiera sabe cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces.

—Gracias por cuidarme —dice en voz alta.

Fane le responde con una sonrisa.

—Esas arañas tienen complejo de escaladoras. Se esconden en las alturas, no sé por qué —les explica el Firmante—. Por suerte para vosotros, ya tuve que curar a alguien en el pasado, por eso sabía qué hacer.

—Usted parece saber mucho de este bosque —le comenta ella, con la esperanza de que le cuente algo más sobre él.

—Casi todo. Al menos lo más importante —le responde, mientras se aparta del caldo—. Desde luego, lo que nunca sabré es cocinar en condiciones —ríe.

—Señor, tiene que sacarnos de aquí. No quiero volver a sentirme una carga —le pide Rei, que la mira de reojo.

—Uno de vuestros amigos me dijo que entrasteis voluntariamente —les cuenta el Firmante con una media sonrisa.

—No tenemos amigos aquí —afirma, tajante, Fane.

—No me voy a meter en vuestros asuntos. Me dan igual —aclara con aires de superioridad—. Pero si el chico no me llega a advertir, me hubiera limitado a ver vuestra muerte desde lejos, quizá acompañado de esta sopa que estoy preparando.

—En cualquier caso, miente. Nos obligó a entrar el director. No sé qué chico te lo habrá dicho, pero no te ha contado la

verdad —dice la chica enfadada por tener que hablar de sus compañeros, hacia los que guarda un profundo rencor.

—El director jamás pasaría al primer cuadrante —declara el Firmante.

—Entramos con él al limbo y ahí murió —interviene Rei—. Tenemos miedo de que nos responsabilicen de lo ocurrido —continúa con voz débil.

—Interesante... —El hombre se queda pensativo.

—El bosque es una especie de circuito, ¿no? —pregunta Fane, intentando averiguar si está en lo cierto—. No existe la manera de volver atrás.

—Es una lectura válida. —Sirve la sopa en recipientes artesanales—. Pero no soy vuestro guía —les dice ofreciéndoles un cuenco a cada uno.

—¿Una sopa con este calor? —se queja Rei.

El Firmante se la retira.

—¿Qué hace aquí? —le pregunta la joven.

—Cuidar de mis cuevas —le responde él con una sonrisa.

—No me lo creo. Es absurdo —repone Fane altiva, con intención de provocarle.

—Tú no te crees nada, ¿verdad? —replica el Firmante serio.

Fane da un sorbo a la sopa.

—Está asquerosa, pero gracias —le comenta de broma, esforzándose por mostrarse agradecida.

—De nada. Ya os he dicho que no sé cocinar —ríe.

El Firmante le devuelve el recipiente a Rei.

—Os recomiendo que sigáis. Terminaos la sopa y marchaos —les pide malhumorado de repente.

—Rei necesita descansar...

—Si os detenéis, estáis condenados —les explica el habitante de la cueva mientras se levanta para buscar un saco—. Dad el último trago a la sopa. Os proporcionaré víveres para el camino.

Fane le hace un gesto a Rei para que se levante. Este apura la sopa.

—No sabemos adónde ir —le confiesa Fane, que contempla las dificultades con las que se levanta su amigo, temerosa de que recaiga.

—Os mostraré dónde está el portal. Después de eso, no quiero volver a veros —suelta el Firmante con una carcajada.

—No sé cómo agradecértelo. —Se acerca a él y le agarra con fuerza de las manos.

—El arma —le pide de inmediato—. La guardaré aquí, a buen recaudo.

Fane se la entrega.

—¿Cómo? —pregunta Rei sorprendido.

—Un trato es un trato. Luego te lo explico —le dice ella mientras le agarra de la mano para instarlo a salir al exterior.

Los tres salen de la cueva, miran alrededor y los chicos ponen rumbo al portal que los llevará hasta el próximo cuadrante.

Desde su cueva, Jonás observa como el Firmante y sus dos nuevos amigos salen de la suya. A sus ojos, la deslealtad continúa. Han sabido persuadir a ese tipo para que les ayude. Quizá le han dado lástima, algo que él nunca se permitiría, en ninguna circunstancia.

Quiere acercarse a ellos con cautela, pues parece que siguen un rumbo —lejos del monolito—, pero tiene que hacerlo manteniendo una distancia prudencial para que no le vean. Desconoce si han hablado mal de él en este tiempo y si Rei ha

renunciado definitivamente a tratarlo como se merece.

Camina agachado, procurando hacer el menor ruido posible. No quiere perder la oportunidad de echar un vistazo a la cueva en la que estaban refugiados por si hay alimentos que pueda guardar para más adelante. La inspecciona con agilidad y se mete en los bolsillos cada fruto seco o mora que encuentra. Ve restos de sopa en varios recipientes, introduce el dedo para ver la temperatura de cada uno y, al comprobar que está fría, se la bebe lo más rápido que puede.

Esa parece la caverna principal, la primera en que estuvo cuando cruzó. Con la nieve se desorientó y pensó que en la que entraba después era la misma, pero ahora sospecha que todas están provistas de agua y de lo necesario para encender fuego en caso de emergencia.

Registra cada espacio con prisa, pues es consciente de que no puede demorarse. El calor se le concentra en la cara y en la garganta, lo que hace que, por momentos, tenga que detenerse a abanicarse con las hojas más grandes que encuentra esparcidas por el suelo.

Bajo un taburete hay ropa, que examina por si le puede servir, pero ya carga con abrigo suficiente desde que le quitó el uniforme al esqueleto. Pensó que después de la nevada sería imposible que se le secara, pero con el aumento de las temperaturas eso no ha sido un problema.

Oculto bajo las prendas, encuentra un revólver cargado. Tiene una bala en el tambor. Ese hallazgo le puede salvar de un enemigo como el que le atacó en las catacumbas. O de Quim, al que ha lanzado un esqueleto para espantarlo, en defensa propia —como no deja de repetirse—. Así que se la guarda en la parte de atrás del pantalón gris del internado sin plantearse las consecuencias de su acto.

Ha llegado un punto en el que sobrevivir es su prioridad, y no está dispuesto a confiar en la bondad de desconocidos. Si

tiene que ser el malo de la historia para evitar la muerte, lo será. Ahí fuera, las normas son unas, pero en el bosque ha aprendido que la realidad es mil veces más cruel.

Sale a un ritmo ágil, no sin antes cerciorarse de que el terreno está despejado.

Sigue la dirección en la que se han ido el Firmante y sus compañeros. Confía en que no se le hayan escapado, que le dé tiempo a alcanzarlos.

El Firmante vuelve triste. Un poco antes de que anocheciera, ha dejado a la pareja en la cueva oculta al lado del portal, conocedor de lo que les espera en los siguientes cuadrantes. Pero él no puede intervenir, es lo que establece el pacto. Y aunque le resulte doloroso, ya se ha enfrentado antes a situaciones similares.

Está confuso por cómo han llegado hasta él, pues no es lo habitual. Y le extraña que el director se exponga a los peligros del bosque, ya que en él pierde su poder. Precisamente su labor es evitar que cualquiera de los profesores se arriesgue a entrar. Por eso descarta que esté muerto. Debe de ser cosa de la imaginación de unos críos sin capacidad de razonamiento.

Se pregunta cómo estará Alejandra, si se ha olvidado de él y si sabe lo que hizo por ella.

Entre todos los climas extremos que hay en el tercer cuadrante, el que más odia es el calor. Es al que más le cuesta acostumbrarse. Asimismo, como ha ocurrido desde la última vez, sospecha que la entrada de nuevos alumnos se demorará demasiado, por lo que no cambiará hasta entonces.

Se plantea trasladarse por un tiempo a otro cuadrante, pero los conoce todos y este es en el que mejor vida puede llevar. Probará a adaptarse unas semanas y decidirá.

La cueva está revuelta y no queda ni gota de la sopa que había reservado. Duda de si lo dejó todo así, pero no, es imposible. Ve la ropa apartada del taburete y se teme lo peor. Enfurecido, lanza al suelo lo que encuentra a su paso. Lo revuelve todo. Se tira del pelo, desesperado.

Durante el arrebato de cólera, empieza a experimentar una sensación nueva. Le duele todo el cuerpo, como si hubiera recibido un latigazo en la espalda. Intenta quejarse, gritar, pero no puede. Solo le sale un lamento débil que le resulta insuficiente para reflejar el suplicio por el que está pasando. Las extremidades se le agarrotan. No las puede mover. Y se niega a creer que uno de sus mayores miedos se esté materializando.

Respira. Pasan los minutos, casi una hora, y poco a poco va recuperando la movilidad. Secándose el sudor por el esfuerzo, se pregunta quién habrá sido el condenado que se ha atrevido a robarle el arma.

El Firmante irrumpe al día siguiente en la cueva de Quim y Mati. Está descompuesto, empapado en sudor y con la respiración acelerada.

—Aquí está —dice Quim satisfecho, acompañando la frase con una mirada de complicidad.

Lo que en un principio sería una buena noticia para ellos, tras unos segundos de estupor, se convierte en preocupación,

pues le ven tan alterado que se ponen en pie con rapidez para defenderse.

—¿Dónde está? —pregunta el Firmante delante de Mati, al que desafía con la mirada.

Este espera la reacción de Quim. Eso no formaba parte del plan, y ahora el Firmante parece tan enajenado como el resto de los habitantes del bosque.

—¿El qué? —replica.

A esa distancia, siente el aliento palpitante del hombre en la cara.

—No vais a salir de aquí hasta que me devolváis el arma —les dice amenazante, con una de las manos guardadas en el bolsillo.

—Nosotros no tenemos ningún arma —interviene Quim, que pretende poner distancia entre ambos.

El Firmante saca una de sus hojas afiladas.

—Decídmelo, malditos —exige ahora señalándolo—. Sois los responsables, ¡seguro! —chilla fuera de sí.

—Señor... Nosotros no tenemos nada. —Mati, con las manos en alto, intenta apaciguarlo.

Quim, sin embargo, no se entretiene con buenas palabras, sino que le empuja con la intención de separarle del chico.

—¡Aléjese de nosotros! —le grita enfurecido.

El Firmante se derrumba en el suelo. Su mente revive inconscientemente las situaciones en las que ha sido engañado por la vulnerabilidad e inocencia de los chicos que han terminado en el bosque, lo que deriva en una sensación que va del nerviosismo a la impotencia. De repente, rompe a llorar desconsolado.

Son muchos años. Demasiada gente que —estando de paso— lo ha traicionado. Circunstancias en las que se ha encontrado entre la espada y la pared; en el papel de salvador y de verdugo. Él se quedó en el bosque en un acto heroico, de buena

fe, y siente que no se lo han recompensado ni le han tratado como corresponde.

—Lo sé. Ha sido el chico grosero... —dice con dificultad—. ¿Cómo he podido dejarla tan a la vista? —se lamenta sin mirarlos a la cara.

Acto seguido, tras una pausa, empieza a golpearse con el puño en la cabeza hasta que Mati le frena. Quim, al mismo tiempo, corre para quitarle de un manotazo la cuchilla que empuña.

Mati se queda consolándole en el suelo. Siente lástima por él y le agarra del hombro suavemente para acompañarlo en su pena.

—¿¡De qué vas!? —le grita Quim cuando ve que se ha tranquilizado.

Creían que tenían un plan perfecto. Sin embargo, vuelven a caer en el desánimo, pues, de nuevo, certifican que en ese terreno inhóspito la planificación sirve de muy poco.

—Deja que se tranquilice —le pide Mati—. Con gritos no vamos a solucionar nada.

—Ya estoy bien. —El Firmante se seca la última lágrima de la cara.

Los muchachos se miran. Tal vez ahora sea el mejor momento para poner en práctica su idea.

—Ojalá recordara el nombre del chico del que nos hablaba la señorita Elrich en clase —dice en alto Mati, que guiña un ojo al novato.

—Ah, sí —conviene este con el mismo tono—. El famoso novio de la profesora de química...

—¿Cómo? —El Firmante levanta la cabeza.

—Me llevaba muy bien con la profesora, ¿sabe? —le explica —. Pero soy tan malo recordando nombres... —continúa mientras finge hacer un gran esfuerzo por pensar.

—Recuérdalo —le apremia el hombre, muy nervioso—.

Tienes que decírmelo.

—No creo que sea capaz —le responde el chico, que le suelta el hombro para masajearse las sienes concentrado.

—¿Sabes lo que creo, Mati? —Quim se agacha y se apoya con mimo en él ante la atenta mirada del Firmante—. Que te falta algún incentivo para acordarte —afirma convencido.

—Me gustan los incentivos —declara Mati sonriente.

—¿Me estáis chantajeando, pequeños mequetrefes? —pregunta el Firmante con el ceño fruncido.

—Seríamos incapaces de hacer eso —niega Quim, abriendo mucho los ojos y negando con la cabeza.

—¿Ha insinuado que intentamos aprovecharnos de él? —le comenta Mati a su compañero, visiblemente afectado por la acusación.

—¿Qué queréis? —inquiere el Firmante con la cara desencajada, ofendido por el descaro de esos alumnos.

—En condiciones normales, nos conformaríamos con comida —dice Mati.

—Exacto —confirma Quim.

—Pero como nos has amenazado con una cuchilla...

—Me va a costar olvidarme de eso —sigue el otro.

—¿Qué queréis? —vuelve a preguntar el Firmante, ya enfadado.

Quim y Mati se miran de nuevo antes de pedirle al Firmante que les facilite el acceso al próximo cuadrante.

11

Oscuridad

Jonás espera fuera de la cueva a que Rei y Fane se despidan del Firmante. Lo hacen con un afectuoso abrazo que causa el rechazo instantáneo de Jonás; para él su amigo Rei ha perdido en el bosque toda la personalidad de la que hacía gala en el internado.

Sabe que es mejor no cruzar inmediatamente después que ellos, pues su relación ya no es como antes. Decide hacer tiempo escondido por los alrededores, mientras se enfrenta a los últimos efectos del calor extremo, algo aligerados por la proximidad de la noche.

Ya ha perdido de vista al Firmante, que ha iniciado el camino de vuelta con andar alicaído, sin ser consciente de que la guinda le espera cuando compruebe que el revólver ya no está a buen recaudo.

Tiene ganas de saber lo que habrá en el cuarto cuadrante, después de superar cada uno de los obstáculos que se le han presentado hasta ahora. Cree que lo peor está por llegar y le preocupa —en ese sentido— que Quim vaya con Mati, igual que Fane tiene a Rei, y que eso les dé ventaja sobre él.

Toca el portal y la sensación es diferente a la que tuvo en los demás. Este le absorbe con solo posar el dedo sobre él.

De golpe, se encuentra a oscuras, ciego. Delante de él solo ve una luz del tamaño de una luciérnaga. Intenta atraparla con las manos, pero no llega a alcanzarla. Empieza a sentir escalofríos debido al brusco cambio de temperatura. Se queda inmóvil y

tembloroso, intentando asimilar su nueva situación.

Se deja caer de rodillas —lo que le provoca una gran herida en una de ellas— sobre la tierra de un bosque que no llega a ver, sumergido en un vacío en el que solo le acompañan los pensamientos. Se concentra en la luciérnaga, e intenta gatear hacia ella, para no tropezar con las rocas y raíces que van apareciendo.

Eso no evita que se dé un golpe en la cabeza con la parte baja de un tronco, y hace que se muerda la lengua. Siente en la boca el sabor ferroso de la sangre. Escupe y continúa. De manera instintiva, se pasa la mano un par de veces por la cara, incapaz de valorar la magnitud del corte que se ha hecho, aunque experimenta un pequeño mareo que hace que, por momentos, vea esa luz algo borrosa.

El estado de anestesia le recuerda a lo que sintió atrapado en la nieve, solo que en un entorno que parece sellado. Cierra los ojos; desaparece la luciérnaga. Pero consigue abrirlos y se propone avanzar hasta alcanzarla.

Quim y Mati siguen los pasos del Firmante. Lo hacen algo alejados de él para poder hablar con comodidad.

—Prefería la nieve —dice Quim, que no aparta la vista del hombre.

—Con la nieve nos hubiéramos quedado atrapados —le explica Mati, sudoroso y cansado—. ¿Qué haremos cuando lleguemos y nos pida el nombre? —inquiere.

—Cambiar de cuadrante y huir —contesta Quim.

—Creo que es mejor contarle la verdad... Que sepa que la

señorita Elrich nunca nos habló de él —sugiere el chico, triste por haber tenido que recurrir a una mentira así para avanzar.

El Firmante les grita desde lejos:

—¡Vamos, deprisa! —Les hace un gesto con las manos para que se apresuren, dándoles a entender que están a punto de llegar.

—Ojalá supiéramos su nombre real para decírselo y que se quedara contento —susurra Quim, que hace un gesto al Firmante para indicarle que le han oído.

—Puedo inventarme una historia —propone Mati.

—¿Qué historia? Si se da cuenta de que mentimos, puede ser mucho peor.

—¡Señor, creo que tenemos que descansar! —le grita Mati para que se detenga.

—Pero ¡cállate! —le amonesta de inmediato Quim.

—Tenemos que ganar tiempo.

El Firmante se dirige hacia ellos.

—Aguantasteis la falta de oxígeno del segundo cuadrante, ¿y esto no? —les pregunta en broma.

—Este calor es insufrible —le dice Mati.

—El ascenso era la parte favorita de Alejandra —recuerda el hombre con una sonrisa—. Esta, en cambio, la odiaba.

—En las clases nos repartía tablas periódicas en las que faltaba el oxígeno —le explica el chico, que se da cuenta de que está resolviendo el acertijo mientras habla—. Siempre se lo saltaba en las explicaciones.

Quim observa atento sin saber si lo que narra Mati es inventado o ha sucedido de verdad.

—¡Sí! ¡Es ella seguro! Cada árbol de ese cuadrante simboliza uno de los elementos, por eso hay ciento diecisiete —exclama el Firmante—. ¡Cuéntame más! —le pide emocionado.

Mati se alegra por haber descubierto la pista de la profesora Elrich sobre el bosque. Se queda pensativo. Busca en su

memoria alguna otra referencia que pueda interesar al Firmante para que les deje irse, pero no cae en nada relevante, así que decide cambiar de tema.

—Señor, si la ama, ¿por qué no está con ella? —inquiere el joven en voz baja, avergonzado.

—Tengo que quedarme aquí —le responde este con semblante serio—. No lo entenderíais.

—Si conseguimos salir, podríamos llevarle un mensaje de su parte —le propone Quim.

—¡Sí, buena idea! —exclama Mati—. Seguro que le hace ilusión saber de usted —continúa animado, para ver si le contagia su actitud.

El Firmante hace una pausa para pensar. Podría ser buena idea escribir una carta para Alejandra y hacérsela llegar a través de alguno de los muchachos. Pero ¿cuál de todos está más preparado?

—Lo que tenéis que hacer es sobrevivir. Esa debe ser vuestra prioridad —les dice—. ¡Vamos, tenemos que seguir!

—¿Qué nos vamos a encontrar en el siguiente cuadrante? —pregunta el nuevo alumno.

—Sois unos malditos aprovechados —bromea—. Oscuridad... y una única luz —les revela en tono serio.

—¿Qué es la luz? —quiere saber Mati.

—Un árbol. Es el encargado de iluminar mínimamente el cuadrante. Dirigíos a él y seguid sus indicaciones —les explica.

—Deberemos tener cuidado de no separarnos —le comenta Mati a su compañero.

—Los problemas vendrán si no lo hacéis... —susurra el Firmante.

—¿Cómo? —Mati no le ha oído bien.

—Nada, nada —responde el Firmante nervioso.

—¡Muchas gracias, señor! —le dice Quim antes de entrar en la cueva que alberga el portal.

—¿Ahora me vais a decir el nombre que repetía Alejandra en las clases? —pregunta el hombre, con actitud retadora.

Ambos callan.

Fane está sentada en medio de un charco de agua templada con el que ha resbalado. Ha pasado por diferentes fases desde que se separó de Rei al cruzar juntos el portal: angustia, debido al cambio brusco de ambiente; sobresalto, por estar a merced de estímulos tan confusos; rabia, por no poder ver ni gritar para localizar a su compañero; y consuelo, por la certeza de que ambos encontrarán la manera de protegerse.

Ahora asume la distancia como un principio firme del terreno que la envuelve. Nada es casual. Y la única señal que tiene —y en la que se centra— es la pequeña luz del fondo del cuadrante, a la que, inevitablemente, asocia —por experiencia — el siguiente portal.

La despedida del Firmante le pareció emotiva, pues demostró ser una persona de honor. Lo que no entiende es por qué no les avisó de que entrarían en ese vacío en el que parte de sus sentidos están adormilados.

Quiere aprovechar el silencio y la calma para descansar después de la repentina separación. Sin Rei, es libre para hacerlo —aunque se sienta mal por reconocerlo—, pues desde que volvió del secuestro a manos de los odiosos Quim y Mati no ha dejado de responsabilizarse de él.

La falta de luz y ruido la asusta. Le recuerda a cuando apagaban las luces en La Liande, cuando se quedaba a solas con los pensamientos de nostalgia y abandono, y agarraba con

fuerza su Insólito Peluche-Pez para que la protegiera con su compañía.

Ahora lo echa en falta. Palpa el agua que la rodea para ver si está con ella. Por si todo forma parte de una cruel pesadilla, como lleva tiempo sospechando, o está ante la cruda realidad. Esa para la que los llevan preparando tantos años. Porque la vida está llena de dificultades y retos, pero aquí la esencia es cambiante, va más allá, pues en apariencia las bases de la lógica y el sentido común se tambalean por puro azar o divertimento de una naturaleza traviesa.

El tiempo ha dejado de correr para ella. Ya no cree en el envejecimiento y la celeridad. Y ahora solo apuesta por la eternidad y el sosiego.

No quiere volver al internado. Confía en crear un espacio seguro para ella y para Rei, por fin juntos, donde no haya armas. La reconforta haberse deshecho de la que tuvo entre las manos. Reflexiona sobre la muerte del Pistolero y sobre el grado de desesperación que hay que soportar para hacer lo que él hizo. También sobre cómo ha sido capaz de apuntar a alguien con una pistola.

Desde que entró en el bosque ha cambiado su concepción de la muerte. Entiende que en el internado se la suavizaran porque todavía son jóvenes. Pero no hay que ignorarla, sino afrontarla como es debido: con valentía y fortaleza, pues la vida es algo valioso que puede esfumarse en cualquier momento.

No solo se castiga, también se conceden los méritos necesarios. Ha sido capaz de trepar lo inimaginable, de sobrevivir y proteger a otra persona al mismo tiempo, y de llegar a este charco en el que está sentada sin remordimientos, sin tareas pendientes ni aspiraciones.

Pero eso cambia. Le vendría bien algo de iluminación si quiere llegar a lo que intuye que es el nuevo portal. Rei se ha quedado con la caja de cerillas que recogió cuando registró al

Pistolero, casi como un regalo de cumpleaños improvisado.

Fane se incorpora decidida a buscar a quien más quiere. No puede engañarse, no iría a ninguna parte sin encontrar a Rei. Aunque fuera ella quien llevara las cerillas, las usaría para buscarle. Si algún día hallan la paz juntos, no renunciará a esos momentos de preciosa soledad. Sin embargo, solo quiere que existan si se producen entre instantes de mutua compañía.

Rei busca en los bolsillos la caja de cerillas que le quitó al Pistolero. Ha probado a gritar, pero cree que en ese cuadrante el sonido de las voces humanas es casi imperceptible, por lo que están casi mudos. Esa es la razón por la que hace rato que ha dejado de oír a Fane.

Su irrupción en el cuarto cuadrante ha sido demasiado agresiva para él, ya que aún estaba terminando de recuperarse de la picadura de la tarántula. El tobillo es ahora su punto débil. Por su culpa se ha tropezado en la oscuridad. Desde el suelo, se fustiga por sentirse sin fuerzas, desprotegido y necesitado de ayuda.

Creía que ese terreno sería la oportunidad perfecta para demostrar su valía, pero aislado, a solas consigo mismo, reconoce que no está preparado para resistir. Tampoco para cuidar de Fane, que ha desaparecido nada más entrar debido a las restricciones del cuadrante.

Es su cumpleaños, o eso cree. La noción del tiempo en el bosque y el paso de los días se vuelven algo vagos. Ella siempre lo ha cuidado con regalos y afecto por esas fechas. Igual que Jonás, que se lo llevaba al patio a primera hora, mientras los

demás desayunaban, para jugar a la vida eterna; y Mati, que le prestaba puzles de la sala —pasados de moda y ajados— porque no tenía otras opciones para sorprenderlo.

Es la primera vez que cumple años solo. Es raro, porque siempre ha tenido la sensación de que faltaba alguien. Hasta estos recién cumplidos diecisiete, nunca ha sabido aceptar que tenía a su alrededor a las personas importantes para él.

Saca una de las cerillas y la frota con uno de los laterales de la caja, sin éxito. Cree que no ha acertado con el lado adecuado. Igual que con muchas de las decisiones que ha tomado en el bosque. Como cuando se bebió la botella de Mati e hizo que se marchara y formara alianza con el chico nuevo, la marcha del limbo sin Fane o precipitar el ascenso del segundo cuadrante cuando no tenían ninguna necesidad de seguir a Jonás.

Tal vez sea mejor así. Fane es capaz de salir del bosque sin él. A esas alturas seguro que lo considera un lastre. Lo daría todo por tener la solución a ese rompecabezas, para lograr el futuro que se merecen lejos de La Liande, a la que ya no tiene intención de volver.

No debió consentir que el Firmante se quedara con el arma que encontraron. Están desamparados por esa trágica decisión. Prescindir de un arma cargada es una condena.

Se fija en la luz lejana como único punto de encuentro posible. Quién sabe la clase de horrores que se pueden acumular ahí. Pero cuanto más anda, más grande la ve, lo que significa que se acerca. En estos momentos es suficiente esperanza para él. Decidido, da la vuelta a la caja de cerillas y prueba de nuevo a encender una. En el primer intento solo logra que salten chispas antes de romperla, pero con la segunda consigue una pequeña llama que apenas ilumina el lugar donde permanece. Sin embargo, es suficiente. Sintiéndose un poco más seguro, continúa avanzando hacia la luz.

No sabe cuánto tiempo lleva andando cuando nota que una mano le toca la espalda y lo retiene. Le agarra fuerte del brazo para que no se mueva. Rei se da la vuelta de golpe, nervioso.

—¡Felicidades! —intenta gritar Fane, pero descubre que ni siquiera ella se oye con claridad. Repite la palabra con esfuerzo, confusa y vocalizando al máximo, hasta que escucha un atisbo de su propia voz. Entonces sonríe.

A ambos les falla el oído y la voz, así que Rei la abraza para hacerse entender, aunque le gustaría que el gesto fuera otro. Más íntimo. Juntos, encienden otra cerilla y se encaminan hacia la luz situada en el centro del cuadrante.

Quim busca a Mati en la oscuridad. A gritos, con una voz que siente pesada, como si estuviera en el interior de una pecera llena de agua; también con el tacto, que resulta casi inútil, a juzgar por el vacío que le rodea.

Hasta ahora, que se ha alejado de él, no ha valorado su compañía. Le ha mostrado sin reticencias los secretos de La Liande cuando se dieron cuenta de que eso era una ventaja en el bosque. También le ha cuestionado sus convencimientos más firmes, al hacerle ver que todos comparten su sufrimiento. Y jamás le pareció que lo hiciera con un interés oculto.

Puede que devolver el daño que le han causado no sea la mejor forma de aplacar la ira y el enfado que siente. Sus ansias de venganza —o más bien de justicia— son temporales. Un camuflaje provisional para sus inseguridades más profundas. ¿Se arrepentirá al ver el resultado? ¿Se sentirá decepcionado si cede a sus instintos más primarios?

Lleva los cordones desatados. Nota que se los pisa de vez en cuando, pero le cuesta agacharse para anudárselos, pues en ese breve periodo de tiempo siente que será más vulnerable de lo normal; lo hace poco convencido, porque cerca del suelo es donde más echa en falta ver las huellas que va dejando a su paso.

Tal y como les dijo el Firmante, hay una pequeña luz —que se supone que proviene de un árbol— que ilumina mínimamente el cuadrante. Le sorprendió la reacción de este cuando le confesaron el engaño. No reaccionó con enfado, sino más bien con tristeza. Se despidió de ellos con un cálido abrazo —inevitable con ese clima— y un mensaje de fortuna: «Andad con un objetivo fijo y la suerte estará de vuestro lado».

Ha comprendido que el limbo solo era una mala imitación de lo que encontrarían de ahí en adelante. Pecó de inocente al pensar que unas trampas con señuelo serían el mayor de los peligros, pues ya aprendió, de pequeño, que ponerse en lo peor era imprescindible para sobrevivir.

Lo que le está esperando fuera es un misterio, pero lo desea. Con la misma fuerza que necesita que Jonás, evidente artífice de la humillación, reciba su merecido. Intenta controlar los impulsos de asco hacia él, pero le cuesta. Le repugna esa forma de tratarlo cuando llegó, bajo el aura de colega para ganarse su confianza, pues es la manera de proceder que caracteriza a las malas personas.

En el fondo sabe que esa afrenta ha sido tan dolorosa —y ha provocado su deseo de venganza— porque, por desgracia, ya la ha vivido antes.

Era el último curso de internado. La última oportunidad de hacer amigos. Y se encontró con el acoso y el engaño habituales.

La oscuridad le da miedo porque con ella no tiene más remedio que centrarse en sus pensamientos. Esos de los que

tanto huye, que aquí se reproducen como un eco, al igual que su incesante tos.

Quedarse encerrado en ese cuadrante y morir en el bosque o volver para completar el último curso en La Liande y graduarse no son opciones para él. Con cada pisada se obliga a avanzar acompañado por sus miedos —como el fracaso y el desengaño — y con el obstáculo añadido de su lado más cobarde, que oculta repitiéndose el mensaje de fortuna de su teórico aliado, el Firmante.

Mati corre enérgico entre la oscuridad sin reparar en la situación de Quim. Comprueba que la única diferencia entre progresar con los ojos cerrados y hacerlo con ellos abiertos es visualizar el punto de luz del que les habló el Firmante.

No se esfuerza en hablar ni en escuchar, pues interpreta a la perfección la exigencia del cuarto cuadrante: alcanzar el objetivo sin detenerse.

Entiende que es un desafío individual en el que el freno se lo pone cada uno a sí mismo, ya que el entorno parece especialmente acondicionado para incapacitar los sentidos que permiten interactuar con los demás.

Se golpea con los árboles, se tropieza y se corta las piernas con las zarzas y salientes de la vegetación, pero no se detiene. Aunque las heridas escuezan y las caídas le ralenticen. El pavor que siente por los posibles peligros y trampas es inmenso. Puede haber alguna como en la que cayó el director, llena de cuchillas, como las que ha visto empuñar al Firmante.

Se acerca más y más a la luz, mientras relaciona las cuchillas

con las trampas. Y es que tiene todo el sentido del mundo que fuera el hombre —un residente del bosque— el que las colocara. Echa en falta a Quim para comentarlo.

Pospone este asunto en pos de su supervivencia. No necesita distracciones. Solo debe concentrarse en la luz, su salvación. Sin embargo, le sucede lo mismo que en la sala de juegos. Cuando llegaba a la mitad de uno de ellos, le gustaba plantearse qué pasaría si hubiera empezado de otra forma.

El comienzo de este malinterpretado juego sería la noche del encierro del desafortunado Quim. Ese día no tuvo demasiada capacidad de intervención, pues ignoraba las consecuencias de algo que, aun sabiendo que estaba mal, se podría interpretar como una broma.

Su primera ficha en el tablero la colocó al entrar en el limbo. Podría haberle contado al director lo que sucedió, pero decidió callar, a la espera de conocer la magnitud de lo acontecido.

Más tarde, cuando ya solo estaba con Fane y Rei, el miedo del disparo le paralizó. Y la sorpresa de que ese revólver lo terminara empuñando ella le hizo ver la deriva a la que estaban expuestos. Todo podía ocurrir, y tenía que estar preparado. Por eso ahora no duda en correr en un terreno en el que lo más aconsejable es pisar con cuidado.

Ninguno de sus compañeros es el mismo que creció como buenamente pudo en La Liande. Ahora son sombras que oscilan entre el papel de guerreros y víctimas. Él ha cumplido con ambas, cuando se enfrentó al Loco o tuvo que soportar que menospreciaran sus ideas.

Ha de conseguir que todos sobrevivan y que el bosque se cobre el menor número de muertes posible. Una vez fuera, cada uno podrá elegir el destino que prefiera. Él tiene muchas cuentas pendientes, pero una es más importante que las demás y lo ha descubierto aquí: buscar y hablar con sus padres. Quién sabe, a lo mejor las explicaciones no le sirven. En ese caso, se

enfrentará a ellos y les reprochará su actitud. No tiene nada que perder.

El Firmante espera impaciente delante del portal de su cuadrante. Quiere que pase un alumno nuevo, para que así cambie el clima y desaparezca el calor extremo. Solo confía en que no se formen huracanes, como ocurrió una vez, hace años. Eso provocó que tuviera que alojarse en el séptimo cuadrante durante un lustro, y no hay nada que le cause más rechazo que vivir rodeado de los hippies que pululan por esos lares.

Ha aprendido a rechazar los falsos privilegios que hay en el bosque y a perseguir una vida tranquila, sencilla y auténtica. No se necesita demasiado para asentarse sin molestar a nadie y subsistir.

Muchos optaron por engañarse. No hay forma de ser feliz una vez entras en el limbo y es mejor aceptarlo. Él lo ha comprobado. De ahí nace una frustración, incentivada por la esperanza, en la que se quiere conseguir un propósito inalcanzable —como la felicidad—, y que solo conduce a la locura a la que él, tarde o temprano, sucumbirá. Y si no es a ella, será al cargo de conciencia derivado de su papel de fiel observador. Por eso prefiere refugiarse lejos del principio, para que la mayoría de los que entran ya hayan muerto y así no tener que interactuar con ellos.

El chico grosero tiene la capacidad de supervivencia que precisa el bosque. Y eso es lo que más le molesta. El individualismo ahorra problemas y el egoísmo facilita accesos.

Quim tiene la historia más difícil. Le fascina que cuente sin

tapujos que sus compañeros le dejaron encerrado en el limbo, pues hay cierto punto de valentía en hacerlo. No es fácil reconocer un desprecio de ese calibre. Han existido casos similares al suyo —él los ha presenciado—, que empezaron de manera parecida, con torpezas y novatadas. La diferencia es que las víctimas de esos casos ponían excusas y usaban eufemismos, no descargaban la culpabilidad en nadie. En Quim ha visto una conducta real, visceral, con la que no exime de responsabilidad a los culpables.

Mati... le causa ternura. Ha visto pasar a centenares de muchachos, por lo que sabe reconocer a los que no deberían estar ahí. Él es uno de ellos. Le brillan los ojos con especial vivacidad y cuando se expresa lo hace con un tono neutro propio de quien ha tenido miedo a destacar pese a contar con las cualidades necesarias para hacerlo. Quiere pasar desapercibido pero su carácter, en el fondo, se lo impide.

En Fane y Rei encuentra similitudes con la relación que tenían Alejandra y él. Ella se esforzaba para que no se rindiera. Y lo apoyaba incondicionalmente. Había amor en las caricias y miradas del uno hacia el otro. Una fuerza a la que jamás, por mucho que se tenga el corazón apagado, se le puede poner trabas.

Él tuvo que hacer un último pago eterno para devolverle todo el cariño que Alejandra le dio. No pudo consentir que fuera ella la que se quedara encerrada para siempre. Le cuidó tanto... Aunque no termina de entender que en tantos años no haya encontrado la oportunidad de visitarle o enviarle un mensaje.

Quizá a Rei o a Fane les toque hacer un sacrificio similar. Las alianzas tienen que ser estratégicas, o aumentan las opciones de salir damnificado.

Es el momento de cambiar de mentalidad. Y permitirse la excepción de formar parte e involucrarse. Debe hacer algo para

detener toda esa miseria. Empezando por Alejandra. Hay algo sospechoso en su comportamiento y debe averiguar por qué. Por ahora, los alumnos tienen las indicaciones necesarias para sobrevivir sin su ayuda. Antes de reunirse con ellos, tendrá que cumplir con una peligrosa tarea en el cuadrante del ascenso.

Del interior de su camisón saca el colgante con un fragmento de cristal de un reluciente color burdeos. Lo observa y acaricia con gratitud, y a continuación lo clava con fuerza en el portal de entrada del tercer cuadrante. Una gran energía se abre delante de él. Tiene unos segundos antes de que los principios mágicos del portal provoquen que se cierre de nuevo.

Pasa con agilidad, sin perder el tiempo. Hacía mucho que no se saltaba el orden natural del bosque para una misión. Pero el momento lo merece. Ha vuelto a ser él y a recuperar la fe en lo que un día fue el pacto de los humanos con los seres inmortales de La Liande.

Jonás estudia el árbol tan cerca como puede. La luz blanca que desprende le ciega, así que tiene que observarlo tapándose parcialmente los ojos con el brazo. Además, la cantidad de insectos que revolotean a su alrededor le repugna. Se posan en su cuerpo e intentan metérsele por la nariz y los oídos.

No pretende pasar mucho tiempo allí, pero es la única referencia que tiene para salir. Así que decide dar una vuelta por si el portal se esconde al lado de las raíces o encuentra alguna pista en ellas. Pero no.

Lo cierto es que en ese cuadrante es en el que más impotente se siente. Por lo general, los portales desprenden luz y están

bien iluminados, pero allí no se aprecia nada similar. Lo único que se le ocurre es que se le haya escapado algún elemento de camino.

Ha conseguido llegar con cierta facilidad gracias a la ayuda de las piedras para hacer fuego que se guardó de las catacumbas. De no haber podido contar con ellas, quizá hubiera tardado el triple y hubiese llegado más castigado, pues la esencia del bosque se mantiene. Siente la vegetación, la tierra y los árboles. La única diferencia —y rareza— es el árbol raquítico y sin hojas que brilla con luz propia.

Ve que se aproximan otras dos pequeñas llamas. Hasta donde sabe, él es el único con posibilidad de hacer fuego, por lo que se aleja para observar desde un lugar lo bastante seguro.

Ya en la oscuridad, se tropieza y se le caen las piedras para hacer fuego. No sabe dónde han caído y, además, debido a su forma, es probable que hayan rodado varios metros. Por mucho que palpe el terreno a su alrededor, no las encuentra, así que las da por perdidas y se asegura de que la moneda de plata limada sigue en su bolsillo. Desde el suelo, se asoma para comprobar quiénes son los intrusos.

Ve a Fane y a Rei cogidos de la mano, lo que le tranquiliza, pues de todas las opciones es la mejor. No se ve en condiciones de enfrentarse a un desconocido. Al caerse se ha hecho daño en la rodilla que ya tenía herida y no la puede estirar. Ansía la claridad de la luz, donde tal vez se sienta más fuerte y recuperado para enfrentarse a cualquier adversidad.

Sin embargo, por los gestos que hacen se da cuenta de que no hay posibilidad de lograr un diálogo fluido en ese cuadrante, lo que le pone nervioso. Podría buscar una fórmula para comunicarse con ellos de otro modo, pero no lo hará. No reconoce a los amigos que hizo en el internado. Esos que le acompañaban a diario y eran un ejemplo de lealtad inquebrantable. Piensa en cuál puede ser el motivo de ese

cambio tan radical, y la conclusión a la que llega es que han dado el salto en su relación que no se han atrevido a dar durante años. Probablemente porque saben que pueden morir aquí. Un ejemplo más de lo cobardes que son. Parece que él es el único que no está dispuesto a cambiar.

El último año antes de graduarse es crucial. Y Jonás quería asegurarse de establecer conexiones con sus compañeros más allá de La Liande. Sospecha que ninguno será bien recibido en su hogar, pero es que él ni siquiera tiene uno. Y quién sabe si el detestable de Quim se hubiera interpuesto entre ellos. Sabe reconocer patrones de conducta, y ese muchacho no le dio buena espina. Se merece que caiga sobre él más que un insignificante esqueleto.

Observa como Fane señala a Rei la dirección hacia donde apuntan las ramas. Este asiente. Los dos se quedan a una distancia prudencial para que no les alcancen los bichos y, sin demorarse, comienzan a andar, no sin antes encender otra cerilla —que Jonás desearía tener—. Le chirría que cuenten con algo de ese valor en el bosque, pues junto con la pistola, son objetos que pertenecen al exterior. Y cuando registró la cueva del Firmante, no le pareció ver que hubiera nada de ese calibre.

Decide esperar a que avancen y seguirlos, como hizo en el cuadrante anterior. En cuanto tenga la oportunidad, hablará con ellos para conocer su propósito. Y aclarar si sus caminos se separarán.

Mati corre a tal velocidad que solo frena al chocar con el árbol luminoso. De inmediato, los insectos empiezan a subírsele

encima, saltando de un lado a otro y colándose a través de su ropa. No quiere que se le amontonen, así que se aleja de allí lo más rápido que puede.

Aunque cree que ya se los ha quitado todos, sigue con la sensación de incomodidad, como una especie de hormigueo en los hombros, las pantorrillas y la espalda que evidencia que todavía tiene algunos repartidos por el cuerpo.

No tarda en sentir diferentes picaduras y sarpullidos. En algunas zonas le molesta el roce de la ropa. Le cuesta relajar los brazos porque le escuecen las axilas. Lo mismo le sucede con los muslos. Le sorprende que le hayan ocasionado estas reacciones en unos segundos y teme que le provoquen una enfermedad similar a la de Rei.

Le gustaría arreglar los problemas con ellos. No siente lo mismo hacia Jonás, con el que no tiene intención de solucionar nada, más allá de intentar evitar que Quim cumpla sus deseos de venganza.

El árbol irradia tal cantidad de luz que se aparta en la dirección que señalan sus ramas. El patrón es inequívoco, aunque reconoce que sin la información del Firmante tendría menos confianza. Su función en el bosque le parece un enigma. Nadie en su sano juicio permanecería allí por voluntad propia.

Sabe que hay un aspecto clave que se le escapa, pero está seguro de que tarde o temprano lo descubrirá. Ha descartado la posibilidad de resolver todos los misterios de golpe. De lo que no duda es de que allí se esconden secretos de una magnitud muy superior a él. ¿Sufrirá algún tipo de condena por formar parte de ello?

Ahora corre, pero a un ritmo más bajo. Siente multitud de irritaciones y eso le hace reducir la velocidad. Aprovecha para respirar, algo que ha aprendido a valorar después de trepar con poco oxígeno a los árboles, y se come los víveres que les cedió el Firmante, aunque la mayoría se los haya quedado Quim.

Se siente agradecido, pues por primera vez camina sin que le ruja el estómago; ha aceptado que la sequedad, la fatiga y los dolores forman parte inexorable de su supervivencia. Está bien solo. Con el paso de los cuadrantes ha aprendido a disfrutar de la soledad, y a su modo de ver eso tiene mérito.

A Quim le ralentiza la tos. Su camino hasta el árbol luminoso le fatiga. Siente la necesidad de sentarse en el suelo para descansar. El vacío del cuadrante le provoca angustia, pues ha empezado a hablar consigo mismo para ver si se oye y, al no hacerlo, duda si lo que está viviendo es real o forma parte de una alucinación. Es una experiencia incómoda, muy diferente a las que ha tenido hasta el momento.

Se acaricia la garganta y se rasca la cabeza. El pelo se le ha quedado grasiento después de acumular sudor. No quiere perder tiempo aquí, y más cuando el Firmante ya les avanzó cómo se resolvía. No ve ningún portal cerca del punto de luz y teme que Mati se haya asustado al no encontrarle dentro. La parálisis por miedo es una de las sensaciones más desagradables que existe.

La ha experimentado tanto en el bosque como fuera de él. Se apiada de sí mismo, pues no hay etapa en su vida en la que se libre de la presencia de la frustración y la ira por no saber qué hacer ni cómo.

Probablemente, el origen de su sed de venganza nazca del resultado de situaciones similares en las que no ha sabido lidiar con su dolor por el rechazo. Le gustaría volver atrás, hablar con las personas que en algún momento le hicieron daño y

comprobar si también ellas son víctimas de la marginación.

Ha condenado, sin medir las consecuencias, a Mati, Rei, Fane y Jonás. También al director. Sin saber de ellos poco más que su nombre.

Durante su encierro —acorralado por la primera línea de árboles del limbo— se quedó inmóvil más de una hora en la que no pensó, solo se recreó en su miseria. Tuvo varias oportunidades para tomar una decisión, pero no lo hizo.

En La Mequissa era habitual esperar el turno para las comidas, y ya con cinco o seis años vio que los niños tiraban al suelo las bandejas para que otros se quedaran sin su ración. ¿Qué provocaba ese comportamiento?

En La Godasse, por las mañanas solo salían al patio los buenos estudiantes. Y en Las Pompas se formaban patrullas de noche para no dejar ir al baño a los que lo eran.

Teme que Mati esté en proceso de parálisis y espera que aparezca para sacarle de ese estado. Confía en que encuentre la pista del Firmante, pues hoy él no puede ser quien le salve.

12

Del revés

El quinto cuadrante está del revés. Millones de partículas de polvo en suspensión cubren el cielo y no dejan resquicios a través de los cuales puedan verse las nubes o el sol. Las copas de los árboles rozan el suelo, que no es más que una fina capa de cristal proyectado en azul celeste.

—¡Estáis a salvo! —grita Jonás a Fane y Rei, que observan perplejos algunas de las raíces que, en apariencia, pueden derrumbarse en cualquier momento.

Cae arenilla y polvo sobre ellos, partículas que la gravedad no puede sostener. Una capa marrón les cubre rápidamente, manchándolos de arriba abajo. Rei limpia el cristal de su reloj y comprueba que las manillas van en sentido contrario, algo que le irrita, pues no piensa consentir que el bosque manipule el elemento más importante para él.

—Tú también —le contesta mientras se acerca a él.

Fane se queda esperando detrás.

Un árbol pende y se tambalea encima de ellos. Se puede descolgar en cualquier momento, y los tres lo advierten de inmediato.

—Estarás deseando que me caiga encima —dice Jonás, que le sonríe mirando hacia arriba y le ofrece la mano para saludarle.

—¿Qué te pasa? —le susurra Rei.

—¿No me vas a dar la mano? —le responde este, que, ahora sí, nota una excesiva dificultad en el habla por la herida que se ha hecho en la lengua al mordérsela en el cuadrante anterior.

Rei se la estrecha muy fuerte desde el principio. Ambos aprietan hasta que se hacen daño. En ese momento, Jonás la suelta. Se ríe al tiempo que otra de las raíces se separa, quedando uno de los árboles que vigilan colgado de una sola raíz.

—¡Tenéis que moveros! —grita Fane.

—Vas bien acompañado —se burla de él.

—Te cuidó cuando estabas herido —le recuerda el chico con tono desafiante.

—No se lo pedí —replica su compañero, que se aparta el polvo de la cara—. Además, hubiera hecho lo mismo por ella.

—No bajaste cuando yo lo necesité.

—¿Y Mati? —Jonás le ignora—. Todos estáis teniendo un comportamiento un poco extraño aquí dentro.

—Rei, ¡muévete! —chilla Fane desde lejos.

—Esto es peligroso. El chico nuevo viene a por nosotros ¿y tú pasas de mí? —le reprocha, sin perder la calma ni la media sonrisa.

—Ella vale más que tú —se defiende.

—Desde luego. Y más que tú. He visto cómo te mueves en el bosque. Cuando vengan los problemas de verdad, serás una carga para ella —ríe.

Rei empuja a Jonás, que mira hacia arriba para comprobar el estado del árbol que está a punto de caer.

—Es ahora o nunca. Decide —le apremia Jonás, que le agarra del brazo, enfadado.

—Búscate la vida.

Suena un crujido fuerte. Los tres alzan la vista y ven que el árbol termina de soltarse. Corren para apartarse, pero en diferentes direcciones. Rei vuelve con Fane con la intención de ayudarla si el tronco cae en esa dirección.

Les envuelve una gran cantidad de polvo y trozos de madera rotos de las ramas más pequeñas. Jonás abre la boca para

continuar la conversación desde el otro lado del gran tronco caído. Le cuesta mover la rodilla, y Fane lo aprecia de inmediato. Aun así, no le deja hablar.

—Tu actitud es de miserable —le dice ella con aparente calma.

—Tenemos opiniones distintas. Eso es lo que quería comprobar —le responde Jonás.

—¿¡Crees que puedes aparecer cuando te apetezca!? —le grita.

—No te atrevas a volver a dirigirte a nosotros una vez estemos fuera —interviene Rei.

—¿¡Fuera!? —ruge Jonás—. ¡Vamos a morir aquí! A menos que hagamos algo. —Se vuelve a quitar el polvo de encima—. Fui el único que se atrevió a escapar del zumbado del director. Sois corderos que siguen a su pastor.

—Ni siquiera nos diste la opción.

—¿Por qué intentas convencernos? Vete sin nosotros —sigue Fane—. Tienes miedo, pero eres incapaz de reconocerlo.

—Vais a morir aquí —sentencia—. Y yo no lo impediré.

Mati entra en el quinto cuadrante y lo primero que ve es un árbol caído delante de él. Lo salta mientras observa sorprendido que todo está dado la vuelta. Coloca la mano en alto para confirmar que cae polvo desde lo que se supone que es el cielo. El paisaje le marea, así que se sienta y aprovecha para quitarse los insectos que todavía le corretean por el cuerpo.

Ha notado que la naturaleza de los cuadrantes le ha dejado

de impactar. O lo hace mucho menos que al principio. En el limbo, donde todo se asemejaba a un bosque normal, cada sensación parecía nueva. Y en parte era razonable, pues nunca antes había estado en un bosque, como el resto de sus compañeros. Eso ha dejado de ocurrir. Ahora lo extraño se le antoja familiar.

Camina con cautela, pues no sabe con qué puede encontrarse. De vez en cuando, oye los ruidos que hacen los árboles que están a punto de caer, pero piensa que, con cuidado, podrá anticipar sus movimientos y esquivarlos sin problema. Aunque también debe vigilar sus espaldas, por si acaso.

Se encuentra a Jonás comiendo moras, sentado sobre uno de los árboles que ya se ha derrumbado. Está tranquilo, impasible, balanceando los pies con soltura, como un niño que espera a que le vengan a recoger. En cuanto lo ve, suelta una carcajada espontánea.

—Rei y Fane me han preguntado por ti, ¿sabes? —le dice cuando termina de masticar.

Mati se acerca tembloroso. Sabe que en esos momentos se puede encontrar con alguien impredecible que da más miedo por su sonrisa —indicador de que trama algo— que por su enfado.

—¿Y qué te han dicho? —Mati avanza hasta él, intentando normalizar la situación.

—Que les sorprende que estés vivo —le contesta riéndose.

—A mí también me sorprende que ellos lo estén. Y, bueno, puestos a ser sinceros, no esperaba verte aquí —le responde plantándose delante de él, procurando ocultar su inseguridad.

Jonás se pone de pie y se quita el polvo que se ha acumulado en los pantalones.

—¿Pensabas que había muerto? —Se acerca cojeando hasta él con la mano extendida para saludarle, como ha hecho con

Rei.

—¿Qué quieres? —le pregunta Mati rechazándole el saludo.

—Nada. Me pareció verte en el segundo cuadrante, mientras trepabas con el chico nuevo. —Mira a su alrededor, buscándolo —. ¿Dónde está, por cierto?

—No lo sé. Puede que por aquí...

Jonás vuelve a comer moras mientras pasea e intenta adivinar cuál es el próximo árbol que va a caer.

—Me haría mucha ilusión encontrármelo.

—En realidad, me alegro de poder hablar contigo a solas.

—Ah, ¿sí? —se extraña Jonás.

—Esto tiene que acabar. Debemos salir de aquí todos juntos. —Mati intenta convencerlo, aunque no confía en conseguirlo.

—Eso es difícil, si ni siquiera me das la mano —responde el otro mientras mastica de nuevo.

Sopla una leve brisa. Tras unos segundos, se derrumba un árbol al lado de ambos. Se apartan. La caída provoca un ruido ensordecedor, acompañado del temblor del suelo.

Lo rodea para seguir hablando.

—No me fío de él. Ni de ti. Pero si me estrechas la mano puedo darte un voto de confianza y continuar juntos. —Vuelve a extendérsela.

Mati se queda pensativo. Duda de las intenciones de su antiguo amigo.

—Me lo imaginaba —le dice este, que le da la espalda—. Me quedaré un rato más por aquí...

Mati ve que en la parte trasera del pantalón guarda una pistola muy similar a la que tenía Fane en el segundo cuadrante. Se asusta. Piensa que tal vez se la haya quitado de la peor manera posible. Eso le aterra. No puede ser.

Desconoce si Quim sigue en el cuadrante anterior. No puede permitir que se encuentren. El hecho de no saber su ubicación exacta le genera inquietud.

Ninguna de las opciones que se le pasa por la cabeza le convence, así que improvisa:

—Podemos continuar juntos, sí.

Fane y Rei caminan abatidos y en silencio. La tristeza gana al miedo y a la incertidumbre, pues han descubierto que las personas son la principal amenaza en el bosque.

Desconocen a cuánto están del final, o si siquiera existe. Les falta una promesa de éxito, una señal que les indique que todo va a ir bien y que su esfuerzo se verá recompensado.

El entorno tiembla por los derrumbes y lo impregna todo de polvo. Por un momento, se olvidan de los portales.

—¿Por qué me asusta Jonás? —pregunta Fane, cubierta de tierra.

Rei se fija en ella. Para él, es como una figura de arcilla homogénea que, si no fuera por el brillo de los ojos que aún conserva, podría formar parte de una exposición de esculturas en ese cuadrante. Con mimo, le quita parte de las manchas que se le acumulan en las mejillas. Ríe. Solo le falta un grito de guerra para parecerse a los indios del viejo Oeste.

—Recapacitará —le asegura con voz tenue, para tranquilizarla.

Fane observa a su compañero. La enfermedad le ha dejado erupciones en los pómulos, la frente y el cuello. Son las únicas partes en las que la arena no se queda pegada, haciendo que su rostro parezca un cuadro a medio pintar, como los que decoran algunas de las clases del internado.

—¿Te has planteado irte con él? —le pregunta—. Por alguna

razón que se me escapa, sé que no me quiere cerca.

—Eso que ha dicho... —Rei hace una pausa—. Está en lo cierto. Puede que sea una carga para ti. Desde que entramos, solo te he causado problemas. —Se sienta derrotado.

—Sí, la verdad es que elegí la peor compañía —ríe Fane.

—Quién nos iba a decir que Mati sería el mejor aliado... —bromea él.

Los dos se limpian como pueden, pero las capas de polvo se han ido acumulando hasta el punto de que es casi imposible llegar a la piel.

—Solo podemos confiar el uno en el otro. Lo que hagamos, será juntos —dice Fane con la mirada puesta en el próximo árbol que se va a soltar.

—Por supuesto —le responde él, que se levanta para seguir con la búsqueda del próximo cuadrante.

—Estoy harta de estar aquí —termina ella, que echa en falta el baño que se dio en el manantial, al igual que el olor a lavanda que recreó sin saber cómo. Allí, desde luego, no puede hacerlo.

Mati repasa mentalmente las asignaturas de La Liande y sus rarezas. Los comportamientos excéntricos de los profesores pueden ser la clave para avanzar, y ese ambiente tiene características tan propias que debería ser sencillo identificarlas. El principal problema es que la presencia de Jonás le bloquea. Siente que su frecuencia cardiaca se dispara por el miedo a perder el control de la situación.

—¿Recuerdas cuando interrumpiste una clase para pedir que

fuéramos de excursión a final de curso? —le comenta Jonás, mientras camina con un trozo de rama partida a modo de bastón.

—Sí... —responde Mati, confuso—. Todos os reísteis...

—Siempre has sido un iluso —se burla el otro.

—¿No te hubiera gustado? —le pregunta Mati para ganar tiempo.

—Esa gentuza no nos hubiera llevado a ningún sitio —responde—. En todos estos años, he salido una vez con el director y mírame, destrozado y medio cojo —ríe.

El muchacho se da cuenta de la leve cojera de Jonás, en la que no había reparado hasta ese momento. Eso le daría ventaja si tuviera que huir, pero recuerda que lleva la pistola. No cree que la vaya a usar contra él, pero es una posibilidad que debe contemplar.

—Yo tampoco tengo buen aspecto —afirma Mati serio, recordando que la última vez que vio su reflejo fue en el manantial.

—¿Cómo crees que se sale de aquí? —le pregunta el otro.

—El siguiente portal tiene que estar cerca...

—Me refiero al bosque. Tiene que haber una salida —le interrumpe.

—No lo sé... —Mati se detiene a pensar.

—Seguro que me ocultas algo. Yo te lo contaría, si lo supiera —le dice el chico en tono amigable, que aprovecha que Mati se ha parado para sentarse en el suelo.

Jonás se masajea los tobillos y las rodillas con fuerza. Se vacía los bolsillos llenos de moras, molesto por los bultos. También deja el revólver sobre el suelo de cristal para acomodarse. Cierra los ojos y aprieta los dientes por el dolor.

Mati mira la pistola. Parece estar a su alcance, y tal vez sea el momento de arrebatársela. O puede que sea una prueba para ver su reacción. Recuerda que una vez dibujó una escena muy

parecida en clase de plástica: un hombre sentado cabizbajo en medio de la nada. No sabe por qué lo hizo, quizá fuera porque se sentía así. Cuando el profesor exponía sus dibujos en el tablero del aula, los colgaba del revés, tal como están ahora. Y doblaba la esquina inferior derecha de todos antes de clavarlos.

Se agacha para acercarse al arma. Está a punto de tocarla. Nunca se ha imaginado empuñando una. Podría hacerlo.

—Ya estoy listo para seguir —declara Jonás, que se levanta y recoge las moras y la pistola para volver a guardársela en la parte trasera del pantalón.

—¿Sabes lo que he pensado? En el profesor de plástica y en cómo exponía nuestros dibujos.

Jonás esboza una sonrisa al tiempo que observa los alrededores.

—Sé a lo que te refieres.

Quim deambula por el cuarto cuadrante buscando a Mati. Después de lo que ha hecho por él, es su deber. Además, si le negara su ayuda, estaría replicando lo que le hicieron a él durante el encierro. Y no está dispuesto a vivir con ese sentimiento de culpa.

Grita su nombre, pero no obtiene respuesta. Tampoco se oye con la suficiente nitidez como para asegurar en esos momentos que su voz pueda llegar a alguien. Ante el esfuerzo, le vuelve la tos, que le empuja hacia atrás con pasos espasmódicos, proyectado por el aire viciado que expulsa.

La oscuridad está ganando la batalla a la cordura, y el árbol luminoso no le da tregua, pues le indica con las ramas una sola

dirección, sin portal aparente, por lo que interpreta que —como sucede con el de entrada— la salida, en este caso, es invisible.

Eso significa que en cualquier momento puede aparecer al otro lado sin su compañero y sin la posibilidad de regresar. Cada paso debe ser prudente.

Existe la posibilidad de que quede atrapado en la bruma para siempre, que sus especulaciones no sean ciertas y que, en realidad, no haya escapatoria. Agradece que, en caso de que su cuerpo desfallezca, lo haga sin que nadie lo vea. Un último homenaje a la intimidad. Quién sabe, puede que sea el mejor sitio y el mejor momento.

Echa en falta que su ánimo se respalde en un cometido más loable. Algo que sirva para ir más allá de la venganza y la decepción; un mensaje, una labor, que se centre en la ilusión de lograr un porvenir diferente. Uno podría ser que nadie volviera a encontrarse en la tesitura en la que se ha visto ese grupo. Otro, evitar que más personas sufran la humillación que vivió esa noche durante el encierro. O la desesperación de sentirse solo en el mundo. Nadie debería experimentar esas sensaciones.

Por desgracia, el punto de luz es su única referencia. Cada vez que pasa por ahí, comprueba si está su compañero —es lógico pensar que puede ser un lugar de encuentro—. Cuando lo hace, se esfuerza por controlar la angustia, pues sabe que tarde o temprano tendrá que desistir. No ayuda a sus sensaciones el desagrado que siente por los bichos con alas, que revolotean alrededor del árbol, ni las sombras del tronco que indican la presencia de ciempiés y milpiés, igual de asquerosos.

Podría aplastarlos uno a uno. Tal vez así calme la frustración acumulada. No solo desde que entró en el bosque, sino durante toda su vida. Tal vez tenga que acomodarse y subsistir junto a ellos. O tal vez tenga que ir en la dirección que indican las ramas, como le dijo el Firmante, y salir de ahí sin garantías de

progreso. Tal vez tenga que progresar, sea de la forma que sea.

Jonás y Mati caminan por los límites del cuadrante. Su idea es ir probando cada esquina hasta dar con la correcta. La mayoría del tiempo guardan un silencio incómodo.

Mati no sabe cómo tratar a Jonás, pese a que se conocen desde pequeños. A pesar de que suele proyectar fortaleza física, ahora lo ve vulnerable y cree que por eso es incapaz de controlar su carácter y tiene que apoyarse en los demás —al menos, temporalmente— para avanzar.

—Así que los condenados de los profesores han estado aquí —se ríe Jonás—. Tienen demasiado buen aspecto para haber sobrevivido a estas miserias, ¿no? —dice mientras se da la vuelta para comprobar si algún árbol va a caer cerca de ellos.

—Eso parece —responde Mati—. No he descubierto aún por qué... —Continúa algo colapsado por la cantidad de incongruencias que ha recopilado.

—Porque han perdido la cabeza —le asegura el otro—. ¿Alguna vez has visto que un profesor reciba visitas de sus familiares o de sus parejas? ¿De sus hijos? Están solos, como nosotros —sigue riéndose—. Si yo fuera cualquiera de ellos, ya me hubiera pegado un tiro. Vaya vida más triste —dice buscando su complicidad, pero este guarda silencio.

—En el tercer cuadrante me encontré a un chalado que vive en una cueva —sigue Jonás.

—¿El Firmante? —pregunta Mati.

—Me da igual su nombre. Es un chalado. Nada más. —replica Jonás arrogante—. Pero si él está ahí, significa que, si

quiero, puedo sobrevivir. Y eso es suficiente.

—Es una buena persona. Nos enseñó el camino para escapar de ese sol sofocante.

—A ti y al alumno nuevo, ¿no? —le contesta él con sorna—. Tiene que ser un buen tipo para que os engatuse a todos. —Con el bastón, golpea las estacas del límite del cuadrante, intentando sonar indiferente—. ¿Le has hablado bien de mí?

—No hace falta. Te haces querer sin ayuda de nadie —responde Mati, poniendo a prueba su reacción.

—Que atarais a Rei hasta dejar que se meara encima ya dice mucho de vosotros... Pobrecito, ¿no? Se cree que no me di cuenta, pero volvió con un aspecto repugnante. —Hace una pausa y lo mira de arriba abajo—. Me alegra verte sin cuerdas, por cierto.

El joven guarda silencio, cabizbajo.

—Es broma. Estamos entre amigos, ¿no? —prosigue, acompañado de un golpe amable en el hombro—. ¿Sabes lo que me gusta de ti? Que aceptas el cachondeo. Contigo, el paseo por el bosque es más ameno —termina antes de soltar una carcajada.

Les falta una esquina por revisar. Mati se siente acobardado y culpable por lo que le acaba de recordar Jonás. El cargo de conciencia hace que su prioridad sea no volver a fallarse, pues cree que el peso de los errores le afecta más que a sus compañeros.

No sabe cómo deshacerse de él y por el momento prefiere asegurar las riendas de la conversación.

—¿Fane y Rei están aquí?

—Se supone que sí —contesta Jonás—. Pero quizá el poder del amor les haya hecho encontrar la salida más rápido. —Intenta reírse, pero le sale una mueca amarga.

—Nosotros nos queremos. Si tu teoría es cierta, estaremos fuera en un santiamén —le responde con una sonrisa forzada y

le devuelve el golpe amable en el hombro que le ha dado antes.

Jonás tuerce el gesto callado. El resentimiento hacia su compañero crece y sabe que puede estallar en cualquier momento, pero descarga su rabia apretando con fuerza el bastón que le sirve de apoyo.

Llegan al portal. Jonás lo celebra con los brazos en alto, como si acabara de anotar un *touchdown*. Adelanta a Mati y, antes de cruzarlo, rompe con furia el bastón contra el suelo.

—¡Te espero al otro lado! —exclama sonriente.

Mati se libera de la tensión con un grito. Contiene el llanto de rabia y patea el bastón hecho añicos de Jonás. Maldice haber encontrado a ese mezquino al que ha seguido la corriente igual que en el internado.

Siente un dolor fácil de asimilar, pues ya lo ha sentido antes, pero escuece tanto como la primera vez. Es consciente de que ha intentado sonsacarle información. Sobre el bosque, sobre el Firmante —al que quizá no vuelva a ver— y sobre Quim, a quien teme.

Quiere reencontrarse con su amigo para recorrer el resto del camino juntos y no sabe si es mejor esperarlo al lado del portal o moverse hasta dar con él. Con los juegos y cuentos de la sala aprendió que una parada provisional aclara las ideas y que la celeridad suele ir asociada a una gran cantidad de rectificaciones posteriores. Pero no sabe dónde puede estar. ¿Y si va delante de él? ¿Y si se ha perdido en la oscuridad por buscarlo? ¿Y si ha muerto?

En cualquier caso, lo que tiene claro es que en esos

momentos es imprescindible para él. Sus compañeros están desperdigados por los cuadrantes y hay encuentros que pueden provocar confrontaciones terribles.

Como si le hubieran leído el pensamiento, Fane y Rei emergen de entre dos árboles que vibran a modo de advertencia. Están a punto de soltarse, algo que no parece preocuparlos. Solo miran de reojo para anticipar la posible trayectoria de la caída. Están más pendientes de la figura menguada de Mati que del amenazante entorno. Verlo solo, vulnerable y afligido altera a Rei que, sin mediar palabra, le agarra del pescuezo.

—Eres un traidor —le acusa mientras le aprieta la garganta.

Este intenta librarse de él, pero no tiene la fuerza suficiente, así que solo le queda esperar a que Rei recupere la cordura.

Fane observa la escena nerviosa, pues sigue conservando un mínimo de cariño por Mati, aunque considere que se ha portado mal con ellos. Por instinto, hace el gesto de querer apartar a Rei, pero ni siquiera es necesario, ya que se detiene solo y deja que Mati caiga al suelo.

El chico coge aire, recupera el oxígeno que empezaba a faltarle y traga saliva. Desde el suelo, alza la mirada para fijarla en los dos. Primero en Rei; luego en Fane. No consentirá que esto se convierta en el segundo acto de su amilanamiento con Jonás. Sabe qué consecuencias tiene eso más tarde.

Aunque le cuesta, se pone en pie e intenta mantenerse lo más erguido posible.

—La última vez que te vi eras incapaz de levantarte —le dice a Rei con la voz quebrada—. Me alegra comprobar que supiste sacarlo adelante. —Continúa dirigiéndose a Fane también—: Quiero pediros disculpas. Nada más. No es necesario que nos enzarcemos en discusiones —les expone sin apartar la mirada, aunque eso le suponga un esfuerzo notable.

Se aparta del portal para dejarles paso y que puedan

cruzarlo.

—¿Cómo pudiste venderme por un tipo al que acababas de conocer? —le reprocha Rei, enfadado—. ¿No tienes un mínimo de consideración con los que han sido tus amigos? —Iguala la voz quebrada de Mati.

—Sé que te arrepientes —interviene Fane al tiempo que se acerca a él—. Pero no puedes pedirnos que ignoremos lo que hiciste —le dice mirándole con cierto afecto—. Yo también cambiaría muchas de las cosas que he hecho por miedo. Y te entiendo, pero...

Los tres se quedan en silencio. Mati intenta aguantar con la mirada en alto, pero no puede evitar romper a llorar y termina agachándola.

—Nunca me he sentido aceptado en La Liande —confiesa, intentando controlar las lágrimas.

—¿Por nosotros? —le pregunta ella.

—Sí —afirma Mati, que lucha por hacerse entender—. Siempre me tratasteis como a un simple complemento.

—¿Y por qué nunca nos lo dijiste? —quiere saber Rei.

—Eso solo habría aumentado las burlas y los desprecios, ¿no?

—¿Crees que te hemos despreciado? —replica Fane.

Mati solo asiente con la cabeza.

—¿Por ejemplo? —inquiere el otro chico—. ¿O nos hablas de Jonás?

—Un día hicisteis que creyera que me habían llamado mis padres —le explica este—. Y esa es solo una de muchas.

—Eso también me lo han hecho a mí —le responde Rei de inmediato.

—Y a mí —se suma Fane.

—Pero yo no... —les interrumpe Mati, que vuelve a alzar la mirada para fijarla en ellos.

—Vivimos en un internado para abandonados. Todos

estamos igual. No deberías dar importancia a ese tipo de cosas —le corta Rei.

—Te pasaste, Mati, no me sirve de excusa —añade ella.

—Lo sé. Pero cuando Rei estaba enfermo te dije que no quería irme así de allí —se justifica—. Y tú no me diste la oportunidad de ayudaros.

Fane y Rei se miran. No quieren perder más tiempo en el quinto cuadrante y deben decidir qué hacer, si perdonar a Mati y unirse a él o continuar solos, como han hecho hasta ahora.

Por otro lado, Mati ya ha pasado página por lo que se refiere a sus otros compañeros y solo se centra en Quim, al que quiere darle tiempo para que le encuentre. Más allá de las disculpas, entiende que la relación con sus antiguos amigos está rota, es irrecuperable. Solo puede aspirar a mantener con ellos un trato cordial y de respeto, aunque siente ciertos remordimientos porque sea así.

Esta es otra de las lecciones que ha aprendido en el bosque. Si lo piensa, a pesar de que desearía no haber entrado nunca, su experiencia le está haciendo descubrir aspectos nuevos de su personalidad que, por otro lado, jamás hubiera imaginado tener.

Quim toca las hojas de uno de los árboles del cuadrante del revés. Comparado con la impotencia que le ha provocado la oscuridad y el silencio, que se caigan unos cuantos troncos le resulta indiferente. Ha dejado atrás los remordimientos, y eso hace que se muestre calmado, indolente y anestesiado ante los estímulos del entorno, salvo por esa leve brisa que le llega y de

la que disfruta, menos cuando el suelo retumba por los golpes.

Ve al Firmante andando a paso ligero; trota concentrado hacia un destino que, seguramente, tenga registrado en la memoria. En la mano lleva una de sus cuchillas más largas, que agarra con destreza para que, en caso de caerse, no se le clave por accidente. Al coincidir sus miradas, se detiene y se acerca a él, quitándose el parche del ojo.

—No esperaba volver a verle —le saluda Quim con una sonrisa—. ¿Por qué lleva un ojo tapado, si no lo tiene herido?

—Me alegro de que no seas el chico macarra —afirma contento—. ¿Dónde está tu amigo? —le pregunta mientras limpia el filo en apariencia romo de la navaja que sujeta.

—He preguntado yo primero... —señala Quim, aunque le responde—: No veo a Mati desde que salimos de su cuadrante.

—Cuando acostumbras un ojo a la oscuridad, llega un momento en que ves a través de ella —le concede el hombre.

—¿Por qué nos dijo que nos separaríamos? —le reprocha.

—¿Por qué os pitorreasteis de mí diciendo que Alejandra mencionaba un nombre en sus clases si era mentira? —reprocha a su vez, muy serio—. Además, no sé lo que va a ocurrir. No soy un brujo adivino —se justifica, encogiéndose de hombros.

Los dos se quedan en silencio. Tras unos segundos, el Firmante retoma la conversación.

—He pensado en pedirte un favor, muchacho, pero... —empieza poco convencido.

—Yo también —le interrumpe Quim, sonriente—. Ahora que le he visto con esa cuchilla, ¿podría cortarme el pelo? —le propone estirándose con las manos las greñas de la parte de atrás de la cabeza—. Quería cortármelo antes de entrar en La Liande, pero ya ve, al final no pude y ahora está fuera de control.

—Aquí es mejor que te acostumbres al pelo largo. A no ser

que seas bendecido con la calvicie, como le ocurrió al sacerdote Lampiño —le dice el hombre riéndose.

—A usted le aguanta muy bien—le responde este en el mismo tono—. ¿Quién es el sacerdote Lampiño? —pregunta, curioso.

—Un hombre muy muy calvo. El más calvo que han visto mis ojos —le contesta orgulloso el Firmante—. Voy a cambiar la cuchilla. Esta la he utilizado para unas pruebas —explica mientras rebusca en la bolsa—. Siéntate y te lo corto.

Los dos se acomodan sobre el cristal. Hablan de diferentes cortes de pelo, de si ese suelo tan extraño se puede romper y de la mora con peor sabor del bosque. El Firmante le asegura que hay una de color verde pálido que tiene un regustillo a sudor.

Quim termina interrumpiendo la conversación:

—Quería pedirle disculpas por engañarle con lo de Alejandra, pero descubrimos que esa era su debilidad... —le confiesa avergonzado—. Solo quería decirle que estamos arrepentidos.

—¿Cómo sabes que tu coleguita está arrepentido, si no le has visto desde que os dejé? —le pregunta el Firmante mientras se concentra en igualarle todas las partes del cabello. Por momentos, le cuesta sujetar la navaja por las contracciones que, desde hace poco, sufre en las manos.

La cuchilla que utiliza es nueva. Y si no lo es, tiene pocos usos. Se nota en el brillo y en el filo, sobre el que caen piedrecitas de tierra y en cuya superficie inmaculada ninguna logra permanecer.

—Le conozco. Sé cómo es, y no se siente cómodo con la mentira —responde Quim, que no quiere proyectar una imagen equivocada de Mati.

La realidad es que le extraña no habérselo encontrado al cruzar. Le preocupa que le haya ocurrido algo grave, porque de él se espera cierta prudencia, que permanezca en un lugar

seguro.

—Habla de unas pruebas con la cuchilla. ¿A qué se refiere? —inquiere el chico, que ha aprovechado el descanso para beber y comer de los víveres que le dio el hombre en el cuadrante anterior.

Una de las raíces de los árboles que tienen al lado se descuelga. Los dos tienen que levantarse y moverse de inmediato para no ser aplastados. Entre el momento de apuro y el dichoso calambre que le atormenta, el Firmante le hace un trasquilón considerable a Quim, que grita por el tirón.

Ya alejados, Quim se masajea la zona dolorida.

—Podría haber parado de cortar... —se lamenta en voz baja, casi para sí mismo.

—Riesgos de este cuadrante —responde el hombre, que se ríe sin querer contarle el motivo real.

—¿Dónde me puedo ver? —le pregunta Quim.

El hombre se saca el colgante de color burdeos que Quim ya había visto en su cueva, junto a la foto de la señorita Elrich y los víveres que les ofreció.

—Mírate en el reflejo. Difícil, pero es mejor que nada —le indica sujetándolo fuerte.

Quim duda si preguntarle sobre ese extraño espejo. Mientras lo piensa, ve el resultado del corte de pelo. El trasquilón es evidente.

—Me gusta —le dice sonriendo, todavía dolorido—. Me veo cambiado.

13

Los renegados

Jonás está siendo atacado por el conserje Marcial, del que se decía que perdió la cabeza y desapareció. Intenta defenderse con puñetazos que le van directos a la cara y al estómago. También da gritos, que pretenden ahuyentarlo, pues presenta una enajenación similar a la que sufría el Loco.

El estado de shock en el que se encuentra entorpece todavía más al chico, al que le cuesta moverse debido a la cojera. El conserje está demacrado. Babea, tiene la mirada perdida y se mueve descompasado; conserva su característico mono verde de trabajo y su chapa dorada con las iniciales de su nombre y su apellido serigrafiadas.

Se lo ha encontrado en la explanada principal, al lado del portal de entrada, acompañado por otras personas consumidas, pero como aletargadas —como pacientes a los que les han realizado una lobotomía—. Todavía no se han fijado en él.

Ahora entiende el origen del dicho. Creía que era una conjetura estúpida, una broma siniestra o un simple rumor, pero es que perdió la cabeza y terminó en el sexto cuadrante junto a decenas de embobados como él; todos con uniformes del internado o con referencias de La Liande en la ropa.

Reconoce a personas del servicio de cocina, a ayudantes de enfermería que impartían clases de primeros auxilios y a los que ya deduce que son exalumnos mayores que él.

Jonás está en desventaja. El conserje le agarra del cuello con tanta fuerza que le impide alcanzar la pistola que guarda en la

parte trasera del pantalón. Jamás pensó en tener que utilizarla, pero es una situación límite. Aunque solo tiene una bala, y ese disparo podría llamar la atención y reanimar al resto de los exánimes.

De reojo, mira el portal de entrada, por si apareciera Mati. Pero no... Ese miserable es tan cobarde que no tiene la intención de mostrarse. Desde el suelo, asesta un codazo a la cara de Marcial que hace que se le salten algunos dientes y le salga un chorretón de sangre por la boca.

Se levanta antes de que se le vuelva a echar encima. Tiene la oportunidad de visualizar con más detalle un terreno que, en extensión y forma, le recuerda al ya lejano limbo: los árboles se replican, lo que dificulta su orientación; los desniveles le permitirían escabullirse y los caminos establecen un rumbo fijo. Es su única oportunidad.

Escapa del conserje, que se queda aturdido en el suelo, limpiándose la sangre. Jonás corre renqueante todo lo rápido que le permite su rodilla mala. Se arrepiente de haber roto el bastón que le servía de ayuda.

Con la pelea y los movimientos bruscos ha terminado de llamar la atención del resto de los dementes, que empiezan a perseguirle campo a través. Tiene que esforzarse para llegar a la primera línea de árboles, donde el terreno se vuelve confuso y ocultarse le resultará más fácil. Una vez allí, puede subirse a un árbol, distraerlos de alguna forma o dividirlos y enfrentarse individualmente a ellos hasta que el cuerpo le diga basta.

Muchos tienen la fuerza justa para arrancar la galopada y nada más, por lo que algunos se quedan por el camino. Jonás no puede evitar mirar atrás, aunque eso le haga tropezar y perder tiempo.

Ya rodeado por los primeros árboles, espera que se le acerque el más rápido de sus perseguidores mientras toma aire. Según se aproxima, le empuja a las zarzas que tiene junto a él,

donde queda atrapado. Enseguida echa a correr para ocultarse detrás de un árbol. Respira. De pronto siente una presencia a su izquierda y le pone la zancadilla a otra semimuerta para que se caiga. Ya en el suelo, le da puñetazos en la cabeza con rabia para intentar dejarla inconsciente. Sigue corriendo.

Le persiguen dos más, que se separan en una bifurcación para tomar distintos caminos. Jonás se frena con los hombros, la espalda y las piernas rectas. Fuertes y firmes. Saca la pistola y apunta a la primera que llega, mostrando una confianza que no siente. La lunática reconoce el peligro de inmediato y da media vuelta a toda prisa para seguir con vida, lo que significa que sienten aprecio por ella. Y eso es algo que, de primeras, no se hubiera imaginado.

El chico guarda el revólver, inspira hondo y se da un golpe fuerte en el pecho para que no le bajen los niveles de adrenalina. Vuelve a echar a correr.

Llega hasta un pequeño lago. El último enemigo le persigue con frenesí, y su única escapatoria es tirarse de cabeza y nadar para alejarse de su perseguidor. Dentro, le aguarda para ahogarlo. Cuando está cerca, se abalanza sobre él y le estrangula con todas sus fuerzas.

El cuerpo se hunde en el agua poco a poco.

Sale del lago y se sienta sobre una roca, donde espera a que se le seque la ropa. En su rostro se diferencian las gotas que provienen del lago de las que han salido del lagrimal, ya que las segundas dejan un rastro levemente rojo a su paso.

Desarma y limpia la pistola. Afectado, las flemas le obstruyen la garganta, los labios le tiemblan y le cuesta respirar. Si no consigue encontrar la salida, ¿terminará así?

Fane y Rei acaban de aparecer en el sexto cuadrante. Delante de ellos tienen una explanada desierta por la que empiezan a caminar.

—Debemos ir con cuidado —le advierte el muchacho a su amiga.

—Es una mezcla entre el limbo y el primer cuadrante, ¿verdad? —observa Fane, que no presiente tanto peligro como su compañero—. Solo falta un manantial aquí, en el centro. Mataría por darme un baño.

—¿Crees que hemos hecho bien dejando solo a Mati? —susurra.

—Es lo que ha querido. ¿Por qué hablas tan bajo? —le pregunta ella a su vez, extrañada.

—Hay algo que me da mala espina.

—Espero que no tengamos que andar mucho. Las heridas de los pies me están matando —se queja la joven, dolorida.

Llegan a la primera línea de árboles y descubren un cuerpo tumbado boca abajo. El exceso de calma que estaba sintiendo Fane se esfuma. Tensa, se pone en alerta.

Se acercan a él con cautela.

—Lleva nuestro uniforme —observa mientras él se agacha para darle la vuelta. A su alrededor, hay un rastro seco de sangre—. No lo toques, ¿eh?

Rei hace caso omiso: gira el cuerpo inerte y descubre que muestra evidentes signos de violencia en la cara.

Un crujido repentino les pone en guardia.

A su espalda, una mujer mastica, embobada, una piña. Al reparar en ellos, deja de hacerlo y les observa con los ojos muy

abiertos. Las gotas de sangre que brotan de sus encías le caen por la barbilla hasta el suelo para juntarse con las del aparente cadáver.

Rei agarra a Fane de la mano, instándola a levantarse para huir, pero en ese momento otro hombre descoordinado y con la mirada perdida les bloquea el camino por el que tenían previsto irse de allí.

Renuncian a avanzar y vuelven corriendo a la explanada. Cuando llegan, ven que decenas de dementes la han invadido. Se mueven y se comportan de manera muy similar al Loco, y temen que alguno vaya armado, como el Pistolero.

—El revólver. Por eso no quería que se lo dieras al Firmante —le dice Rei, susurrando para hacer el mínimo ruido posible.

—Una bala no nos serviría de nada. Solo los atraería hacia nosotros.

—Tenemos que escondernos cuanto antes —le advierte él, que se vuelve para buscar algún sitio adecuado.

Les impacta la imagen de tanta gente inquietante, al igual que el abanico de los distintos uniformes procedentes del internado que han podido identificar.

En su huida, Fane pisa el cuerpo del muerto que encontraron al principio y, al hacerlo, descubre que no lo está, pues se vuelve de inmediato para agarrarla del pie y hacerla caer. Rei tira de ella para que la suelte, vuelva a incorporarse y le siga. Pero el alboroto que forman provoca que los demás se percaten de su posición y empiecen a perseguirlos.

La muchacha consigue soltarse y huye con Rei por el cuadrante sin un destino establecido. Para ellos, es un territorio completamente nuevo que necesitan explorar. Pese a que los dementes corren, van más lentos que ellos, por lo que les sacan ventaja sin problema, oportunidad que aprovecha el chico para auparla y que así pueda camuflarse en lo alto de un árbol.

—Te debía una —le dice Rei con prisas mientras la empuja

hacia la primera rama—. Volveré a por ti. Espérame —continúa apurado, mientras echa a correr para atraer a los dementes más rápidos y alejarlos del árbol donde se esconde Fane.

Ella lo ve huir entre los árboles, sin apenas oportunidad de réplica. Al instante empiezan a aparecer varios que lo persiguen. Por el camino, algunos se tropiezan, se cansan y se detienen o se desorientan.

Termina de subir hasta la copa del árbol y se acomoda allí sin ser consciente de cuánto tendrá que esperar. No había vuelto a trepar desde el segundo cuadrante. Pensaba que le costaría más después de esa experiencia traumática, pero está tan preocupada por Rei que lo ha hecho casi sin pensar. Ahora solo espera, mientras anochece y las temperaturas empiezan a bajar de forma drástica.

Mati procura dormir al lado del portal que le abre paso al nuevo cuadrante. Se pregunta qué le espera y cuánto le falta para salir del bosque.

Sospecha que todavía está lejos, pues el Firmante le habría anticipado de alguna forma que estaban cerca del final. Por el contrario, les ha provisto a Quim y a él de víveres para afrontar varios días de camino. Esa es la pista más significativa que ha obtenido hasta el momento. Está convencido de que ese gesto tan sencillo revela mucha información.

A raíz de su paso por el cuadrante de la oscuridad, ha perdido la noción del tiempo, aunque, si echa cuentas, cree que esa es la séptima noche a la que se enfrenta desde que entró. Ha bajado la guardia por lo que se refiere a los perturbados,

pues hace mucho que no encuentra ninguno. Una imprudencia imperdonable. Justo se percata cuando sus ojos están cerrándose por el sueño. Y eso le hace enfurecer, pues parece que siempre escoge los peores momentos para dar vueltas a la cabeza.

Necesita descansar. No lo hace en condiciones desde que Quim y él se turnaron la primera noche para hacer guardia. Tiene claro que, si va a quedarse en vela, es mejor cruzar y aprovechar ese tiempo para explorar. O tal vez buscar un sitio más seguro, alto y cercado, no tan expuesto a la caída espontánea de los árboles.

Solo le frena el posible paradero de su nuevo compañero. Si continúa, puede que ya no vuelva a verle, y eso es lo que le genera más dudas. Porque tampoco quiere quedarse rezagado. Sabe que Jonás, Rei y Fane ya han cruzado. ¿Quién le dice que Quim no fue el primero en encontrar la salida del cuadrante de la oscuridad?

Se echa un poco de agua en la cara para espabilarse. La noche le puede suponer un obstáculo más allá del portal, pero ha decidido que es el momento de cruzar. Ha perdido el miedo y el respeto a hundirse en la energía desconocida, pues para él es ya casi un gesto cotidiano.

Aparece en medio de la nada. Sobre la llanura lucen cantidad de estrellas que, a ojos de Mati, están desangeladas. En todo este tiempo las ha echado en falta, por la frondosidad del bosque que se replica en cada zona que ha tenido que explorar.

El profesor de matemáticas era también aficionado a la astronomía y algunas noches llevaba a los alumnos más aventajados de diferentes cursos a observar las estrellas con un antiguo telescopio de latón.

Durante esas clases improvisadas, a las que no asistía ninguno de sus amigos, les explicaba cómo se pueden diferenciar los planetas de las estrellas. La clave está en si el

cuerpo celeste titila o parpadea. Si lo hace, es una estrella; si no, es un planeta. Uno de los matices que recuerda es que no solo hablaba de estrellas y planetas. En ocasiones se refería a ellos como «estrellas engañadas que antaño estuvieron vivas, pero ya no; y planetas que todavía albergan vida y la quieren proteger».

Camina con sigilo. Hace más frío que en el quinto cuadrante, así que se acaricia los brazos para entrar en calor. Por momentos inicia un trote que le permite activarse y aumentar así su temperatura corporal. En la primera línea de árboles, oye un ruido. Una persona que en apariencia le recuerda al Loco está dando patadas a la cabeza de un cadáver. Se asoma temeroso a comprobar si es alguno de sus compañeros, muerto al enfrentarse con él. Lleva el uniforme identificativo de La Liande, así que no es descabellado que, llegados a este punto, suceda algo así.

El demente se da cuenta de que alguien le observa desde la distancia. Mati, en lugar de echar a correr como le pide su instinto, se queda petrificado, inmóvil. Recuerda lo que decía su profesor: «Las estrellas tienden a agruparse por inercia. Pura atracción gravitatoria. Por eso a veces es difícil distinguirlas de los planetas. Cualquiera diría que se camuflan entre ellas».

Empieza a parpadear lo más rápido que puede, como si quisiera titilar y parecerse a una estrella. Se queda quieto, como si sus pies estuvieran anclados a la tierra, pues los singulares planetas son los que están en constante movimiento. El demente le gruñe, incapaz de articular palabra. Mati aprieta los dientes y le devuelve el gruñido al tiempo que pone los ojos en blanco. Pensándolo bien, no sería la primera vez que tiene que actuar como aquellos a los que teme para evitar que se metan con él.

Tras el primero, empiezan a aparecer otros perturbados que lo rodean a paso inestable y lento. El chico se da cuenta de que,

si los imita, dejan de centrar la atención en él. Se dirigen en grupo a la explanada. Él les sigue a un ritmo torpe para no destacar y permanecer, como sea, junto a ellos. Desconoce si ha actuado según el consejo de un profesor o si su capacidad para pasar desapercibido le ha salvado esa vez. En cualquier caso, de momento se ha librado.

Jonás observa el cielo del sexto cuadrante. En una ocasión, explicaron en clase que la luna es capaz de presentar cuarenta y ocho tonalidades diferentes debido a los fenómenos atmosféricos que se dan allí. Jonás puede apreciarlos desde la roca en la que está tumbado, en el centro del manantial. Esto le hace pensar en los que consideraba sus amigos y en las distintas caras que ellos también son capaces de mostrar. Él es más simple, pero esa noche empatiza con el aspecto de la luna. Tiene un color rojizo. Así se siente.

Las heridas le duelen y le tiñen de sangre. Se ha abrigado con la ropa que le quitó al esqueleto, lo que le permite mantenerse a la intemperie sin consecuencias, pero su aspecto es tan descuidado que asusta. Lo ha comprobado en el reflejo del agua que le rodea. Le cuesta reconocerse.

—¡Jonás! —le grita Rei, bajando al máximo el volumen de la voz.

Este se levanta desganado. Le mira con desidia y apenas atiende a la información que le facilita:

—El portal está por allí. En aquella dirección —le señala apurado.

El otro ni se inmuta. Le aparta la mirada y vuelve a

tumbarse. Aunque sospecha que algo grave debe de suceder para que esté correteando sin Fane por el bosque, de noche y totalmente desprotegido.

Intuye que se ha peleado con alguno de los perturbados por la cantidad de manchas y rasguños que lleva en la ropa y en la cara. Pese a ello, parece estar bien.

—¡Jonás —le vuelve a gritar—, vienen hacia aquí!

Rei echa a correr en dirección a la explanada, donde el otro —que le ha visto irse de reojo— se ha enfrentado con el conserje Marcial, al que recuerda quitando las malas hierbas de la entrada del internado hasta que un día, de repente, dejó de hacerlo.

En su momento le parecía una persona cuerda. Está claro que ese lugar tiene efectos nocivos sobre los que habitan en él. Un motivo más para querer salir de allí.

La relación de La Liande con el bosque es singular. O bien los adultos proceden de él y regresan a modo de peregrinaje o hay algo que les llama para que entren. Tal vez se obtenga un premio o esté sujeto a un tipo de magia que escapa a su entendimiento.

Oye que varios de los perturbados que perseguían a Rei llegan al manantial. Jonás les recibe con pose chulesca sin perder el tacto con el arma, que conserva con el seguro puesto.

No le dan miedo. Son unos negados. Solo le preocupa terminar tan tarumba como ellos. Les desafía a nadar para que lleguen hasta él. Pero no lo hacen. Conocen sus límites.

Un ruido procedente de la explanada les espanta. Jonás siente curiosidad por su origen, pues Rei iba en esa dirección, pero sabe que lo mejor es esperar a que se haga de día y continuar con la búsqueda del portal. Antes de hacerlo, intentará dormir un poco. A ver si con suerte mejora la maldita pierna.

Rei se topa con los límites del cuadrante. El terreno le recuerda al limbo y a la zona del manantial.

Las estacas puntiagudas le evocan al secuestro de Mati y Quim. También al ataque del Loco. De manera inconsciente, se aparta de ellas. Jamás se quitará de encima ese sentimiento de indefensión.

Lo que le producen los perturbados no es miedo, ya que no tienen nada que hacer contra unos alumnos que aún cuentan con la suficiente fuerza y energía para hacerles frente y que no han picado en los cebos del bosque. Es más bien una aprensión extrema. Tiene la sensación de que le pueden contagiar algo. Además, tampoco comprende por qué le persiguen; él no les ha hecho nada. Lo mismo que Fane, que tiene que estar muerta de frío en la parte más alta del árbol en el que la dejó.

Se topa con una montaña de arena que le recuerda a un hormiguero, solo que mil veces más grande. Piensa en explorarlo, ya que puede suponer un refugio, pero no sabe cuánto tiempo tiene hasta que los enfermos le alcancen de nuevo. Siempre lo hacen. Por mucho que les deje atrás o se esconda terminan dando con él, algo que le enfurece y le exaspera a partes iguales. No sabe cómo conseguirá librarse de ellos.

Intenta escalar, pero le cuesta llegar hasta la parte de arriba. La tierra se desmorona cuando la pisa y, por momentos, le atrapa. Cuando nota que comienza a hundirse, desiste en su esfuerzo. Quiere volver al suelo y en ese instante comprueba que no puede. Está aprisionado, con el cuerpo cubierto hasta la cintura. Empieza a brotar agua de la tierra y lo empapa todo a

su alrededor. En una ocasión le hablaron de las arenas movedizas, pero recuerda las vagas indicaciones que le dieron para salir.

Los perturbados aparecen con el aturdimiento que les caracteriza. Rei se apura en intentar liberarse. Van directos hacia él. Se da cuenta de que, por mucho que tengan la conciencia menguada, conservan una buena visión nocturna y una percepción envidiable del entorno.

Procura mantener la calma. Puede que así consiga salir antes. Relaja músculos e inspira. El pecho se le llena de aire y una sensación de paz recorre todo su cuerpo. Pero no funciona.

Le alcanza una energúmena y tira con rabia de él. De entre sus balbuceos rescata la frase: «Sal del bosque». Eso paraliza a Rei, que interrumpe su defensa, perplejo, hasta que un anciano empieza a darle puñetazos en la cabeza y los hombros.

Se tapa atemorizado. No tiene margen de movimiento y decide agarrarse a los brazos del hombre para que, con la fuerza de los arreones que acomete, le desprenda de la parte acuosa que le inmoviliza; vuelve a llenar el pecho de aire y a relajar los músculos. Cuando nota que la arena se ablanda, pasa a abrazarse por completo a él y, en ese instante, siente que puede salir.

Ya en el suelo, se abalanzan sobre él. A la energúmena y al anciano se le suman otros dos pirados que hacen que, por peso, le superen.

Oye un ruido inesperado y lejano que provoca que los perturbados se despisten. En ese momento dejan de prestarle atención y le sueltan, de modo que Rei consigue escabullirse.

Los tirones han hecho que el montículo se desmorone y pierda parte de la figura de cono que tenía al principio. De un minúsculo agujero sale un halo de luz. El joven deduce que puede ser el siguiente portal, pero no se detiene a comprobarlo.

Piensa en Fane. Sabe que la persecución por parte de los

chalados no cesará. Así que tiene que improvisar. Ese cuadrante es muy exigente. Le faltan energías para soportar la presión y la tensión que deriva del interminable acoso. Procura mantener un ritmo constante, en carrera, para que no descienda su temperatura corporal.

Sobre una piedra, en el centro del manantial, ve tumbado a Jonás. Se detiene un segundo para comprobar si se mueve. Fane le espera y no puede demorarse demasiado. Además, los perturbados pueden aparecer en cualquier momento. Cree que es buena idea decirle dónde supone que está la salida. Pese a sus diferencias con él, no deja de ser su amigo y le preocupa que acabe consumido por la locura. Le grita. Intenta llamar su atención y advertirle, pero la actitud de Jonás es pasiva. Insiste, pero se queda impasible, como si fuera incapaz de pronunciar un mísero «gracias», como en todos los años de La Liande.

Rei sigue su camino sin dedicarle más tiempo.

Consumido por la fatiga, ve a Fane meditando sobre una de las primeras ramas que se aprecian a simple vista. Es peligroso, pues los perturbados serían capaces —y más aún al verla abstraída y con los ojos cerrados— de tumbar el árbol para bajarla de ahí.

Durante estas horas, la chica ha procurado enfocarse en su respiración, con el objetivo de relajarse y de que el tiempo pasara más rápido; también ha querido focalizarse en parte de la conversación que tuvieron con el Firmante, cuando les habló de Geremire, la primera persona que logró salir del bosque, como una leyenda. ¿Por qué? ¿Y por qué cuando le preguntó cómo hacerlo este lo único que hizo fue cuestionárselo?

En cuanto ve a Rei, Fane desciende lo más rápido que puede, pese a que le cuesta por el estado de relajación profunda en el que ha estado sumida. Lo primero que hace es inspeccionarle la cara para ver si tiene alguna herida. También le palpa el

cuerpo para comprobar que está entero. A continuación, le ofrece agua.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta angustiada.

—Son todos como el Pistolero —le informa Rei, que está tan cansado que le cuesta beber—. He conseguido escapar, pero pronto volverán a alcanzarnos.

—Ocurre algo en la explanada. —Fane le agarra la mano—. He estado a punto de bajar por si eras tú pidiendo auxilio —confiesa refiriéndose al ruido que ha resonado por todo el cuadrante.

Se asoman, ocultos tras unos arbustos. Ven a decenas de perturbados. Unos andan en círculos, otros observan la luna como pasmarotes y uno sopla obcecado un cuerno de caza.

—¿Qué es eso?

—No vamos a quedarnos para comprobarlo —dice mientras empieza a andar—. Creo que sé dónde está el próximo portal.

Ella le detiene tirando de la mano que la coge.

—¿¡Ese no es Mati!? —pregunta mientras hace el amago de acercarse.

Rei mira hacia atrás asustado. Teme que la energúmena y el anciano lo sorprendan por la espalda.

—Ten cuidado, o nos descubrirán —le advierte sin prestar demasiada atención a su comentario—. Está a punto de amanecer —señala mientras comprueba el reloj que ella le regaló y que, tras salir del cuadrante del revés, vuelve a funcionar.

Uno de los individuos les descubre. Ambos echan a correr de manera precipitada, lo que provoca una estampida por parte de todos los que se encuentran en la explanada. En medio de todos ellos, Mati se percata de que sucede algo, así que hace el amago de seguirlos para que no sospechen de él. Les iguala en movimientos, pero procura quedarse, poco a poco, rezagado.

Cuando ve que todos se han ido sin él, se esconde entre unos

arbustos. Ahí espera a que disminuya la velocidad de los latidos de su corazón, temeroso de que ese ruido, que a él le parece ensordecedor, pueda revelar su presencia. Por fin está a salvo.

Ahora solo tiene que alejarse lo más rápido posible.

Quim y el Firmante observan con expectación la explanada vacía. El hombre —que empuña una cuchilla en cada mano— no le ha avanzado nada de lo que podrían encontrarse. Es una más de sus manías que Quim ya ha aprendido a aceptar.

—¿Me das una? —le pide, señalando una de las cuchillas.

El Firmante actúa de forma extraña, lo que pone sobre aviso a Quim, que no deja de observarlo con el rabillo del ojo.

—No hay cuchillas para ti... por el momento —le responde.

El hombre baja la guardia para echar un líquido sobre el filo. Lo guarda en una alforja de piel gruesa.

—¿Me permites un consejo? —le pregunta a Quim, que asiente, incómodo—. Jamás escatimes con el veneno de araña. —Se ríe, al tiempo que rocía la mitad de cada cuchilla con cuidado para que el líquido no llegue a tocarle los dedos.

El chico no se atreve a preguntar. Se relaja y delega las responsabilidades en su compañero, que hace gala de un extenso repertorio de excentricidades. La siguiente es sacar su pipa de tabaco y colocársela en la oreja, dejándosela doblada, tensa, como si estuviera a punto de partirse.

—Tenemos que irnos rápido, muchacho —le apremia—. Lo mejor es que vayamos por aquí —indica.

En la primera línea de árboles encuentran un cadáver pisoteado. El Firmante se agacha a inspeccionarlo.

—A este no lo conocía —le dice a Quim, que piensa de inmediato que podría haber sido Mati.

¿Eso que siente es un deje de vergüenza al pensar que muchos de sus problemas se hubieran esfumado si el cadáver fuera el de Jonás? ¿Hasta qué punto le hubiera liberado que el bosque hubiese impartido justicia por él?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —le pregunta Quim.

—Estos son los renegados —explica mientras señala el cadáver, rehuyendo con estilo la pregunta.

—¿Renegados?

—Sí —asiente el hombre—. Enviados al bosque que no han logrado salir. O que no han querido hacerlo...

—¿Quién querría quedarse en esta mugre? —cuestiona el alumno, incapaz de ocultar su expresión de asco.

—Esta mugre es mi casa. Que no se te olvide —le amonesta el hombre, ofendido.

—¿El Loco que nos atacó es uno de estos renegados?

—Tendría que ponerle cara para decirte... —El Firmante da una calada lenta a su pipa de tabaco—. Pero supongo que sí.

—¿Tú y yo lo somos?

—A mí me enviaron al bosque —le responde, serio—. Tú, en cambio, entraste porque quisiste.

—¡Me encerraron! —grita él, enfadado.

—Pero pudiste volver y no lo hiciste —le contesta el Firmante—. Yo no tuve opción.

Un renegado se abre paso entre las zarzas y los arbustos, y llega hasta ellos.

—Mira, ese es Billy. ¡Qué alegría ver una cara conocida! —exclama y sonríe a Quim.

—Viene a por nosotros —le advierte este, que se aparta, ocultándose tras la espalda del hombre, que parece tener la situación controlada.

El Firmante se guarda las cuchillas y se acerca a él despacio.

Cuando el renegado hace el primer movimiento para atacarlo, este le reduce con una llave y lo tumba en el suelo, sujetándolo fuerte del cuello.

—Billy, tú no eras así. ¿Qué te ha pasado? —El hombre intenta entablar diálogo con él, sin demasiado éxito.

Tras unos segundos, parece que farfulla algo.

—Me dice que salga del bosque. ¡Qué original! —grita el Firmante a Quim—. No puedo Billy, ya lo sabes —continúa, dirigiéndose esta vez al renegado.

—¿Qué hacemos con él? —pregunta el muchacho, incomodado por la escena.

—Dejarlo.

El Firmante le suelta y se aparta con cautela. El renegado se esfuerza por levantarse y, cuando lo consigue, se le queda mirando a los ojos.

—¿No nos atacará por la espalda? —No confía en la apacibilidad del renegado.

—Me aseguraré de que no —responde con entereza el señor de las cuevas—. ¡Sígueme!

No les da tiempo a avanzar demasiado cuando una veintena de renegados se les planta delante.

—¡No voy a hacer el paripé con todos vosotros, ¿de acuerdo?! —les grita el Firmante para intimidarlos—. Mi paciencia tiene un límite —le susurra a Quim. A continuación, le guiña el ojo—. Prepárate. Es posible que tengamos que salir corriendo.

En grupo, los renegados le ignoran. Pero en cuanto uno inicia la persecución, el resto le sigue.

Y ellos también echan a correr.

A Mati le cuesta salir de los escondites que ha ido improvisando. En ese cuadrante se siente vigilado, demasiado expuesto. Es una sensación de inseguridad constante, seguramente promovida por él, pues ya ha notado que su mente le juega malas pasadas.

Por suerte, ha comprobado cómo funcionan los perturbados. Puede que le sirva para defenderse en un futuro. El camuflaje es una idea brillante, pero duda de que pueda volver a hacerlo tan bien. Es un ejercicio de interpretación que cree que ha funcionado por casualidad.

Si se ve obligado de nuevo a hacerse pasar por uno de ellos, es cuestión de tiempo que le identifiquen como un intruso. En ese caso, se verá rodeado y sin escapatoria. Tiene que evitarlo a toda costa.

Es curioso como dentro de sus limitaciones —las mismas que el Loco— encuentran la forma de comunicarse y unirse para alcanzar un fin común.

El cuerno de caza le llamó la atención desde el principio, ya que el demente que lo llevaba lo arrastraba por el suelo, creando una marca en la tierra y dejando a su paso un rastro de polvo. Al principio pensó que se trataba de un arma, pues era tosco y pesado. Cuando lo hizo sonar, él fue el primero en asustarse. El sonido fue como una explosión de aire que le provocó un pitido incómodo en los oídos. Más tarde, descubrió un curioso patrón de conducta en ellos y es que, cada vez que sonaba, algún perturbado que se había desperdigado por los alrededores volvía a la explanada, que es, según interpreta, un espacio de reunión para ellos. Cree que lo usan como método

de guardia y defensa, pues se juntan frente al portal de entrada. Y eso no puede ser una decisión arbitraria.

Ha comprobado que hay pocos espacios abiertos en esa zona. Solo le ha parecido ver un manantial algo más pequeño que el del primer cuadrante, pero ha preferido no acercarse a él, pues seguro que todos se apelotonan a su alrededor para beber.

Tendría que llenar la cantimplora que le facilitó el Firmante. Sin embargo, prefiere apurar hasta que no le quede más remedio. Aunque tal vez sea la mejor ubicación para reencontrarse con Quim. Pensar en él le duele, pues teme que le haya pasado algo. No soportaría perder a lo más parecido a un amigo que ha tenido. O eso cree, ya que la relación con Fane, Rei y Jonás nunca le llenó como lo han hecho los pocos días que ha compartido con el alumno nuevo de La Liande. Eso le lleva a pensar en las ausencias más importantes que ha sufrido. Y la mayor de ellas no es otra que la de sus padres, a los que ni siquiera recuerda con nitidez. Si logra salir del bosque, le preocupa si será capaz de interactuar con ellos e ir a su encuentro. Su aspecto físico es un enigma para él. Quiere saber si se parecen en el pelo, en el color de ojos o tal vez en la estatura. Quiere saber si parte del carácter que tiene está en los genes y si el origen de su cobardía solo es un defecto que pasa de generación en generación.

Quiere saber si les temblará la voz cuando les pida explicaciones; quiere saber si son ricos o el poco dinero que tienen se lo gastan en La Liande. Por querer, quiere saber si son inteligentes. Si aman la cultura y si el último día que le vieron ya imaginaban que no habría un futuro reencuentro.

Quiere saber si tiene hermanos. Si hay más parientes vivos y lejanos; si esperaban más de él. Si fue un error y si es difícil vivir con la culpa del abandono. También si cambiarían alguna decisión del pasado.

Jonás, que ha seguido las indicaciones de Rei, rodea la tierra que, a sus ojos, forma una especie de hormiguero gigante. Inspeccionándolo, se da cuenta de que tiene un pequeño agujero del que sale una luz. Es la señal que esperaba.

Toca la arena con desconfianza. Tiene una textura húmeda al tacto. Hunde las manos en la abertura con la intención de agrandarla, y así, tal vez, acceder a su interior a través de ella. Pero consigue justo lo contrario, cerrarla por completo. En cuanto ha entrado en contacto con esa parte, las piedrecitas que la rodeaban han comenzado a caer como si estuvieran en el interior de un reloj de arena.

Las condiciones del montículo le causan desconfianza, recelo. La densidad es blanda, el color es extraño y la temperatura, inusualmente fría.

Se sienta a esperar. Siempre ha considerado que la paciencia es una de sus virtudes. Pero en el bosque se inhiben. Está inquieto e irritado. Tiene en mente empujar a uno de los perturbados para ver qué sucede con él, pero no aparece ninguno justo cuando más lo necesita.

Sopla el viento. En otro momento podría ser agradable, pero ahora no. El paso del tiempo se eterniza.

Aparece, por fin, uno de los raros. De primeras, no parece agresivo. El chico le espera sentado. Antes de levantarse, bosteza. Le da pereza tener que hacer pruebas con un ser tan repelente. En grupo intimida, pero solo da pena.

En cuanto lo tiene cerca, el empujón que le acomete es certero y cumple con su objetivo a la perfección, pues el perturbado queda, de inmediato, atrapado en la arena.

Jonás observa que su conejillo de Indias se hunde poco a poco. Primero, la espalda; a continuación, la cabeza. Ha caído en mala posición, por lo que es cuestión de tiempo que se le bloqueen nariz y boca, y como consecuencia, deje de respirar; las piernas y los dedos de las manos, en cambio, se le acaban quedando fuera.

Sospechaba que había algún tipo de trampa para dificultar el acceso al portal. Solo tenía que descubrir cuál era. Mientras el perturbado agoniza, Jonás observa una de las ramas del árbol colindante que pasan por encima del montículo. Igual que hizo en el segundo cuadrante, trepa para ver si descubre algo desde esa perspectiva.

Gatea por la rama y ve que en la parte alta del montículo hay un agujero —un poco más grande que el tamaño de su cintura — del que también sale luz. Oye gritos amenazantes. Debe decidir si salta. Y lo hace al mismo tiempo que el perturbado al que ha empujado deja de mover los dedos y las piernas.

—Solo quiero que estemos seguros. Aunque sea durante un día —se exaspera Fane, con la tranquilidad de haber dejado a sus perseguidores atrás.

Han huido de los perturbados, pero la preocupación de que puedan aparecer más en cualquier momento no les abandona. Sobre todo a Rei, que desde que entró en ese cuadrante no ha tenido ni un instante de calma. Les molesta que el Firmante no les avisara de una amenaza tan peligrosa.

—¿Sabes cuál ha sido mi última pesadilla? —le pregunta su amigo.

—¿Cuál?

—Fue ayer. Soñé que despertaba y eras uno de ellos —le responde Rei, cuya mirada se pierde en el cielo—. No quedaba nada de ti. Ni rastro de tu personalidad.

—No lo he soñado, pero tengo los mismos miedos que tú —le contesta Fane, intentando consolarlo.

—Jamás me perdonaría perderte y que todo terminara aquí —prosigue él, visiblemente afligido—. Me quedarían tantas cosas por decirte y por vivir contigo... esas que siempre han estado en mi cabeza y nunca hemos podido hacer.

—¿Y por qué no me las cuentas?

—Porque tengo la esperanza de salir, de recuperar la normalidad y de que aparezca el momento apropiado.

A Fane le cae la primera lágrima. Esa que intenta contener desde que empezó la conversación.

—No creo que exista ese momento... ¿Cómo vamos a salir de aquí vivos y sin secuelas?

—Es imposible —concede él con la voz rota—. Tarde o temprano, sucederá...

—Siempre nos hemos tenido el uno al otro —dice Fane, incapaz de mirar a Rei a los ojos—. Incluso entramos juntos en el internado.

—Lo sé —conviene, sobrepasado—. Me cuesta mantenerme positivo. Siento que te pierdo, que cruzamos el primer portal por mi culpa y que he sido una molestia desde entonces.

—¡No has sido una molestia! —le grita Fane, nerviosa ante el rumbo que está tomando la conversación—. Cada vez es más difícil seguir, pero encontraremos una solución.

—No sé cómo remediar el daño que nos he causado —sigue él, forzando una pausa para no derrumbarse.

—Lo que no entiendes... —Fane se acerca y le agarra de las manos— es que no tienes que remediar nada. Has sido mi único apoyo durante toda mi vida. No necesito más que sentirte

a mi lado.

—Yo sí necesito más —le responde de inmediato—. Necesito verte feliz y fuera de peligro. Y no creo que pueda esperar más para verlo cumplido. —Según termina, consigue que Fane vuelva a mirarle.

Rei acaricia la cara de Fane con cariño. Piensa en la cantidad de años que ha esperado para mostrarle sus sentimientos, casi desde que tiene uso de conciencia. Su amor por ella es incondicional. Lo ha sido siempre. Ahora ve su rostro apenado y lleno de heridas. Y eso le duele. Porque el bosque les ha pasado factura, y tal vez no existan más momentos para dar el paso.

—Si te hicieras a la idea de cuántas veces he pensado... —le dice Fane, con los ojos vidriosos.

—¿En qué?

—En cuál sería tu reacción cuando te lo dijera. —Se incorpora para darle un beso.

En el transcurso del movimiento, sus medias rasgadas terminan de romperse, quedando los pies al descubierto, a merced de la tierra que ahora siente cálida. Los labios de ambos evolucionan juntos, pasando de la tensión rígida a la entrega más absoluta. Por un momento, sus problemas desaparecen.

Para Fane, la espera ha sido un martirio. Siempre han estado encerrados en el internado... ¿Cómo iba a arriesgarse a no ser correspondida, sin tener una alternativa a su alcance? Una vía de escape que le permitiera alejarse, si se diera el caso, para no sentir más dolor.

No ha existido un mayor apoyo para ella que el que le aportaba Rei con su compañía. Por eso le duele que piense que ha sido una carga. Sí, han pasado por situaciones extremas, desesperantes, y ella ha necesitado de una distancia sanadora. Pero jamás se ha planteado abandonarlo.

—Créeme —continúa, nerviosa—. Me haces feliz.

—Solo tienes que mirarme para darte cuenta de que siento lo mismo por ti.

—Pero debemos encontrar una solución... —Fane se seca las lágrimas de la emoción, intentando sobreponerse.

—Sí. No podemos quedarnos aquí —coincide Rei, que vuelve a la realidad de la que se había alejado por unos segundos.

Ambos saben que no pueden ignorar los peligros de ese cuadrante. Les gustaría olvidarse de todo y centrarse en ellos, pero no es prudente ceder a sus deseos estando tan expuestos.

—¿Nos largamos de este cuadrante? —Rei le ofrece su mano para avanzar.

—Por favor —responde Fane, que se coge a ella sin dudas.

14

Belleza

Jonás aplasta las amapolas amarillas y naranjas que le rodean. La brisa le acaricia la cara y el aire le abastece los pulmones. El paisaje que se abre ante él es un paisaje idílico de belleza discreta: un campo abierto, cubierto por un cielo azul sin nubes; un riachuelo que acompaña a un camino de tierra muy bien barrido, sin desperdicios, piedras, rastrojos o agujeros traicioneros, que conduce hasta una cabaña de madera situada en lo alto de un árbol, justo en el centro del séptimo cuadrante, el único que tiene estacas limadas en sus límites.

A la cabaña —que parece hacer habitable lo que no está preparado para serlo— se accede a través de una escalera de tablas rectas y pulidas. Es imposible ignorarla, parece encajar en ese entorno despoblado, como la pieza más reconocible de un puzle.

Mientras asciende por los peldaños de tacto suave, oye voces. Ni remotamente parecidas a las que tendrían dos perturbados. Estas contrastan entre sí debido a la brusquedad de un tono y la suavidad del otro.

En la entrada hay un felpudo formado por amapolas secas de un peculiar color púrpura que Jonás no ha visto representado en ninguna parte del recorrido que ha hecho hasta ahí, pues el ambiente es un abanico de colores cálidos. Se asoma por la ventana sin cristal que hay junto a la puerta. De primeras, diría que nada de la construcción es arbitrario, pues es un viaje simplificado por la memoria y la historia de La Liande.

En el ala izquierda ve maquetas a escala talladas en madera que escenifican la evolución de las torres, a las que se les han ido añadiendo pisos según crecía el internado; también del establo que vieron antes de entrar en el limbo, donde hay niños que montan a caballo.

El ala derecha está destinada a la conservación de la memoria de la humanidad, con esculturas populares, edificios y monumentos —antiguos y modernos—. También hay un esqueleto común, de los que se usan para decorar las clases de ciencias, y que en este caso rompe con la armonía que construyen el resto de los objetos y detalles embellecidos de manera artesanal.

Es una oda a la expresividad. Una recopilación de recuerdos.

La mujer que habita la casa lleva el pelo recogido con una flor. Con entusiasmo evidente, prepara una mesa lisa y desnuda. Huele a carne. Es como una fragancia que Jonás se esparciría por todo el cuerpo. Se le hace la boca agua. Lleva sin probar un bocado similar desde que entró en el bosque.

Le cuesta mantener el tipo. Se ahoga empujado por la ansiedad que le provoca esa tentación. Vuelve a oír voces, pero en ese pequeño espacio no parece haber nadie más.

—Puedes pasar, señorito —le indica la mujer de espaldas. A continuación, se da la vuelta haciendo gala de una sonrisa resplandeciente.

—¿Me lo dices a mí? —le pregunta Jonás, señalándose desconcertado.

—Claro —responde la mujer, que no pierde el gesto agradable—. Hay comida para los tres.

«¿Los tres?», se pregunta el chico. Traga saliva.

Sobre la mesa coloca un bol repleto de lo que parece ser escolecita.

—He visto antes este mineral —le dice Jonás, que abre la puerta despacio—. No he llegado a comprender lo que significa

—continúa mientras se sienta en una de las sillas y se arrima a la mesa.

—Es bonita, ¿a que sí? —observa la mujer alegre—. Creemos que aquí se iba a situar uno de los portales —le explica al tiempo que abanica la carne de manera sutil, alimentando esa estética en la que impera lo puramente bello—. Pero por un motivo que desconocemos no se llegó a formar. Suelen hacerlo donde surge el mineral, pero ¿quién sabe?

—¿Aquí no hay más portales? —inquiere el chico, nervioso de pronto—. ¿¡Es el final!? —No quiere alzar la voz, pero le cuesta.

—Claro que hay —ríe la mujer—. Cuando acabemos de comer, te mostraré dónde está —le anuncia mientras coloca cubiertos y hojas perfumadas que hacen las veces de servilleta —. ¿Te gusta el cordero?

Está hambriento. Saca las moras que lleva en el bolsillo con intención de tirarlas en cuanto salga de allí. También coloca sobre la mesa su moneda de plata limada, pues empieza a plantearse que, si le sirven una comida tan rica como promete ese olor, puede que la deje como pago. Es solo una forma de agradecimiento. Sabe que en el bosque no tiene valor, pero al observar la inquietud coleccionista de la mujer alegre, siente que es una manera educada y simbólica de saldar la deuda que puede estar a punto de contraer con ella.

—¿Cuánto camino me queda hasta el final? —le pregunta Jonás, que coge los cubiertos, impaciente.

La mujer alegre le sirve una rata chamuscada en una bandeja de plata. Orgullosa, se dirige hasta el esqueleto y lo coge de la mano.

—Esperamos que te guste —le dice sonriente—. Lo hemos preparado con mucho cariño.

El muchacho toca los dientes y los ojos del roedor con el cuchillo. También las patas tiesas y ennegrecidas por el fuego.

El olor que antes le hacía la boca agua le empieza a provocar arcadas. Intenta disimular.

La mujer alegre continúa con la conversación.

—No te queda mucho para salir —afirma contenta—. Qué bien que no vayas acompañado. Si has llegado hasta este punto, mejor avanzar solo.

—¿Por qué? —le pregunta Jonás, que desea tirar la comida por la ventana. No cree que pueda aguantar mucho con esa imagen delante de él.

—¿No comes? —dice ella, desilusionada.

Jonás agarra con la mano el revólver que guarda en la parte trasera del pantalón. No aparta la mirada de la extraña.

—Qué moneda tan bonita —sigue hablando la mujer alegre —. ¿Me la regalas? —Sonríe, al tiempo que la toma para observarla de cerca.

Jonás le coge la mano con fuerza para quitársela.

—No, no te la regalo —le contesta serio.

—Me resulta familiar —comenta ella al tiempo que se acaricia la mano que Jonás le ha forzado a abrir para recuperar la moneda.

—La tengo desde hace años, lo siento —le explica Jonás, que se levanta dispuesto a irse.

—Se la has tenido que robar a alguien... —continúa ella, que se pone delante de la puerta, impidiéndole el paso al chico.

—La encontré en el patio de La Liande —le responde este, restándole importancia y procurando calmarla—. No se la he robado a nadie —insiste.

La referencia al internado lo cambia todo. Las facciones de la mujer pasan de mostrar felicidad a enfurecerse, como si la simple mención de La Liande fuera una ofensa para ella.

De manera repentina, se abalanza sobre uno de los cuchillos que le ha ofrecido al joven para cortar la carne. Este huye por la ventana sin cristal. Prácticamente se desliza por la escalera

de tablas rectas y pulidas. Y cae al suelo. Echa a correr, con la pistola bien sujeta por si tiene que utilizarla para defenderse. Solo tiene una maldita bala. Usarla para esto le generaría muchísima frustración.

A lo lejos ve una luz. Le faltan fuerzas, pero la mujer le persigue armada con el cuchillo. No puede detenerse. Cada zancada le acerca más y más al siguiente portal, solo tiene que seguir el camino de tierra.

La mujer le grita enajenada. Jonás cree que no hay salvación posible para quien se quede en el interior de ese cuadrante.

Mati observa un montículo gigante de arena. A excepción del manantial, no hay otro elemento que le haya llamado la atención. Unas manos envejecidas asoman del interior. También unas piernas. No cree que pertenezcan a sus compañeros: es un tipo de muerte estúpida que asocia más a los dementes que proliferan en ese cuadrante.

Intenta sacarlo. La textura de la arena cuando la toca le parece poco uniforme, resbaladiza e incómoda. Se esfuerza para ver si descubre algo sacándolo de ahí. Aunque le cuesta, consigue moverlo un poco y, cuando eso sucede, parte de la tierra se desmorona, dejando entrever una luz que a Mati le resulta evidente, pues ya lleva a sus espaldas seis portales cruzados como para saber reconocer ese brillo tan particular al instante.

Le enorgullece saber arreglárselas solo. Antes de entrar en el bosque se veía dependiente y vulnerable. En esos momentos se siente fortalecido, aunque sea solo en corazón y espíritu, ya

que físicamente cada vez está más débil. La posición del perturbado, enterrado en la tierra, le hace sospechar. Recoge parte de la arena entre las manos y la examina.

Si fuera tóxica, el cadáver presentaría irritaciones de algún tipo; si hubiera caído del cielo, como ha sucedido con los árboles en el anterior cuadrante, habría visto más circunstancias similares; si brotara del suelo como un volcán, habría restos de ceniza o humo.

Con la mente en la idea del volcán, piensa que puede que la entrada esté en la parte superior del montículo.

Una vez superados los vértigos del segundo cuadrante, el árbol que tiene que trepar ahora le parece una broma. Espera que sea la solución definitiva para cruzar, o se habrá quedado sin ideas para cambiar de cuadrante.

Por suerte, ve rápido la luz que sale de un agujero. Desde arriba, parece más un hormiguero que un volcán. Oye ruidos. No quiere encontrarse con más perturbados. Así que se llena de valentía y salta desde la rama.

Pasan los segundos...

Pese a que la primera impresión de Mati es de estar rodeado de pura belleza, un fuerte mareo le impide disfrutar de ella.

Ha esperado mucho para encontrar un paisaje así, que le transmita paz y tranquilidad. Pero la cabeza le da vueltas. Quizá por el cansancio acumulado. Bebe agua y se lava en el riachuelo cercano al camino principal para que se le pase.

Avanza con lentitud por el sendero de tierra. A su lado, ve que algunas de las hermosas amapolas que tiñen el entorno de un vivaz amarillo y naranja han sido pisoteadas de mala manera.

La cabaña del centro le genera curiosidad y miedo a partes iguales. Que sea lo único que hay a simple vista indica relevancia; también antigüedad, pues construir una casa así en lo alto de un árbol, con ese nivel de cuidado y detalle, lleva

tiempo. Pero por otro lado le cuesta creer que todo vayan a ser facilidades.

Antes de subir por la escalera, toma aire y se fija en lo que le rodea. Parece que hay una luz al fondo. Le tienta ir hasta ella. También piensa en las estacas limadas y en cuál puede ser el motivo para tenerlas así. ¿Acaso nadie tiene la necesidad de huir de allí?

La puerta está cerrada, y la ventana no tiene cristal. En el interior ve a una mujer recogiendo trozos de escolecita como la que encontraron en el pozo del limbo, esparcidos por el suelo. A su alrededor ve maquetas del internado y un esqueleto muy realista como para haberlo hecho con materiales del bosque. También un horno artesano del que emana un olor delicioso.

—¿Necesitas algo, señorito? —le pregunta amablemente la mujer.

—En realidad, no... —le responde Mati, sin saber muy bien qué decir—. Podría decirme quién es usted y si hay algo de provecho que hacer aquí.

—Comer rico —le sonríe la mujer—. Estoy terminando de preparar la cena.

A Mati no le convence, pero la idea de comer algún tipo de guiso le seduce demasiado. No cree que vaya a tener esa suerte en mucho tiempo. Así que se sienta en la silla.

—¿No hay nadie más?

La mujer agarra la mano del esqueleto y se dirige a él.

—Mírale, qué bobo, no se ha dado cuenta de tu presencia. —A continuación, saca los platos y los cubiertos sin perder en ningún momento la media sonrisa.

—¿Quién es? —quiere saber el joven.

—Puedes preguntárselo tú —le contesta al tiempo que airea la carne para que no esté muy caliente—. Aunque deberías haberlo supuesto al mirarla, porque somos igualitas.

—Creo que me tengo que ir —le dice Mati, levantándose.

Está claro que a esa mujer también se le ha ido la chaveta, y prefiere no arriesgarse a estar en su compañía.

—¿No te quedas a comer? —le dice la mujer con la mirada gacha, como si le supusiera una decepción.

Mati se apiada de ella. Tiene miedo, pero sabe interpretar que esta señora lleva mucho tiempo sola. Su objetivo pasa a ser comer mientras mantiene una distancia prudencial con su anfitriona.

—¿Hace mucho que no recibe visitas? —se interesa Mati, que ha vuelto a sentarse y coge los cubiertos con ansia.

—Vino hace poco un muchacho de tu edad —le responde—. ¿Tú cuántos años tienes, dieciséis? ¿Diecisiete? —aventura mientras le sirve la cabeza chamuscada de un perturbado sobre una bandeja de plata.

Mati se levanta. Vuelve a marearse de golpe. Traga saliva y se esfuerza por no desmayarse. Se detiene un segundo antes de beber agua del vaso que le ha ofrecido, temiendo que pueda contener alguna sustancia tóxica.

—Muchas gracias por la hospitalidad, pero debo marcharme —se despide Mati, titubeando.

En vez de salir por la puerta, lo hace por la ventana sin cristal. La mujer le frena.

—¿No vas a terminártelo? —le pregunta—. ¿Y la moneda bonita, me la vas a dar por haberte invitado?

—¿¡De qué moneda me habla!? —le grita Mati desde la ventana.

—La de La Liande —le contesta. Su rostro cambia de expresión.

La mujer coge uno de los cuchillos y abre la puerta bruscamente. Persigue al chico —que baja a toda prisa las escaleras y se dirige hasta la luz que ahora ve por primera vez al final del camino por el que ha llegado— como si hubiera perdido la cabeza.

En medio de la carrera, a Mati le surge una preocupación. No sabe lo que encontrará en el siguiente cuadrante, y si la mujer le persigue hasta él, puede que le dé alcance. Frena, le pone la zancadilla y ella, al tropezarse, entra en el portal. Él respira sentado en el suelo.

Mientras, Jonás ve que la mujer alegre aparece de golpe en el octavo cuadrante, en el que solo hay un terreno junto a un precipicio de caída mortal. Va tan rápido que se despeña por él. Se hace trizas en cuanto entra en contacto con el suelo.

—¿¡Por qué nos persiguen!? —grita angustiado Quim en cuanto dejan de correr—. No logro entenderlo. ¿Por qué no se atacan entre ellos? Ya tengo suficiente con el bosque como para preocuparme de estos bobos.

El Firmante agarra del cuello a Quim y le empuja bruscamente contra un árbol.

—Esos bobos podríamos ser tú y yo. Muestra un poco más de respeto —le dice con actitud violenta.

El joven alumno lo aparta malhumorado de un manotazo.

—¡No me cuentas nada! —le recrimina este, que ha pasado a tutearle—. ¿Y ahora me pides que no te ofenda?

El Firmante coge aire para no perder más las formas. Procura relajarse antes de continuar.

—Su comportamiento está justificado. Creen que somos los culpables de que estén aquí —le explica—. Ya has visto que a mí tampoco me muestran demasiado respeto... —continúa, riéndose de manera forzada. Está arrepentido de la reacción que acaba de tener con él—. Creo que su intención es acabar

con cualquier rastro de vida que haya en el bosque, para castigar a los que viven fuera.

—¿A los de fuera qué más les da que muramos? —pregunta Quim, que no termina de entender sus explicaciones.

—Todo —le responde el Firmante, misterioso—. Pero para eso estoy yo. No permitiré que eso ocurra.

—Tú lo que eres es un farsante —le acusa—. Vas de importante y lo más probable es que solo seas un bobo más.

El señor de las cuevas le da la espalda.

—He sacrificado mucho —afirma, conteniéndose.

—¿¡Qué haces aquí!? —le grita Quim.

—Protegeros —le contesta seco.

—¿Agarrándome del cuello? —replica el joven con las manos en los bolsillos.

—No tengo la culpa de que unos niñatos entren al bosque mientras juegan —le chilla—. En La Liande antes estábamos hechos de otra pasta —continúa—. Mientras que yo esté aquí, no hace falta que entre nadie. Podríais haberos librado, inútiles.

—¿Tú cómo entraste?

—Me engañaron, como a la mayoría —le responde el Firmante.

—¿Cómo? ¿No estabais hechos de otra pasta?

—Mira, muchacho... Mi paciencia tiene un límite.

—Y la mía —responde el chico de inmediato—. Fuiste tú quien cruzó dos cuadrantes para volver a encontrarte con nosotros. ¿Qué quieres? —inquiere enfadado.

—Hay cuestiones que me preocupan —le confiesa el Firmante, cabizbajo.

—¿El qué, los renegados?

—Los renegados y Alejandra —le responde tras una pausa—. Es raro que no haya intentado contactar conmigo en todos estos años. ¿Seguro que no os ha dado un mensaje para mí? —

le pregunta desesperado—. Tenéis que entender que delante del director jamás podría hacerlo...

—Ni siquiera sé quién es Alejandra —le contesta el chico.

El gesto del Firmante se entristece. Saca la foto en blanco y negro de la mochila y una carta doblada del bolsillo.

—No sé si eres la persona adecuada —le dice mientras acaricia la imagen. A continuación se la enseña—. El director, Alejandra y yo entramos en el bosque junto con varios amigos por orden del internado, después de graduarnos. No sabíamos el motivo, y al principio nos lo tomamos como un juego divertido.

Quim le escucha con atención.

—Ya por entonces, Alejandra y yo éramos una pareja inseparable. —Hace una pausa en la explicación y coge aire—. Cuando llegamos al octavo cuadrante, ya solo quedábamos vivos nosotros tres. Tuvimos que empezar a tomar decisiones drásticas. Sabíamos que al menos uno de nosotros, por la maldición, tendría que quedarse aquí. Era la única forma de evitar que los otros murieran. Nos lo dijo una chica a la que llamábamos la Bruja y que ahora entiendo que por entonces cumplía mi misión. Por desgracia, la perdimos de vista en la oscuridad del cuarto cuadrante y, tras unos días de espera, la dimos por muerta.

—¿Qué maldición? —replica Quim, intrigado—. ¡Deshagámosla! ¡Que les den a esos malditos! —grita.

—No es tan sencillo. Una vez sales del bosque... eres inmortal —le explica, mientras lee para sí el contenido de la carta doblada—: «Con la condición de que al menos una persona permanezca en el interior». —Se ve que al Firmante le cuesta hablar del tema—. Pensamos que, si dejábamos el bosque despoblado, desapareceríamos junto a los tiranos que habían logrado salir antes y que forman, al completo, el claustro de La Liande.

—¿Te tocó quedarte? —le pregunta, a pesar de que conocía la respuesta.

—Sí... —responde—. Más o menos... En el sorteo salió Alejandra, pero nunca se lo dijimos. Ella era la elegida. Y eso es lo que le cuento en esta carta... También le confirmo que estoy vivo. Le pedí al que es vuestro director que me dejara cumplir con esta labor. Por aquel entonces solo era un exalumno más... Pero según llegó a mis oídos, fue ganando poder con el tiempo.

—Pero ¿por qué no salisteis los tres? Esto está lleno de chalados que pueden cumplir ese cometido.

—Por esa época, el bosque no era como ahora, repleto de hombres y mujeres que han perdido la cordura. En esos momentos se necesitaba una figura como la mía —le contesta el Firmante.

—¿Y por qué no sales ahora? ¡Sal conmigo!

—Porque estas personas no son de fiar. A estas alturas, supongo que el internado ha perdido la cuenta de quién está vivo y quién no, y soy la única garantía. Y aun estando yo, han seguido metiendo a gente de vez en cuando, solo por el miedo que tienen a perecer... —Coge aire—. Tiene que haber alguien que asuma esta responsabilidad. Si no... Alejandra podría morir. Y puede que yo también... Nadie me asegura que eso no suceda una vez salga. Me he saltado las leyes naturales del bosque demasiadas veces y no sé cómo puede repercutir eso en mi salida.

—Pero —piensa Quim—, ¡no puedes quedarte aquí toda la vida!

—Llegamos a ese acuerdo. ¡No soy un traidor! —grita desesperado.

—¡No les debes nada! —le devuelve el grito Quim.

—Si rompo el pacto y se enteran, meterán a más alumnos para asegurarse. ¡Con mi estancia, defiendo a generaciones enteras de muchachos!

—En cualquier caso, es injusto.

—Ya he aprendido a estar aquí. Me costaría llevar a las espaldas tantos sacrificios —continúa—. Pero ¡no me creo que Alejandra sepa todo lo que está pasando!

—Lo hacen ellos, no tú. No puedes cargar con esa responsabilidad. —Quim hace una pausa—. Espera un momento... ¿Soy inmortal?

—¡Todavía no! Solo si logras salir —le responde el Firmante —. Y es una maldición. No celebrarás nada cuando pasen los años, y tu única obsesión será conservar tu inmortalidad sin razón.

Quim se apoya en un árbol, intentando procesar la información que le ha revelado el hombre, pero apenas le da tiempo a recapacitar.

—¡Aparta, muchacho! —le grita de repente el hombre, que ve que un renegado aparece a las espaldas de Quim y se abalanza sobre su cuello, estrangulándole como si estuviera poseído.

El Firmante se lanza a separarlos, pero está débil, en parte por el deterioro que le ha supuesto la conversación, así como por los efectos de tantos años en el bosque. Se le manifiesta un agarrotamiento en las manos y la tensión se esparce por cada músculo de su cuerpo. Intenta gritar, pararse a vocalizar y comunicarse, pero solo le salen balbuceos incoherentes. Se le acumula la saliva en la boca. Y cede ante la insensibilidad que lo atonta.

No puede moverse ni pedir ayuda. Solo quiere inspirar oxígeno que le permita aguantar la asfixia un segundo más. Cada instante es importante. Estira el cuello, ensancha las narinas; concentra la fuerza en sus brazos para desprenderse del perturbado.

Sin éxito.

Al Firmante le falla todo, excepto la vista. Presencia el

ataque a Quim con impotencia y rabia. Reconoce esa tierra, tan presente en su vida desde hace cincuenta años; también las dudas constantes sobre qué es lo correcto; quién merece ser salvado y quién no; y el silencio que antecede a la agonía, tan recurrente en sus sueños, al verse falleciendo así y en soledad.

El pulso se le estabiliza. Es una emoción única, liberadora, que experimenta por primera vez desde que está en el bosque. Aprovecha ese margen para sacar una de las cuchillas envenenadas de las que se aprovisionó y la empuña con toda la firmeza que le permite su estado. Se reincorpora, con las venas del cuello tan hinchadas que parece que vayan a explotar. No se atreve a hacerlo. Esta restricción no está firmada, pero responde a una promesa que se hizo.

Se la clava en la espalda al perturbado, confiando en herirle sin llegar a matarlo. Este empieza a chorrear sangre, pero sigue golpeando a Quim, al que, por suerte, ya ha dejado de sujetar por el cuello. El hombre le aparta de un empujón y consigue que quede tendido en el suelo sin posibilidad de volver a levantarse debido a la herida que le ha infligido.

Quim sufre convulsiones e intenta resistir los efectos de la tos.

—Esto es inhumano. Estoy tan cansado... —dice el Firmante con la voz temblorosa, mientras se pone en pie con dificultad para ayudar al chico.

Su idea es volver a este cuadrante en el futuro para curar al renegado. El veneno le afectará, pero, si no se demora, evitará que muera. Y si fallece, no le pesará. Él no elige cómo se desarrollan los acontecimientos. Ha tenido que actuar para salvar la vida, en ese caso, de alguien importante que todavía está a tiempo de tener un futuro digno y próspero lejos de allí.

Llevaba el veneno para, si lo exigían las circunstancias, defenderse de los renegados. Y lo ha tenido que utilizar, muy a su pesar, pues rinde un profundo respeto hacia cada uno de los

atrapados que han sido víctimas del bosque.

15

El precipicio

Inquieto y furioso, Jonás recorre el estrecho terreno que antecede al precipicio más grande que han visto sus ojos. El cuerpo de la mujer continúa aplastado al final de la caída, en el suelo, algo que, inevitablemente, le hace preguntarse si terminará pasándole lo mismo a él.

Tiene localizado el portal. Ese no es el problema. Es un ejercicio básico de puntería, pues ha de caer sobre el punto exacto en el que se encuentra, que es encima de un árbol del que le separa una caída similar al de un salto desde la torre más alta de La Liande.

Al menos sabe cuál es el objetivo, algo que agradece, pues está harto de misterios y acertijos. Los profesores del internado le dan asco. No quiere pensar en ellos para resolver esas situaciones. Prefiere pruebas de habilidad y riesgo, lo que no quita que esta le ponga muy nervioso. Porque solo tiene una oportunidad. Y no sabe si está preparado para medir las distancias: se ha lesionado una pierna y eso le puede jugar una mala pasada.

Llega a la conclusión de que lo mejor es apoyarse y saltar con la pierna buena, a la pata coja. Así que ensaya desde las alturas y, de primeras, le parece factible. Lo único que debe evitar es dar un paso en falso que haga que impacte contra la pared de roca gris que se levanta imponente a pocos centímetros de su objetivo.

No debe demorar el salto. La decisión es difícil, pero lo

último que quiere es que aparezca de golpe el chico nuevo y tener que precipitarse o exponerse a una pelea en tan arriesgadas condiciones.

Está extenuado, marcado por un largo camino en el que ha tenido que luchar con un loco homicida en unas catacumbas; ha trepado por unos árboles infinitos, esperando a unos amigos que lo han abandonado; casi muere en una tormenta de nieve que nunca antes había conocido; la oscuridad lo llevó a su límite interior; llegó al mundo del revés con una cojera incurable; le obligaron a huir unos perturbados asquerosos en los que bajo ningún concepto quiere convertirse; y la rata chamuscada... Esa ha sido la gota que ha colmado el vaso de la ansiedad y la sobreexcitación que siente en ese momento.

Descarta que el portal sea algún tipo de trampa o señuelo. El cuadrante es ridículamente pequeño y solo hay un precipicio. ¿Qué otra opción existe? ¿Cómo no será capaz de arriesgarse y saltar si ya ha superado obstáculos peores en el bosque?

Repasa cada una de las asignaturas cursadas, como le enseñó Mati, para ver si se le escapa algún detalle o pista relevante que le advierta de un peligro invisible. Pero no hace falta llegar a eso, pues ha tenido ante él un símbolo importante: el dibujo circular con el que se topó al caer en las catacumbas, dividido en once apartados. Hace memoria, pero le cuesta recordar; no sabe si por los golpes, por la desesperación o por el paso del tiempo.

Uno de los apartados representaba una corriente ondulada, quizá en referencia al manantial del principio; otro tenía un cielo, en el que, además, aparecía la copa de un árbol que podía aludir al ascenso.

Lamenta no haberse fijado en los demás. Pero esos once apartados... Echa cuentas... Se encuentra en el octavo cuadrante. ¿Habrá once en total? ¿Está cerca de salir de bosque?

A esas alturas, no puede permitirse errar. Reúne todo su coraje, como hizo en el limbo cuando decidió ir por su cuenta y ser el primero en atreverse a cruzar el primer portal. Ha sido el más valiente de todos, de eso no tiene duda. Esos miserables... No se puede acobardar ahora, o se estaría traicionando a sí mismo. Esta vez no tiene un papel plastificado que le avise de los peligros que hay a su alrededor ni una lámina que dé nombre a lo que en su cabeza no lo tiene.

Toma aire. Sujeta su preciada moneda de plata limada dentro del bolsillo. ¡Cómo ha podido ser tan estúpido de casi regalarla! Fue un atisbo de bondad que no se volverá a repetir mientras siga encerrado. La saca y, con ella apretada en el puño, se permite disfrutar de nuevo de la brisa, aunque solo unos segundos, pues algo no ha cambiado: le espera algo bueno no muy lejos. Una promesa de libertad que...

El brillo del portal se intensifica. Le podría dar igual. No tiene por qué significar nada, pero le alarma. Se da golpes en la rodilla buena para que no le falle y recompense así a los desleales que ha descubierto por el camino, cediendo la victoria al malogrado chico nuevo o decepcione a la bendita mujer que le mecía con cariño cuando lloraba.

Mati entra en el octavo cuadrante sabiendo que la señora que lo atacaba puede estar esperándolo al otro lado. Por eso se ha armado con el cuchillo de cocina de la cabaña y ha rezado para que no se vuelva en su contra la decisión de mandar a la loca al siguiente cuadrante de una zancadilla. Se llegó a plantear quedarse unos días en la cabaña. Allí tenía de todo y tal vez le

hubiera ido bien descansar. También podía haberse reencontrado con Quim. Pero decidió no arriesgarse, pues al igual que podía aparecer Quim también podía hacerlo Jonás o los perturbados con los que tuvo que camuflarse. De igual manera, ese supuesto paraíso albergaba algo oscuro. Y todo lo que tenga que ver con él le recuerda esa cabeza presentada en bandeja de plata. ¿Cómo de loco hay que estar para hacer eso? ¿De dónde les viene esa locura?

Se asoma al abismo, aliviado por no encontrar a su agresora y sorprendido por las reducidas dimensiones de este nuevo entorno. Cree verla hecha añicos en el suelo. Esa maldita. Es el mejor de los finales posibles para alguien que se plantea cocinar un cuerpo humano. Le resulta fácil adivinar cómo ha acabado ahí, tan solo con la velocidad que llevaba al irrumpir en el precipicio...

Sospecha que ya está cerca del final del bosque. Ese salto al vacío tiene que significar algo. Es posible que eso acabe una vez se deje caer.

El problema es reunir la valentía necesaria para ello. No le gustan las alturas. Ni las lecturas que proponía el profesor de literatura. Eran tan anticuadas... Él también estuvo ahí encerrado. Eso lo sabe. Y ese es el mayor de los respetos que le puede mostrar. Tanto a él como al resto de los que se han molestado en dejar pequeños rastros e interpretaciones en sus clases, esenciales para la supervivencia.

Este profesor sentía auténtica devoción por el libro que escribió, *Diana*. Ojalá pudiera ver la cara de Rei y Fane cuando se enteren de que lo que el pobre les quería decir con esa historia es que saltasen. Sin miedo. Ninguno se lo leyó, como era habitual, pero él sí.

Trataba de una primera cita que transcurría bajo el único árbol de un parque. Ese encuentro era con Diana, un nombre que es imposible que responda al azar, pues está vinculado a

un objetivo en el que hay que acertar. Había que atreverse, ya sea en una primera cita o, en ese caso, en el bosque. Era un libro que olía a naranjo. Seguro que pasó por muchas manos, durante cursos y cursos, y nunca perdió ese característico aroma.

Como concepto, la perpetuidad es sorprendente, pues parte de un encanto, y es que en algún momento todo desaparece. Aun así, las personas se esfuerzan por alcanzarla, en objetos o en gente valiosa, como la que Mati siente que se lleva de su experiencia en el bosque.

Está muy lejos de odiar a Rei y Fane. Solo sabe que su camino no es el mismo. No tendría ningún problema en charlar algún día con ellos y arreglarlo, pero sin la habitual cercanía de La Liande. El Firmante le ha enseñado que se puede vivir solo, sin depender de los demás; tal vez fue después de conocerlo cuando se animó a continuar solo, sin remordimientos, como si fuera una prueba de madurez. Jonás es todo lo que no quiere ser en la vida, encarna los valores que más rechazo le causan y se siente bien cuando lo tiene lejos. Se arrepiente de no haberlo apartado antes de su vida. Seguro que en el internado hubiera sido más feliz así.

Quim le ha hecho ver que se equivocó. Sin conocerlo, jamás se hubiera dado cuenta de que, con su silencio, aprobó una humillación. Le ha intentado convencer de que no se vengara, por el bien de todos, pero ha aprendido que hay honor en querer defenderse. Y eso es algo que, por mucho que se lo hubieran explicado antes, no lo hubiese entendido. Porque necesitaba vivirlo. Y está agradecido por ello. Desconoce cómo le irá sin él. Pero desde luego aprecia el haberse sentido cómodo a su lado, pues cree que sobre todo en el tercer cuadrante fue la mejor compañía que pudo tener.

En cuanto salga, sus padres son su primer objetivo. Por una cuestión de responsabilidad. Por conocer y afrontar la verdad.

Sabe que la experiencia será enriquecedora, sin importar el resultado del encuentro.

La realidad es que, en cualquier caso, saltaría por el precipicio. El temor no se irá, pero ya sabe vivir con él, combatirlo; solaparlo con otros sentimientos para que no moleste. Ha llegado hasta ahí después de descubrir que los profesores están traumatizados por su experiencia en el bosque. Ha vencido al vértigo y le ha salvado la vida a un nuevo amigo, ese que espera que cambie y sepa aceptar su camino, sin volcar sus frustraciones en los demás. Ha experimentado un calor tan extremo que, probablemente, a partir de ahora le hará ver el frío con otros ojos. Ha conseguido salir de la oscuridad. Ha sabido permanecer recto cuando todo estaba del revés. Ha resultado ser el cuerdo entre tanto chiflado. Y casi recurre al canibalismo. ¿Cómo huir de un simple brinco?

Para la pareja, la entrada en el séptimo cuadrante es la más agradable de todas. El olor a lavanda que sienten les reactiva una parte del cerebro que tenían adormilada. El sol les nutre de todas las vitaminas que les han faltado hasta ese momento; cada flor, cada planta, cada punto del cielo y cada piedra del camino les transmite calma.

Fane acaricia con cautela una de las estacas limadas que tiene al lado.

—¿Qué es esto? —le pregunta a Rei, conteniéndose, pues no puede creer que exista un paisaje como ese. No solo en el bosque, sino en el mundo, según lo que ha aprendido a través de los libros y las explicaciones de los profesores.

El equilibrio sustancial de las vistas les incita a curiosear. No tienen que fingir que están bien, porque se sienten así. Rei no responde, está obnubilado observando la cabaña —diseñada con madera tallada en finas líneas— que se sitúa delante de ellos y que recuerda haber visto representada en la caverna del limbo, donde se escondieron del Pistolero, sin llegar a imaginarse que un día estarían frente a ella.

Solo aparta la mirada de la cabaña, o de la que ya entiende que es su pareja —es reconfortante lo poco que le sorprende aceptar que lo lleva siendo toda la vida—, para tocar el agua del riachuelo, que se aclimata a la temperatura de su mano, que ni rebosa ni escasea y que se mueve a un ritmo que abraza.

—Mira —señala, mostrándole la cabaña a Fane, que se mueve despacio por el camino, guiada por el placentero olor a lavanda.

El clima, que por primera vez sienten que se adapta a ellos y no al revés, les resulta terapéutico. Son conscientes de ello cuando, tras subir las escaleras y abrir la puerta, contemplan el interior de una cabaña que, una vez recogida, puede ser arte.

Cada uno se dirige por instinto a un ala de la casa. Recopilan los trastos y enseres anticuados o inútiles para intentar acomodarlo todo a su gusto. Durante el proceso, Rei encuentra una caja de reloj donde podría guardar el suyo, con la idea de protegerlo; Fane se tropieza con unos zapatos planos de su talla; es probable que pertenezcan a la inquilina anterior.

—Si cruzamos el portal, no podremos regresar aquí —le dice Fane a Rei, apenada.

—¿Por qué este edén está abandonado? —se pregunta Rei mientras limpia el suelo repleto de carne aplastada y trozos de vasija.

Fane ve en el suelo la cabeza cortada de una persona. Sin dejarse llevar por la impresión, intenta taparla con hojas lo más rápido que puede, pues no quiere que Rei la vea. Más tarde la

sacará de allí a escondidas.

—Aquí ha vivido alguien antes. Pero por lo que parece ya no —señala mientras mira por la ventana para comprobar que la emoción de la entrada no les ha impedido ver a algún intruso.

—Podemos quedarnos aquí —plantea Rei, inseguro ante la respuesta de la chica—. Al menos, temporalmente...

—Siempre que queramos, podremos continuar —responde Fane, que ve con buenos ojos el descanso que les puede proporcionar ese cuadrante. No está convencida de que el resto del bosque, o el exterior, sea lo que más les conviene en ese momento. Más todavía cuando cualquier peligro inesperado les puede arrebatar al uno el otro. Y eso sería injusto, ahora que se han encontrado.

—Este lugar me encanta, Fane —le dice él—. Pero deberemos tener cuidado y hacer guardias de noche, al menos los primeros días.

—Exacto. —Se muestra conforme—. Pero si de verdad descubrimos que estamos solos... —Se muerde el labio, insegura.

—Sí—afirma Rei, acercándose a ella para abrazarla—. Quizá podamos llamarlo «hogar».

El Firmante y Quim caminan apoyados el uno en el otro para no caerse. Al muchacho le sostiene el pensamiento de inmortalidad, la cual no desea, pero le mantiene activo. Todo empieza a cobrar sentido, y el odio que siente por La Liande va creciendo al tiempo que entiende el sistema por el que se rigen, perfectamente orquestado para protegerse, en el que sacrifican

a alumnos vulnerables para su beneficio.

El antiguo alumno se sostiene con la idea de rebelarse, que cada vez crece con más fuerza en su ser. No puede más. Ignora cuál será su destino, pero no puede permanecer más tiempo impasible ante esta injusticia, en especial ahora, que tiene razones para pensar que Alejandra ha sido víctima de un engaño, pues ni se ha comunicado con él ni ha ido a buscar a los alumnos extraviados. Aunque queda una última opción, la peor de todas, y es que ya no quede ni pizca de honor entre los miembros del internado.

Cuando llegan al montículo de arena, al Firmante no le hace falta retirar el cadáver del renegado que está allí —«Billy...», se repite para sí— para saber de quién se trata. Lo separa con cuidado para que no se quede ahí para toda la eternidad. Sobre los ojos le pone dos monedas de plata para que descanse en paz, tal y como le enseñaron a hacer en las catacumbas. Es un rito, un simple alivio para aquellos que - encuentran su final atrapados entre árboles y estacas, trampas y caídas, cobardía y engaños...

El séptimo cuadrante no causa a Quim más sensación que rechazo. El bosque le repele, pues todo indica que su origen es atroz y que lleva muchos años manchado por la injusticia y la sangre. Por eso la hermosura del paraje no le capta ni le embelesa. Su objetivo es avanzar para cerrar su etapa en ese infierno lo antes posible; y si se le presenta la oportunidad, remediarlo para que nadie tenga que volver a pasar por esa experiencia.

Mientras caminan por el paso de tierra, junto al riachuelo, el Firmante descubre la figura de una mujer a través de la ventana de la cabaña de madera. Se toca la oreja y, a continuación, se palpa los bolsillos. Ha perdido su pipa y no hay nada que le dé más rabia. Se distrae para no recrearse en su desgracia.

—Esa cabaña esconde una historia triste —le dice el Firmante a Quim—. Es mejor que la obviemos.

—¿Qué historia? —le pregunta Quim, cuando mira la cabaña, no ve a nadie en el interior. Valora la posibilidad de que sea una invención del Firmante, pues siempre se mueve entre las medias verdades y las mentiras, entre las bromas y la seriedad. Y eso le resulta agotador.

—La de dos gemelas inseparables que quisieron, a toda costa, salir juntas del bosque —le explica mientras masca tabaco.

—No me parece una historia triste —Quim se encoge de hombros.

—Escúchame, muchacho —le dice muy serio—. A partir de aquí, tienes que continuar tú solo.

—¿Por qué? —El chico frunce el ceño y mira al hombre, asustado de pronto ante su tono.

—¿Qué puede ocurrir en una historia triste de dos gemelas inseparables? —El Firmante intenta hacerle razonar. No sirve de nada si le brinda ayuda directamente. Tiene que esforzarse para conseguir las habilidades que le conviertan en un superviviente digno.

—Que se separen... a la fuerza —responde Quim, que se fija en la cara del hombre para ver si la respuesta es correcta.

Al mirar hacia atrás y fijarse de nuevo en la ventana, este ve que hay dos personas en la cabaña. Eso le choca. Lleva muchos años sin pisar este cuadrante y a lo mejor ha habido cambios que se le han escapado. Más de cerca, identifica a Fane, que le está dando un trasto a Rei. Sonríe. Prescinde de comentárselo a Quim, más pendiente del próximo portal que del único elemento diferenciador del cuadrante.

—Ha llegado el momento, chico...

—Se me hace extraño tener que despedirme de ti —le responde este—. Pero puede que sea la única forma de reencontrarme con Mati —reflexiona—. Ese chico es una

sorpresa...

—Sí... —Su acompañante se muestra de acuerdo—. Oye, llevo tiempo queriéndote preguntar algo... ¿Qué tienes pensado hacer cuando salgas?

—Hablaré con Mati —revela—. Me salvó en el segundo cuadrante y siento que todavía le debo algo. Luego...

—¿Te has planteado impartir justicia? —le interrumpe el Firmante.

Quim guarda silencio.

—¿Por qué estás haciendo todo esto ahora? —Intenta evitar su pregunta incómoda a través de otra.

—Porque empiezo a cuestionarme si Alejandra conoce el sistema mediante el que se alimenta el bosque —le explica muy afectado—. No sé qué es lo correcto...

—Ya te lo he dicho, ¡sal del bosque! —le contesta Quim—. No puedes quedarte aquí encerrado para siempre.

—Solo te pido... —le dice el Firmante, al que le empieza a temblar el pulso; sabe lo que viene a continuación y por eso prefiere darle la carta para Alejandra y estrecharle la mano a Quim. Y que así no note su deterioro.

No sin antes acercarse a su oreja para susurrarle algo importante, un último mensaje que deja desconcertado a Quim.

—Entendido. En cualquier caso, ojalá volvamos a vernos —le responde este. Y le da un abrazo de despedida.

Quim se ha cruzado con demasiados renegados como para saber que la conversión del Firmante es inminente. Tal vez no se convierta en el Loco o en Billy de un día para otro, pero en

cierta manera está condenado al mismo destino. Basta con que se repitan —cada vez con más asiduidad— los brotes estremecedores que está experimentando.

Debe de llevar encerrado más de medio siglo. ¿Quién es capaz de aguantar algo así? Incluso el amor más incondicional por alguien vence en ese tiempo. Lo mismo que el sentido de la responsabilidad por un pacto. Tiene que haber algo más que lo ancle a esas tierras tan peligrosas. Serán los miedos, con casi total seguridad: a la inmortalidad o a la vida más allá de la verja.

La mayoría de los alumnos que estudian y se crían en La Liande no conocen las exigencias del mundo exterior. Él se ha movido más, a veces por fortuna y otras por desgracia, y aun así le asusta. ¿Cómo no le va a preocupar tener que reprogramar su día, cada hábito, y hacerlo junto a una persona como Alejandra, que no ha envejecido desde que salió del bosque? Ese reencuentro está cargado de inseguridades para ambas partes. Solo su transición a perturbado le empuja a arriesgarse, aunque no lo reconozca. Porque se le acaba el tiempo. Después de todo, Quim tiene que admitir que le agrada la forma tan característica que tiene de evitar temas y preguntas que le incomodan. Hay cierto talento en su modo de desviar la atención. Ha aprendido mucho de él.

La inmortalidad no es un premio. ¿Por qué querer destrozar el encanto de lo efímero y hacerlo a costa del sacrificio de inocentes? Quim no quiere formar parte de ese perverso entramado, pero parece que es inevitable. Ya es partícipe, en cierta manera cómplice, pues tal como le hizo ver el Firmante, Jonás, Mati, Rei y Fane, como el resto de las promociones, no sufrirán el destierro. Fue él el que, sin ser consciente de las brutales consecuencias, les condenó a un futuro incierto...

Ha escarmentado. Ya no puede volver atrás, pero sí reconocer que sus deseos de venganza fueron un disparate,

probablemente precipitados por la inmadurez propia de la edad. Ya ha cometido errores similares, pero nunca de esta magnitud. Como cuando rompió el calentador de Las Pompas para que los idiotas que tenían derecho a ducha se encontrasen el agua fría; o cuando se coló en la cocina de La Mequissa y echó un saco de sal en las raciones de comida, para que los que las acaparaban no se la pudieran comer; o en La Godasse, donde liberó pesticidas fétidos para que el patio estuviera cerrado unos días. Por igual.

La introspección es inevitable, y el abandono por parte de sus padres, las personas que debían quererlo, dejó en él un poso ineludible. No sabrá si lo hicieron por necesidad, desidia o capricho. Desde luego, la solución para calmar su angustia no es devolver el daño causado, menos aún con personas ajenas a las circunstancias.

Recuerda las luces y los petardos asociados a festividades. En la habitación le acompañaban los gritos y llantos de otros niños. Él estaba en una camita con un letrero en el que había escritas dos palabras que por aquel entonces no sabía leer, y que ahora interpreta como su nombre y su apellido. Juraría que este último era diferente al que ha utilizado hasta ahora. Pero ni siquiera recuerda el nombre del centro para investigar su origen, lo que habría sido un buen propósito que le sostuviera una vez saliera de allí.

El contraste entre el clima de celebración exterior y el malestar del cuarto era descorazonador. Años más tarde, en la prensa que se repartía en Las Pompas rememoraron el décimo aniversario del accidente de la mina de La Colyne, donde un centenar de trabajadores quedaron atrapados durante más de cuarenta días, hasta que los equipos de rescate los dieron por perdidos debido a la profundidad a la que se encontraban. El caso revolucionó el país, pues la evaluación posterior de las condiciones en las que se encontraban los mineros provocó un

escándalo. Sin medidas de seguridad ni equipos de protección. Por los pasillos se rumoreaba que allí acababan los niños que quedaron huérfanos tras el suceso, pero Quim jamás prestó atención a esas habladurías, pues por aquella época las invenciones eran como gérmenes.

Ante este precipicio —que siente como una depresión—, se obliga a sincerarse consigo mismo: no puede huir de las responsabilidades. Tiene que formar parte de la salvación que le permita enmendar el daño provocado a sus compañeros.

Si el Firmante le ha insinuado que a partir de aquí se sigue solo es porque hay una prueba individual. Posiblemente, la más difícil de todas. Y ese salto es el último escollo antes del gran final. Tiene que superar ese ejercicio de valentía sin retorno, pues ha de estar preparado para la aberración que se va a encontrar más allá del portal.

Su peor experiencia fue cuando quedó colgado de la rama en el segundo cuadrante. Si no llega a ser por Mati, su camino hubiera terminado mucho antes. Esa distancia de muerte asegurada es la misma a la que se enfrenta ahora. Solo es cuestión de acertar en el punto exacto. Pero un mal paso...

La tos le desequilibra y el dolor torácico va a más. Siente una presión fuerte en los pulmones que le impide dar pasos seguros. El miedo y la adrenalina aumentan. No hay vuelta atrás. No solo por el funcionamiento natural de este bosque definido por condiciones mágicas, sino porque el amor propio se lo impediría. Y a partir de aquí su honor debe ser incuestionable.

El señor de las cuevas sube las escaleras de tablas rectas y

pulidas. Intuye cuál es la decisión que han tomado los nuevos ocupantes de la cabaña. Su actitud no era la de dos saqueadores, sino más bien la de dos inquilinos. Quiere asegurarse de que lo han pensado bien. Se asoma por la ventana sin cristal con actitud afable.

—¿¡Qué...!?—grita Rei, que contagia el susto a Fane.

—Hola... —saluda ella, mientras se asientan en su pecho sentimientos encontrados. Se acerca a él—. ¿Qué hace aquí?

—¿No vigiláis la llegada de posibles intrusos? —les pregunta el Firmante, que revisa cada punto de la cabaña con atención, hasta llegar a la lavanda cortada que reposa sobre la mesa.

—¿Los que había en el cuadrante anterior? —replica Rei con tono de reproche.

—Nos podrían haber matado —continúa Fane—. ¿Por qué no nos lo dijo?

—Soy un simple observador —responde serio el Firmante—. Me caéis bien, pero no tengo la obligación de contaros nada.

—Entonces ¿qué quiere de nosotros? —repone ella enfadada, harta de que siempre les dé una de cal y otra de arena—. ¿Podemos ayudarle en algo, simple observador?

—Eso es lo que os quería comentar... Con las prisas, he perdido mi pipa de tabaco. ¿Os importaría ver si hay alguna guardada en los cajones?

—Claro...

—A menos que fuméis y la queráis para vosotros —añade riéndose.

—No... —interviene Rei—. Voy a bajar al riachuelo a por agua. Ahora vuelvo.

—Te acompaño —se ofrece el Firmante—. Por favor, Fane, sigue buscándome la pipa de tabaco. ¡No hay nada en este bosque que pudiera hacerme más feliz!

Ya en el cristalino y templado riachuelo, ambos se agachan para recoger agua. El Firmante aprovecha para lavarse la cara y

mojarse el pelo.

—¿Estáis seguros de que queréis quedaros? —le pregunta este, acariciándose el mentón repleto de barba. Desde que conoció a esos alumnos, no ha tenido tiempo para afeitarse, como a él le gustaría.

—¿Cómo sabe que queremos quedarnos? —inquiere el joven, extrañado.

—¿Creéis que soy tonto? —El Firmante conserva la regla de ser él el que hace las preguntas.

—Estamos contentos con la decisión que hemos tomado. Puede quedarse tranquilo... —declara convencido mientras rellena hasta los topes una vasija de barro. Tanto, que rebosa con cualquier movimiento.

—Aquí se nota quién ha pasado sed —bromea el hombre al verlo.

—Y pensar que me peleé con Mati por una botella de agua y aquí tenemos de sobra... —reflexiona, pesaroso—. A saber de dónde procederá... y a saber dónde está él.

—Muchacho, esa chica se jugó el pescuezo por ti —le interrumpe el Firmante, cambiando de tema—. Tienes que escucharme con atención. Sé que es a ella a la que más ilusión le hace estar aquí.

En ese momento, Fane se asoma al balcón de la cabaña y les observa extrañada.

—Si os arrepentís y decidís continuar... —El Firmante hace una pausa para beber del riachuelo y se limpia la boca con la manga del jersey de Rei—. Si queréis salvaros... ¡No lo hagáis juntos!

—¿Por qué?

—¿Recuerdas lo de que «soy un simple observador»? —le pregunta dándole varios cachetes en la cara—. Volvamos a la cabaña —dice, dando por finalizada la misteriosa conversación.

—¿Ocurre algo? —inquiere Fane, cuando llegan arriba.

—Nada —contesta él, que deja la vasija en el alféizar de la ventana sin cristal.

—Rei ha estado bebiendo agua como si no hubiera un mañana. —Le da un golpe fuerte en el hombro—. Seguro que está deseando bajar a por más. —En ese momento, empuja la vasija con disimulo, para que se rompa.

El chico intenta cogerla en el aire, pero se le escapa. Se agacha corriendo para recoger los trozos. El Firmante aprovecha para dirigirse a Fane.

—Aguantad aquí. Sea como sea, no os mováis, al menos, hasta que yo regrese —susurra—. De los dos, tú eres la más lista. Confío en que sabrás hacer lo correcto.

Fane asiente confusa, sin saber muy bien cómo responder a su orden. Rei coge otra vasija para llenarla.

—Ya solo nos quedan dos sin romper, maldito —le dice enrabietado al darse cuenta de que ha sido él quien la ha tirado.

—Os di dos cantimploras cuando estabas moribundo. Espero que os compensen —le responde, ya despidiéndose—. Me tengo que ir. Veo que no me has conseguido la pipa de tabaco...

—No hay nada que se le parezca —se disculpa Fane.

—¿Cómo es que se va ya? —le pregunta Rei.

—No es asunto tuyo.

16

Separación

Las gotas de lluvia se graban en la ventana. Los incesantes golpes en el cristal es lo único que rompe el silencio que atesta la habitación número dos del hospital medio abandonado de la esquina del barrio más pobre de Folkler.

Las tormentas han durado semanas. El agua rebosa de las aceras adyacentes al edificio, los poyetes sin restaurar y las bolsas de basura mal cerradas que, desde que empezaron las huelgas, van acompañadas de escombros.

Una mujer mece a un niño para que no llore, aunque no parece ser necesario, pues este repasa ensimismado el álbum de cromos de *El equipo Milterreno* que tanto le gusta, al que solo le faltan unas pocas imágenes para estar terminado.

El doctor abre la puerta rota, que chirría por la falta de engrasado.

Su cara adelanta las noticias que corresponden a las pruebas finales. Ya habían avisado a la mujer: los análisis anteriores eran conclusivos, ni siquiera era necesario repetirlos. Su recomendación fue que aprovechara sus últimos días para disfrutar de su hijo.

Entra un enfermero. Trae agua y comida recalentada para dos.

—Tienes que pegar primero la esquina y luego el resto —le explica la mujer al niño, al tiempo que le señala uno de los cromos mal colocados—. Así —le dice poniéndolo con cariño.

El niño no habla, solo observa. Centra la atención en el

álbum, sin reparar ni dar la menor importancia a las arrugas e imperfecciones que pueda haber entre sus páginas.

La madre lo abraza y el crío le corresponde, rodeándola con los brazos sin saber que esa es la última vez que lo hace.

—¿Es el momento? —quiere saber la mujer, dirigiéndose primero al doctor y luego al enfermero, a quien entrega al niño en brazos. No llega a soltarlo del todo, pues con los dedos todavía agarra la punta de uno de sus calcetines para seguir en contacto con él.

—Hemos registrado a Jonás en La Liande, un internado de las afueras —asiente el médico, que aparta uno de los tubos para acariciarla.

—¿Cuidarán de él? —pregunta la mujer con lágrimas en los ojos.

—Sí, pero con el tiempo tendrá que aprender a hacerlo por sí mismo. No hay otro remedio.

Jonás da puñetazos al portal de salida que, según sus cuentas, dará paso al décimo. Ese que, tal vez por fin, le permitirá salir del bosque. Pero no se abre. Algo se lo impide... Cuando se da la vuelta para buscar lo que bloquea la apertura, descubre la figura de Mati, que ha aparecido momentos antes de que Jonás empezara a aporrear el portal.

Mati mira aturdido el ridículo espacio que les rodea y que no parece contener nada de valor: hierbajos, vegetación que ha querido crecer pero no ha podido, algún charco y algún árbol raquítico, y un campo minúsculo mal bordeado por una línea roja, en el que solo hace falta que el profesor de educación

física haga sonar su impoluto silbato para que dé comienzo el juego de vida eterna al que tan acostumbrados están.

¿Cómo iba a imaginar que ese maestro —que no es el más cuidado ni el más inteligente— elaborase un deporte con una serie de reglas para dar una de las pistas más relevantes del bosque? Se pregunta qué otras le han dado en todos estos años sin que las haya identificado. Es una pena que ya no las vaya a descubrir, aunque sea por satisfacer su curiosidad.

La compañía de Jonás provoca sensaciones nuevas en Mati. Ya no le tiene miedo. Tampoco le admira. Puede que nunca quisiera ser como él, pero sabe reconocer que echaba en falta tener las cualidades que veía reflejadas en su figura: valentía, liderazgo, confianza...

Pero la realidad es cruel; ambos han recorrido el bosque al mismo tiempo, no debe faltar mucho para el final. Durante muchos años creyó ser peor que su compañero. Pero resulta que no son tan diferentes. Bueno, sí. Mati ha agotado hasta el último de los recursos a su alcance para que se produjera una reconciliación y se alcanzara cierta paz en un terreno tan hostil como este. El maldito secuestro. Esa es su mancha, la que le quiebra los pensamientos y le nubla la conciencia; tal vez todo hubiera sido diferente y, junto a Quim, hubieran formado equipo con Fane y Rei.

—No podemos pasar —le dice Jonás a su compañero, al que ve empuñando un cuchillo, lo que rápidamente lo pone en alerta. ¿Acaso sabía que tendría que defenderse en ese cuadrante? ¿Estaría dispuesto a matarlo, si no supiera que va armado? Si el arma se encasquilla, ¿tendrá tiempo de quitárselo?

—Mira las líneas. ¿No te recuerdan a nada? —le pregunta Mati, que acaricia el suelo para impregnarse de su textura. Esa tierra le ha dado tantos quebraderos de cabeza... Pero está orgulloso de haber pasado por ella.

—Eso es a lo que me refiero —le responde Jonás, sudando y con la respiración entrecortada. Choca con el saber estar y la pasividad de Mati, pues se resigna a que su compañero esté dispuesto a ir hasta el final y él no.

—¿Qué harás cuando estés fuera? —quiere saber el otro, que se ha levantado para pasear por el noveno cuadrante, ese en el que no pueden coincidir dos jugadores en las partidas de vida eterna del internado.

Busca la zona más cálida y plana del suelo, que está cerca del árbol escuchimizado que más probabilidades tiene de crecer y que, con lluvia y un poco de suerte, florecerá. Deja caer el cuchillo en señal de rendición. No está dispuesto a cometer otro error. Ni a enzarzarse en un duelo del que sabe de sobra que no saldrá victorioso.

Se pregunta si su objetivo se ha cumplido, si sus padres reaccionarán a su desaparición y si Quim ha descartado la idea de venganza. También piensa en Rei y Fane, a los que ha fallado, y en si conseguirán, por fin, ser felices juntos.

El Firmante aprobaría su decisión. Estaría satisfecho. En cierta manera, por lo que ha podido averiguar, él es un sacrificado. Es un cometido noble. La realidad es que por primera vez en su vida Mati está conforme consigo mismo.

—Encontraré respuestas —le dice Jonás, incapaz de mirarle a la cara. Solo se concentra en fijar su tembloroso pulso. Ese que agarra el revólver que guardaba en la parte trasera del pantalón y que ya tiene en alto, con solo una oportunidad de disparo y acierto.

Jonás nunca ha disparado un arma. En realidad, no sabe cómo se hace: si duele, si te traumatiza, si te engancha...

La sensación en las manos es de agobio. De responsabilidad. Ahora la puntería es el menor de sus problemas, pero no debería ser así. Un mal movimiento le conduciría al error y a la mayor de las deshonras. Pues no hay nada peor que reunir el

valor para disparar a un compañero que te ha visto crecer y tener la desconsideración de fallar. ¿Qué vendría después?

—Hazlo por los dos —le dice Mati, que se esfuerza por sonreír.

—De acuerdo... —le responde Jonás, que fija el cañón de su pistola en él.

—No me refiero a nosotros —le interrumpe—. Me refiero a los dos. A Fane y a Rei. —Hace una pausa—. Al Firmante y a Alejandra. —Mira al cielo, está a punto de amanecer—. A Quim y a mí.

Jonás baja el revólver y tuerce el gesto.

—Nombras solo a perdedores.

—Nombro a los que salen de aquí con amigos.

El arma cada vez le pesa más entre las manos. Sus palabras le hieren, pues son ciertas. Pero, a veces, para alcanzar objetivos ambiciosos, hace falta prescindir de la compañía más banal. Lleva toda la vida solo, pero eso no tiene por qué afectarle. De esa forma siempre ha conseguido superar las metas que se propone, cueste lo que cueste, y eso es suficiente.

Aprieta el gatillo.

La bala atraviesa el corazón de Mati y este se desploma de inmediato. Su cuerpo pierde fuerza, sentido y conciencia al mismo tiempo. Es como si se apagara, como si quedase una cáscara vacía sobre el suelo. Sus manos todavía parecen acariciar las raíces del árbol que sigue con vida, a pesar de todo.

Jonás es incapaz de certificar si está muerto. Sabe que debe comprobar si se ha abierto el portal hacia el nuevo cuadrante, prueba de su determinante victoria.

Las lágrimas se le escapan y se le cae la moneda de plata limada sin que se dé cuenta. En su interior se oponen muchos sentimientos: el deber contra la moral, el destino contra la vida, el poder contra la vulnerabilidad.

Se toma una pausa para descansar. Solo desearía estar resguardado, justo ahora, que se siente dominado por un llanto incontrolable. Si le dieran a elegir, lo haría en esos brazos que le mecían y protegían y que nunca dejó de sentir cercanos. Algo le dice que no pertenecían a una persona cualquiera. No. Nadie podría hacerlo con tanto afán. Solo una madre.

Jonás se comunica con ese llanto. Es una llamada a la piedad, esa que Mati ya no podrá ver. Es el ansia de trasladar y compartir su dolor. Hace el amago de acercarse a tocar el cuerpo, pero no puede. Jamás imaginó que tendría que enfrentarse a eso.

No puede demorarse mucho en cruzar o podría entrar alguien más y replicar la situación vivida, pero esta vez sin balas en el tambor. Tira el arma, ya inservible, lo más lejos que puede. Y continúa. Por su bien y, según se repite para consolarse, por su merecida libertad.

El preaviso de un escenario aterrador condiciona las emociones de Quim, que con la entrada al noveno cuadrante siente el fracaso por anticipado. Le invade una sensación de culpa irracional que de inmediato se convierte en un miedo muy racional al dolor intenso, a quedarse atrapado hasta el debilitamiento y posterior agonía, a la decepción más hiriente y a la posible constatación de que no es digno. Ni lo será.

En una esquina del minúsculo cuadrante ve una pistola, de la que tenía conocimiento a través de Mati y la historia del Pistolero; en otra, el cadáver desplomado de su amigo. Acude rápidamente a su auxilio, aunque sabe que no hay esperanza de

reanimación. Al abrazarlo, descubre el disparo que le atraviesa el corazón hasta la espalda.

Tiene los ojos cerrados y reposa en aparente calma. Observa el cuerpo mientras se aleja, dejándose llevar por la impresión que le causa verlo muerto. Se transforma. Ciego de rabia, busca la bala causante del crimen entre los árboles raquíticos y los límites gruesos con imponentes estacas. Está incrustada en una agrietada pared de madera. En un gesto inútil y desesperado, se esfuerza por sacarla, pero le fallan las fuerzas. Se derrumba frente a la pared, consciente de que su problema no es con el proyectil, sino con el ejecutor: Jonás.

Presta atención al entorno, atento de repente a la posible presencia de una amenaza que ha obviado al entrar allí. No se olvida de la advertencia del Firmante. ¿Qué naturaleza maliciosa obliga a cometer un asesinato en esa parte del bosque?

El corazón de Quim palpita. Piensa, intentando sobreponerse, que también lo hace por el de Mati, enmudecido para siempre. Busca en sus bolsillos —y en el saco que le dio el Firmante— una ofrenda, algo que le sirva para mostrar respeto. Pero ya están vacíos, no le queda nada decente que dar. Ha llegado al final del mismo modo que entró al internado y a la vida: sin nada de valor.

Intenta limpiarle la sangre reseca del polo blanco, repleto de manchas negras, grises y marrones, consecuencia del feroz recorrido. Concentra su energía en la tarea, aunque una parte se le escape por la tos. Es incapaz de razonar y de frenar la culpabilidad que siente por lo sucedido.

El deseo de impartir justicia vuelve a dominarlo. Jonás provocó su encierro y, tal y como pensaba, disfruta haciendo el mal a los demás. ¿Cómo es que nunca ha recibido un correctivo ejemplar?

Porque es su misión dárselo. Recoge el cuchillo que hay

cerca del cuerpo de Mati y esa sensación le empodera. Ese indeseable no tiene ni remedio ni nobleza. Antes de cruzar, encuentra una moneda de plata en el suelo. De color mate y sin brillo, más desgastada —y limada por una parte— que las que vio colocar al Firmante en los ojos del renegado Billy. Quim se la coloca a Mati en el corazón, en el espacio que la bala ha abierto en su pecho, como señal de la pureza que siempre proyectó.

Se ata los cordones, aun a sabiendas de que hace mal uno de los pasos. Le gustaría estar acompañado por el hombre de las cuevas, pues la última vez que dejó volar su rabia provocó una entrada masiva en el bosque. Solo quiere defender —aunque sea de manera póstuma— a la persona que le guio sin pedirle nada a cambio. Aunque la salida del bosque y la venganza deba llevarlas a cabo solo. Como siempre.

17

El cuadrante maldito

Los cuadrantes han ido disminuyendo de tamaño, pero Quim no cree que la exigencia o el precio que deba pagar para cruzarlos sea, por ello, menor. En el décimo, la inmensidad de dos portales acapara el campo de visión del que entra en él. Su importancia la demuestra el brillo y la energía que desprenden, además de un viento arrollador que dificulta el camino hacia ellos.

Uno es grisáceo, como el color del emblemático pantalón de uniforme. Ese que ha cambiado en apariencia y corte, pero jamás en su tonalidad; el otro, de color burdeos, como la verja que separa el internado de la entrada al limbo.

La arboleda y la vegetación que rodean a Quim tiemblan. Su rostro refleja furia, pues ha retomado la idea de venganza que, gracias a Mati, había abandonado. Jonás, al verlo, y pese a estar asustado, no tiene intención de detenerse. Ha sufrido mucho para llegar hasta aquí y no piensa renunciar a la libertad que se ha prometido.

Empieza a anochecer —para Quim es la undécima vez que sucede; para Jonás, una menos— y a caer gotas de lluvia, que se clavan en las partes desprotegidas de sus cuerpos como agujas.

Tienen que hablar a gritos debido al ruido que provoca la tormenta que se ha desatado sobre ellos.

—¡Por fin nos vemos! —le dice Jonás al novato con un tono que pretende ser despreocupado—. ¡Me han hablado maravillas

de ti!

—¡Has matado a Mati! —grita, y su voz manifiesta todo el dolor que siente.

Jonás le ignora. El dibujo circular que vio en las catacumbas tenía once apartados. Uno se situaba en el centro —por lo que entiende que es relevante—, ilustrado con una espiral angustiosa, en la que era imposible fijar la mirada. Se encuentran en el décimo. ¿Qué representa ese último dibujo, la salvación o el dolor? Si uno conduce a la salida, ¿adónde lleva el otro?

Ninguno sabe en qué consiste la salida del bosque. El razonamiento más lógico es pensar que si los profesores son antiguos supervivientes es porque el traslado —a través del portal correcto— lleva a una zona cercana al internado. Quim cree que el Firmante no le ha revelado la solución a los últimos cuadrantes como parte de una prueba. Es lo único que encaja con el susurro con el que se despidió. Necesita certificar que ha depositado su confianza en la persona adecuada para contactar con Alejandra.

La tormenta resta visibilidad a Jonás, que guarda las distancias con el otro chico. Aun así, reconoce en su mano el cuchillo que le ha visto empuñar antes al amigo que ya no volverá.

—¡Ya me han atacado antes con ese cuchillo! —le grita mientras le enseña la herida abierta que tiene en la pierna y que le ha provocado la cojera.

—¿Lo dices por Mati? —le responde Quim, que ríe incrédulo. No consentirá que Jonás le tome por estúpido—. ¿Crees que me vas a engañar?

—No me quedó más opción que defenderme. —Mantiene su historia, consciente de que Quim, al haber entrado solo, desconoce la naturaleza del anterior cuadrante y del sacrificio que requiere para avanzar.

—Mati jamás te atacaría —replica, enfurecido—. Seguro que tú disparaste primero. Sin dejar que se defendiera.

—Te equivocas. Lo hice en defensa propia. ¿Cuántos días hace que no lo ves? Terminó consumido, loco, como el resto de los engendros que hay aquí.

Quim hace memoria. No ve a Mati desde el tercer cuadrante y ha perdido toda perspectiva de su evolución. ¿Y si ha terminado corrompido por los peligros del bosque? ¿Y si...? Pero no. No puede creer esas explicaciones, y menos si vienen de la boca de un mentiroso como Jonás.

—¡Admítelo! ¡Admite lo que has hecho! —El chico pierde la compostura que ha mantenido hasta ese momento. No quiere conceder a ese indeseable la oportunidad de justificarse. Pero se detiene unos segundos a observar los portales. Aunque se deshaga de él, tiene ante sí una decisión de una relevancia incalculable. De vida o muerte, porque intuye que uno conduce a un trágico final.

—¿Cuál de los dos prefieres? —le pregunta Jonás, al que cada vez le molesta más la lluvia que se torna torrencial. Quiere sacarle toda la información que pueda, pues es posible que haya resuelto los misterios que se le escapan.

—No tenemos por qué escoger portales diferentes —responde —. Por eso tengo que asegurarme de darte tu merecido antes de salir. ¡Fuiste tú quien me encerraste!

—¿¡Quién te has creído que eres!? ¿Acaso crees que me voy a arrepentir de hacerte pasar una noche en el maldito bosque? ¡Tú nos condenaste a todos!

Jonás entiende que el enfrentamiento es irremediable, por eso corre hacia Quim y se abalanza sobre él. Este se queda inmóvil, perplejo y sin capacidad de reaccionar, con toda su atención puesta en la figura de su enemigo. Pese a que son más o menos de la misma altura y la cojera de Jonás le resta destreza, consigue derribarle y arrebatarle el cuchillo.

—¡Te he preguntado que quién te has creído que eres! —le grita mientras se esfuerza por retenerlo en el suelo.

Quim no pierde de vista el cuchillo. Intenta deshacerse de su enemigo, pero es difícil en una posición tan incómoda. Lo nota débil, a medio gas; solo consigue apartarle asestándole un rodillazo en la tripa desde el suelo. Entonces se libera y corre a recuperar el cuchillo. Pero el otro también lo hace y, de camino, vuelven a enzarzarse en el suelo, esta vez a puñetazos.

Los golpes duelen tanto como cualquier arañazo, pinchazo o caída en el bosque. Ambos lo entienden como una consecuencia directa de su experiencia en el interior, pues sin tener contacto han alimentado el odio que sienten el uno por el otro. Quim necesita un momento para reflexionar, para pensar cuál de los dos portales escoger. Y esa pausa no la tendrá hasta que se deshaga de Jonás. Por eso reúne todas sus fuerzas para agarrarle del cuello e inmovilizarlo. Con él tumbado en el suelo, aprovecha para recuperar el cuchillo. Esta vez el chico no le alcanza. Ni siquiera se levanta, pues se siente como Mati cuando le vio a él con la pistola: en clara posición de desventaja. No tiene adónde huir. Solo puede salir corriendo y jugársela a entrar en un portal al azar, pero con la cojera duda que pueda llegar vivo.

—Reconoce el daño causado. —Quim le amenaza con el cuchillo en alto.

—No tengo nada que reconocer... —le responde Jonás tendido en el suelo.

Incluso en esta situación de vulnerabilidad extrema, sigue mintiendo. A Quim le provoca tanto rechazo su carácter, que solo quiere perderlo de vista. No quiere ceder a la rabia que lo invade a oleadas.

Jonás desearía que apareciera Rei. Entiende que, ante esa tesitura, se posicionaría a su favor. Y entre los dos vencerían a ese desgraciado. Pero no puede contar con eso. Iría

acompañado de Fane. Y si llegaran al cuadrante de vida eterna juntos... Él sería incapaz de hacerlo, antes se sacrificaría. Y ella igual. Quedarían atrapados en ese cuadrante hasta encontrar la muerte; su única esperanza sería que ella falleciera antes a manos de un perturbado y, rendido, no le quedara más opción que avanzar.

—¡Hiciste que Mati secuestrara a Rei! —le grita Jonás, intentando que su rival se desconcentre. Pero no funciona. Cauto, sigue guardando la distancia para no exponerse a un ataque espontáneo.

—Eres... —Quim es incapaz de terminar la frase. A continuación, pone el cuchillo en el cuello de Jonás. En ese momento, ve que uno de los portales, el de color burdeos, está resquebrajado, roto por una de sus esquinas. Su impulso inmediato es reconstruir la parte que falta. Algo que le recuerda a...

Jonás ha certificado que el nuevo alumno es una amenaza. Lo supo desde que le vio entrar en La Liande. Y ahora está postrado ante él, bajo una lluvia intensa que consigue que apenas sienta el frío del filo en su piel.

Quim cree conocer la salida. El trozo de portal que falta es el que el Firmante lleva siempre colgado. Ese que le ofreció para verse reflejado cuando le cortó el pelo y le dejó con un trasquilón. ¿Qué pensaría de él aquel que ha confiado en su bondad desde el primer momento? Ese impulso le convertiría en un verdugo. Y la realidad es que, por mucho que afirme lo contrario, sería incapaz de utilizar ese cuchillo para algo más que la intimidación. Quim parpadea, respira tratando de calmarse, mira el portal gris con atención y se incorpora, apartando el cuchillo del cuello de Jonás.

—¿Cuál eliges? Entra en el que quieras.

Jonás no entiende el comportamiento ni la benevolencia de su rival, por lo que piensa que pretende tenderle una trampa.

Pero ¿cuál? De un movimiento, podría acabar con él y ahorrarse muchos problemas. ¿Y no lo hace? Él no dudaría... Tras los segundos que se toma para asimilar la oferta, observa ambos portales. Una corazonada le indica que escoja el de color burdeos, por lo similar que le resulta a la verja del internado; pero por otro lado su madre —que lo mecía con tanto cariño— le insistía en que las esquinas estuvieran bien pegadas. Y el de color burdeos tiene una rota.

—El de color burdeos —le dice Jonás, desconfiado, para intentar engañarle. No entiende que le ofrezca esta oportunidad sin pedirle nada a cambio. Aunque le haya quitado el cuchillo del cuello, Quim todavía lo sostiene en la mano con firmeza.

—Adelante.

El muchacho se levanta y camina despacio, arrastrando el pie, hasta el portal. Está dolorido y lleno de heridas, igual que Quim. Antes de tocarlo, se da la vuelta.

—¿Cuál vas a escoger tú? —pregunta, queriendo ganar tiempo para ir, en realidad, al otro.

—El mismo —responde sin dar pie a más conversación.

Jonás no se fía.

—¿Y por qué no pasas antes que yo?

Quim guarda silencio.

—¡Nadie te defenderá! —continúa—. Es triste, pero tú y yo estamos solos. No somos tan diferentes. Siéntete libre de defenderte. Y de hacerlo por ti mismo... Por desgracia, no existe otro remedio.

Justo cuando se dispone a cruzar, Quim empieza a andar con aparente calma hacia el gris, lo que provoca que su rival se detenga de golpe y eche a correr para entrar antes que él. En el anterior cuadrante solo podía pasar uno. Ha visto que los portales se bloquean en algunos casos. ¿Cómo puede saber si sucederá lo mismo?

Jonás se adentra en la profundidad del inmenso portal de

color gris. Su elección está tomada. Se hunde y desaparece en su interior.

Quim deja el cuchillo en el suelo. Ha estado a punto de cometer el mayor error de su vida. Quién sabe dónde estará Jonás ahora. Al fin y al cabo, Quim no sabe a ciencia cierta cuál es el correcto. No quiere reencontrarse con él. Siente, en parte, culpabilidad por su engaño, pero nadie le asegura que después de todo no le haya salvado la vida.

Revisa de cerca la esquina rota del portal de color burdeos. ¿Y si el Firmante no es tan de fiar como él cree? Solo le queda comprobarlo.

Epílogo

El director camina con dificultades por el limbo porque está terminando de colocarse la mandíbula, que hasta hace un momento tenía desencajada. También se ajusta los huesos que más le incomodan para lograr un paso firme: los de las rodillas, las costillas y algunas vértebras de la columna. Se estira para que le cruja el cuerpo entero. A continuación, se atusa el bigote y se acomoda la chaqueta llena de cortes, provocados por las cuchillas de la maldita trampa, de la que ha logrado salir después de diez, casi once días, gracias a su condición inmortal.

Ha tenido que cortarse, aferrarse y escalar por cada una de las cuchillas de la trampa, obra, seguramente, del Firmante o, tal vez, de cualquier otro cretino desamparado. De esos que no cuentan con la fortaleza suficiente para aguantar la carga del bosque, o su paso a través de él.

Ha sangrado. Una ofensa difícil de reparar. Del bolsillo saca el mapa plastificado con el que salió de La Liande y que ha encontrado al lado del primer portal, prueba irrefutable de que los críos ignorantes entraron en el primer cuadrante sin que les tocara. Miserables. Pudieron evitar ese cruel destino, pero la suerte va por clases en el internado. Y si están vivos o muertos, ya no es asunto suyo. Solo se tiene que preocupar de que la noticia de la desaparición de los alumnos no se extienda por las aulas. Se inventará algo. Tal vez que han sido trasladados a otro centro o que sus padres han venido a buscarlos. Quién sabe. Para unos pondrá una excusa y para el resto otra. Así nadie sospechará.

Sigue con atención la fila de huellas que permanecen

perceptibles en la tierra que, ahora sí, se sienten liberadas de las amenazas del bosque. Creen estar cerca de un lugar seguro y por eso persisten. Pobres. Más les valdría desaparecer.

El director encuentra a Quim, el chico nuevo, agarrado a la verja. Desgraciado, piensa. Ha conseguido salir. No veía capacitado a ninguno de ellos, pues las generaciones se han acobardado. Es un consuelo que solloce. Al menos le confirma la debilidad que vio en él desde el inicio.

—Y tú, muchacho, ¿qué haces aquí? —le pregunta altivo, devolviendo de nuevo a su sitio uno de los hombros.

Quim le mira, sujeto a la valla como un náufrago a un salvavidas.

—¡Tú tienes la culpa! —le grita, haciendo un último esfuerzo. Después de la pelea, apenas tiene ánimo y energía para sostenerse.

—¿De querer rescatarte? ¿De eso tengo la culpa? —le responde el director con aires de superioridad—. Fui yo quien decidió ir a por ti.

—Me ha contado el Firmante...

—¿¡El qué!? —le interrumpe el director con cara de asco.

—¡Todo! —le contesta Quim, que vuelve a sacar fuerzas de donde no las tiene e intenta levantarse, apoyándose desvaído en la verja de color burdeos.

Quim se pone en pie y observa desafiante al director. Un último gesto que rezuma valentía ante un posible enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

—No, chico. Todo, no —le dice mientras agranda los orificios de la nariz por el enfado—. Si te lo hubiera contado todo, hubieses preferido quedarte allí encerrado. Cualquier destino es mejor que estar aquí hablando conmigo.

Suena el timbre del internado. Comienzan las clases en La Liande y el griterío de los alumnos inunda la entrada al patio. Ambos dirigen la mirada en esa dirección, conscientes de que

su presencia en ese lugar puede ser motivo de alboroto.

—¿Por qué hacéis esto? —le pregunta Quim, al borde del colapso.

—Es difícil de explicar... —le responde mientras abre la cerradura de la verja y aparta el barrote pesado para acceder al centro—. Has salido del bosque. ¿Sientes ya que eres inmortal?

—Eres un miserable.

Pero se da cuenta de que su tos ha desaparecido.

Se oyen voces acercándose, algo que el director toma como señal de alerta.

—Tal vez esto te incomode, criajo infeliz, pero tienes que acompañarme.

—¿Adónde? —desconfía el muchacho.

—A los sótanos —le responde el director, agarrándole del brazo.

Alejandra Elrich habla con un grupo de chicos que deben pertenecer al tercer o cuarto curso. Quim intenta que su mirada coincida con la suya. En su bolsillo tiene la carta que el Firmante le ha dado para entregársela. Si sus palabras eran ciertas, ella tiene que ser ajena a ese descalabro y liderar la rebelión del bosque.

El director arrastra a Quim, que se zarandea y grita para ponérselo difícil. Por un momento, se suelta y queda indefenso en el suelo.

—¿¡Qué estás dispuesto a hacer para redimirte, muchacho!?

—Eso es lo que le intento explicar... —Quim baja la voz tranquilo y hace una pausa para contemplar el temblor agudo en la mano que le ha provocado su paso por el bosque. La aprieta en un gesto de rabia—. Si he salido del bosque...

—¿¡Qué!?

—Es porque sabía que me encontraría con usted.

Agradecimientos

Nada me apetece más que aprovechar este espacio para agradecer a María su confianza en mí y en este proyecto, que me da el mayor de los impulsos para seguir esforzándome en ser cada día mejor escritor.

A Martí, por servirme de apoyo constante, guiarme y sentirlo durante todo el proceso como un colega que se mantiene a mi lado para que todo salga bien.

A mis amigos, por contagiarse de mi emoción.

A ti, lector, por permitirme cumplir mi sueño y dotar de magia esta nueva etapa de mi vida.

Y a mi madre. Porque no hay agradecimientos en los que no pueda estar ella.

Si hago lo que hago, y me sale bien, es por todos vosotros.

Un nuevo alumno, un rito de iniciación y un solo objetivo: sobrevivir.

Quim acaba de llegar al internado de La Liande, uno más en la larga lista de centros que acumula a sus espaldas. Esta es su última oportunidad, un nuevo comienzo. Sin embargo, durante la primera noche un grupo de chicos le incita a colarse en el bosque que rodea el recinto. Todo parece una broma sin importancia hasta que Quim no regresa.

La mañana siguiente amanece como cualquier otra, pero Jonás, Matías y los demás saben que algo no va bien y que no fueron sinceros con él… Quizá deberían haberle contado que el bosque es un lugar prohibido; quizá lo habrían hecho de haber sabido que tras sus ramas habitan peligros inimaginables. Ahora solo les queda adentrarse en él para sacarlo de ahí antes de que sea demasiado tarde.

¿Qué oscuros secretos se esconden tras los árboles?

En la estela de *El campamento y El corredor del laberinto*, Sergio Dueñas nos invita a aventurarnos en un internado donde nada es lo que parece y en un bosque del que es imposible escapar

Sergio Dueñas nació en Madrid en 1992. Es graduado en Periodismo y estudió tres años de novela y relato en la Escuela de Escritores de Madrid. Lleva seis escribiendo y lo compagina con la dirección de su empresa, especializada en marketing digital.

Sal del bosque nace originalmente de un proyecto publicado en Wattpad, plataforma en la que cuenta con más de 350.000 lecturas.

Primera edición: junio de 2023

© 2023, Sergio Dueñas
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Ilustración del interior: AdobeStock / hellokisdottir

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Imagen de portada: © Guillermo Rodríguez Carballa / Trevillion Images y © Brandon Scott Herrell, con quien la editorial no ha podido contactar, pero le reconoce su titularidad de los derechos de reproducción de la fotografía de cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7508-6

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Sal del bosque

Prólogo

1. La verja de color burdeos

2. El limbo

3. Cómplices

4. El manantial

5. Catacumbas

6. Secuestro

7. La luna

8. Ascenso

9. Después de la lluvia

10. Interrogatorio

11. Oscuridad

12. Del revés

13. Los renegados

14. Belleza

15. El precipicio

16. Separación

17. El cuadrante maldito

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sergio Dueñas

Créditos